

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXVI

Nº3

JULIO - SEPTIEMBRE 2013



NUESTRA PORTADA:

*Jornada Mundial de la Juventud en Río de Janeiro.
Del 22 al 29 de agosto de 2013.*

Director: Manuel Emilio Rodríguez Álvarez

Maquetación, administración y fotocomposición: Secretaría Episcopal de Informática y Seguridad.

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXXVI

Julio - Septiembre 2013

Nº 3

SUMARIO

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre, Francisco

Cartas.....	289
Discursos.....	297
Homilías	304
Viaje - XXVIII Jornada Mundial de la Juventud (Río de Janeiro)	315
Viaje - Lampedusa.....	350
Viaje - Cagliari	353

SR. OBISPO

Jornadas de Programación Pastoral

Homilía al inicio de las Jornadas de Programación Diocesana de Pastoral. Os Milagros 2013	367
Carta de introducción a la Programación Diocesana de Pastoral	370

Homilías

Clausura de los Ejercicios Espirituales para Sacerdotes en Los Milagros	371
Apertura de curso en la capilla del Seminario Mayor	374

Cartas

Carta aos nenos con motivo do inicio da Catequese 2013	377
Sobre los mártires ourensanos beatificados en Tarragona el 13 de octubre de 2013	379

En Comunidad

Julio	384
Agosto.....	385
Septiembre.....	387

IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General

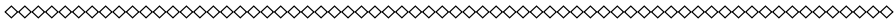
Nombramientos	391
Defunciones.....	392

CRÓNICA DIOCESANA

Julio, agosto y septiembre.....	396
---------------------------------	-----



IGLESIA UNIVERSAL



IGLESIA UNIVERSAL

SANTO PADRE, FRANCISCO

CARTAS

Palabras del Santo Padre, Francisco, en el encuentro con los seminaristas, los novicios y las novicias

Sala Pablo VI. Sábado, 6 de julio de 2013.

¡Buenas tardes!

Le preguntaba a monseñor Fisichella si entendéis el italiano, y me ha dicho que todos tenéis la traducción... Estoy algo más tranquilo.

Le agradezco a monseñor Fisichella sus palabras y le agradezco también su trabajo: ha trabajado mucho para hacer no sólo esto sino todo lo que ha hecho y hará en el *Año de la fe*. ¡Muchas gracias! Pero monseñor Fisichella ha dicho una palabra, y yo no sé si es verdad, pero la retomo: ha dicho que todos vosotros tenéis ganas de dar vuestra vida *para siempre* a Cristo. Ahora aplaudís, festejáis, porque es tiempo de bodas... Pero cuando se termina la luna de miel, ¿qué sucede? He oído a un seminarista, un buen seminarista, que decía que quería servir a Cristo, pero durante diez años, y luego pensará en comenzar otra vida... ¡Esto es peligroso! Pero oíd bien: todos nosotros, también nosotros los más ancianos, también nosotros, estamos bajo la presión de esta cultura de lo provisional; y esto es peligroso, porque uno no se juega la vida una vez para siempre. Me caso hasta que dure el amor; me hago monja, pero por un «tiempito»..., «un poco de tiempo», y después veré; me hago seminarista para hacerme sacerdote, pero no sé cómo terminará la historia. ¡Esto no va con Jesús! No os reprocho a vosotros, reprocho esta cultura de lo provisional, que nos golpea a todos, porque no nos hace bien, porque una elección definitiva hoy es muy difícil. En mis tiempos era más fácil, porque la cultura favorecía una elección definitiva, sea para la vida matrimonial, sea para la vida consagrada o la vida sacerdotal. Pero en esta época no es fácil una elección definitiva. Somos víctimas de esta cultura de lo provisional. Querría que pensarais en esto: ¿cómo puedo liberarme de esta cultura de lo provisional? Debemos aprender a cerrar la puerta de nuestra celda interior, desde dentro. Una vez un sacerdote, un buen sacerdote, que no se sentía un buen sacerdote porque era humilde, se sentía pecador y rezaba mucho a la Virgen, y le decía esto a la Virgen -lo diré en español porque era una bella poesía-. Le decía a la Virgen que jamás,

jamás se alejaría de Jesús, y decía: «Esta tarde, Señora, la promesa es sincera. Por las dudas, no olvide dejar la llave afuera». Pero esto se dice pensando siempre en el amor a la Virgen, se lo dice a la Virgen. Pero cuando uno deja siempre la llave afuera, por lo que podría suceder... No está bien. ¡Debemos aprender a cerrar la puerta por dentro! Y si no estoy segura, si no estoy seguro, pienso, me tomo mi tiempo, y cuando me siento seguro, en Jesús, se entiende, porque sin Jesús nadie está seguro, cuando me siento seguro, cierro la puerta. ¿Habéis comprendido esto? ¿Qué es la cultura de lo provisional?

Cuando he entrado, he visto lo que había escrito. Quería deciros una palabra, y la palabra era alegría. Siempre, donde están los consagrados, los seminaristas, las religiosas y los religiosos, los jóvenes, hay alegría, siempre hay alegría. Es la alegría de la lozanía, es la alegría de seguir a Cristo; la alegría que nos da el Espíritu Santo, no la alegría del mundo. ¡Hay alegría! Pero, ¿dónde nace la alegría? Nace... Pero, ¿el sábado por la noche volveré a casa e iré a bailar con mis antiguos compañeros? ¿De esto nace la alegría? ¿De un seminarista, por ejemplo? ¿No? ¿O sí?

Algunos dirán: la alegría nace de las cosas que se tienen, y entonces he aquí la búsqueda del último modelo de smartphone, el scooter más veloz, el coche que llama la atención... Pero yo os digo, en verdad, que a mí me hace mal cuando veo a un sacerdote o a una religiosa en un auto último modelo: ¡no se puede! ¡No se puede! Pensáis esto: pero entonces, Padre, ¿debemos ir en bicicleta? ¡Es buena la bicicleta! Monseñor Alfred va en bicicleta: él va en bicicleta. Creo que el auto es necesario cuando hay mucho trabajo y para trasladarse... ¡pero usad uno más humilde! Y si te gusta el más bueno, ¡piensa en cuántos niños se mueren de hambre! Solamente esto. La alegría no nace, no viene de las cosas que se tienen. Otros dicen que viene de las experiencias más extremas, para sentir la emoción de las sensaciones más fuertes: a la juventud le gusta caminar en el borde del precipicio, ¡le gusta de verdad! Otros, incluso, del vestido más a la moda, de la diversión en los locales más en boga, pero con esto no digo que la religiosas vayan a esos lugares, lo digo de los jóvenes en general. Otros, incluso, del éxito con las muchachas o los muchachos, quizás pasando de una a otra o de uno a otro. Esta es la inseguridad del amor, que no es seguro: es el amor «a prueba». Y podríamos continuar... También vosotros os halláis en contacto con esta realidad que no podéis ignorar.

Sabemos que todo esto puede satisfacer algún deseo, crear alguna emoción, pero al final es una alegría que permanece en la superficie, no baja a lo íntimo, no es una alegría íntima: es la euforia de un momento que no hace verdaderamente feliz. La alegría no es la euforia de un momento: ¡es otra cosa!

La verdadera alegría no viene de las cosas, del tener, ¡no! Nace del encuentro, de la relación con los demás, nace de sentirse aceptado, comprendido, amado, y de aceptar, comprender y amar; y esto no por el interés de un momento, sino porque el otro, la otra, es una persona. La alegría nace de la gratuidad de un encuentro. Es escuchar: «Tú eres importante para mí», no necesariamente con palabras. Esto es hermoso... Y es precisamente esto lo que Dios nos hace comprender. Al llamaros, Dios os dice: «Tú eres importante para mí, te quiero, cuento contigo». Jesús, a cada uno de nosotros, nos dice esto. De ahí nace la alegría. La alegría del momento en que Jesús me ha mirado. Comprender y sentir esto es el secreto de nuestra alegría. Sentirse amado por Dios, sentir que para él no somos números, sino personas; y sentir que es él quien nos llama. Convertirse en sacerdote, en religioso o religiosa no es ante todo una elección nuestra. No me fío del seminarista o de la novicia que dice: «He elegido este camino». ¡No me gusta esto! No está bien. Más bien es la respuesta a una llamada y a una llamada de amor. Siento algo dentro que me inquieta, y yo respondo sí. En la oración, el Señor nos hace sentir este amor, pero también a través de numerosos signos que podemos leer en nuestra vida, a través de numerosas personas que pone en nuestro camino. Y la alegría del encuentro con él y de su llamada lleva a no cerrarse, sino a abrirse; lleva al servicio en la Iglesia. Santo Tomás decía *bonum est diffusivum sui* -no es un latín muy difícil-, el bien se difunde. Y también la alegría se difunde. No tengáis miedo de mostrar la alegría de haber respondido a la llamada del Señor, a su elección de amor, y de testimoniar su Evangelio en el servicio a la Iglesia. Y la alegría, la verdad, es contagiosa; contagia... hace ir adelante. En cambio, cuando te encuentras con un seminarista muy serio, muy triste, o con una novicia así, piensas: ¡hay algo aquí que no está bien! Falta la alegría del Señor, la alegría que te lleva al servicio, la alegría del encuentro con Jesús, que te lleva al encuentro con los otros para anunciar a Jesús. ¡Falta esto! No hay santidad en la tristeza, ¡no hay! Santa Teresa -hay tantos españoles aquí que la conocen bien- decía: «Un santo triste es un triste santo». Es poca cosa... Cuando te encuentras con un seminarista, un sacerdote, una religiosa, una novicia con cara larga, triste, que parece que sobre su vida han arrojado una manta muy mojada, una de esas pesadas... que te tira al suelo... ¡Algo está mal! Pero por favor: ¡nunca más religiosas y sacerdotes con «cara avinagrada», ¡nunca más! La alegría que viene de Jesús. Pensad en esto: cuando a un sacerdote -digo sacerdote, pero también un seminarista-, cuando a un sacerdote, a una religiosa, le falta la alegría, es triste; podéis pensar: «Pero es un problema psiquiátrico». No, es verdad: puede ser, puede ser, esto sí. Sucede: algunos, pobres, enferman... Puede ser. Pero, en general, no es un problema psiquiátrico. ¿Es un problema de insatisfacción? Sí. Pero, ¿dónde está el centro de esta falta de alegría? Es un problema de celibato. Os lo explico. Vosotros, seminaristas, religiosas, consagrais vuestro amor a Jesús, un

amor grande; el corazón es para Jesús, y esto nos lleva a hacer el voto de castidad, el voto de celibato. Pero el voto de castidad y el voto de celibato no terminan en el momento del voto, van adelante... Un camino que madura, madura, madura hacia la paternidad pastoral, hacia la maternidad pastoral, y cuando un sacerdote no es padre de su comunidad, cuando una religiosa no es madre de todos aquellos con los que trabaja, se vuelve triste. Este es el problema. Por eso os digo: la raíz de la tristeza en la vida pastoral está precisamente en la falta de paternidad y maternidad, que viene de vivir mal esta consagración, que, en cambio, nos debe llevar a la fecundidad. No se puede pensar en un sacerdote o en una religiosa que no sean fecundos: ¡esto no es católico! ¡Esto no es católico! Esta es la belleza de la consagración: es la alegría, la alegría...

No quisiera hacer avergonzar a esta santa religiosa [*se dirige a una religiosa anciana en la primera fila*], que estaba delante de la valla, pobrecita, y estaba propiamente sofocada, pero tenía una cara feliz. Me ha hecho bien mirar su cara, hermana. Quizás usted tenga muchos años de vida consagrada, pero usted tiene ojos hermosos, usted sonreía, usted no se quejaba de esta presión... Cuando encontráis ejemplos como este, muchos, muchas religiosas, muchos sacerdotes que son felices, es porque son fecundos, dan vida, vida, vida... Esta vida la dan porque la encuentran en Jesús. En la alegría de Jesús. Alegría, ninguna tristeza, fecundidad pastoral.

Para ser testigos felices del Evangelio es necesario ser auténticos, coherentes. Y esta es otra palabra que quiero deciros: autenticidad. Jesús reprendía mucho a los hipócritas: hipócritas, los que piensan por debajo, los que tienen -para decirlo claramente- dos caras. Hablar de autenticidad a los jóvenes no cuesta, porque los jóvenes -todos- tienen este deseo de ser auténticos, de ser coherentes. Y a todos vosotros os fastidia encontraros con sacerdotes o religiosas que no son auténticos.

Esta es una responsabilidad, ante todo, de los adultos, de los formadores. Es vuestra, formadores, que estáis aquí: dar un ejemplo de coherencia a los más jóvenes. ¿Queremos jóvenes coherentes? ¡Seamos nosotros coherentes! De lo contrario, el Señor nos dirá lo que decía de los fariseos al pueblo de Dios: «Haced lo que digan, pero no lo que hacen». Coherencia y autenticidad.

Pero también vosotros, por vuestra parte, tratad de seguir este camino. Digo siempre lo que afirmaba san Francisco de Asís: Cristo nos ha enviado a anunciar el Evangelio también con la palabra. La frase es así: «Anunciad el Evangelio siempre. Y, si fuera necesario, con las palabras». ¿Qué quiere decir esto? Anunciar el Evangelio con la autenticidad de vida, con la coherencia de vida. Pero en este

mundo en el que las riquezas hacen tanto mal, es necesario que nosotros, sacerdotes, religiosas, todos nosotros, seamos coherentes con nuestra pobreza. Pero cuando te das cuenta de que el interés prioritario de una institución educativa o parroquial, o cualquier otra, es el dinero, esto no hace bien. ¡Esto no hace bien! Es una incoherencia. Debemos ser coherentes, auténticos. Por este camino hacemos lo que dice san Francisco: predicamos el Evangelio con el ejemplo, después con las palabras. Pero, antes que nada, es en nuestra vida donde los otros deben leer el Evangelio. También aquí sin temor, con nuestros defectos que tratamos de corregir, con nuestros límites que el Señor conoce, pero también con nuestra generosidad al dejar que él actúe en nosotros. Los defectos, los límites y -añado algo más- los pecados... Querría saber una cosa: aquí, en el aula, ¿hay alguien que no es pecador? ¡Alce la mano! ¡Alce la mano! Nadie. Nadie. Desde aquí hasta el fondo... ¡todos! Pero, ¿cómo llevo mi pecado, mis pecados? Quiero aconsejaros esto: sed transparentes con el confesor. Siempre. Decid todo, no tengáis miedo. «Padre, he pecado». Pensad en la samaritana, que para tratar de decir a sus conciudadanos que había encontrado al Mesías, dijo: «Me ha dicho todo lo que hice», y todos conocían la vida de esa mujer. Decir siempre la verdad al confesor. Esta transparencia nos hará bien, porque nos hace humildes, a todos. «Pero padre, he persistido en esto, he hecho esto, he odiado»... cualquier cosa. Decir la verdad, sin esconder, sin medias palabras, porque estás hablando con Jesús en la persona del confesor. Y Jesús sabe la verdad. Solamente Él te perdona siempre. Pero el Señor quiere solamente que tú le digas lo que Él ya sabe. ¡Transparencia! Es triste cuando uno se encuentra con un seminarista, con una religiosa, que hoy se confiesa con éste para limpiar la mancha; y mañana con otro, con otro y con otro: una *peregrinatio* a los confesores para esconder su verdad. ¡Transparencia! Es Jesús quien te está escuchando. Tened siempre esta transparencia ante Jesús en el confesor. Pero ésta es una gracia. Padre, he pecado, he hecho esto, esto y esto... letra por letra. Y el Señor te abraza, te besa. Ve, y ya no peques. ¿Y si vuelves? Otra vez. Lo digo por experiencia. Me he encontrado con muchas personas consagradas que caen en esta trampa hipócrita de la falta de transparencia. «He hecho esto», con humildad. Como el publicano, que estaba en el fondo del templo: «He hecho esto, he hecho esto...». Y el Señor te tapa la boca: es Él quien te la tapa. Pero no lo hagas tú. ¿Habéis comprendido? Del propio pecado, sobreabunda la gracia. Abrid la puerta a la gracia, con esta transparencia.

Los santos y los maestros de la vida espiritual nos dicen que para ayudar a hacer crecer la autenticidad en nuestra vida es muy útil, más aún, es indispensable, la práctica diaria del examen de conciencia. ¿Qué sucede en mi alma? Así, abierto, con el Señor y después con el confesor, con el padre espiritual. Es muy importante esto.

¿Hasta qué hora, monseñor Fisichella, tenemos tiempo?

Pero él dice hasta mañana... Que os traiga un sándwich y una Coca Cola a cada uno, si es hasta mañana, por lo menos...

La coherencia es fundamental, para que nuestro testimonio sea creíble. Pero no basta; también se necesita preparación cultural, preparación intelectual, lo remarco, para dar razón de la fe y de la esperanza. El contexto en el que vivimos pide continuamente este «dar razón», y es algo bueno, porque nos ayuda a no dar nada por descontado. Hoy no podemos dar nada por descontado. Esta civilización, esta cultura... no podemos. Pero, ciertamente, es también arduo, requiere buena formación, equilibrada, que una todas las dimensiones de la vida, la humana, la espiritual, la dimensión intelectual con la pastoral. En la formación vuestra hay cuatro pilares fundamentales: formación espiritual, o sea, la vida espiritual; la vida intelectual, este estudiar para «dar razón»; la vida apostólica, comenzar a ir a anunciar el Evangelio; y, cuarto, la vida comunitaria. Cuatro. Y para esta última es necesario que la formación se realice en la comunidad, en el noviciado, en el priorato, en los seminarios... Pienso siempre esto: es mejor el peor seminario que ningún seminario. ¿Por qué? Porque es necesaria esta vida comunitaria. Recordad los cuatro pilares: vida espiritual, vida intelectual, vida apostólica y vida comunitaria. Estos cuatro. En estos cuatro debéis edificar vuestra vocación.

Y querría destacar la importancia, en esta vida comunitaria, de las relaciones de amistad y de fraternidad, que son parte integrante de esta formación. Llegamos a otro problema. ¿Por qué digo esto: relaciones de amistad y de fraternidad? Muchas veces me he encontrado con comunidades, con seminaristas, con religiosos, o con comunidades diocesanas donde las jaculatorias más comunes son las murmuraciones. ¡Es terrible! Se despellejan unos a otros... Y este es nuestro mundo clerical, religioso... Disculpádmelo, pero es común: celos, envidias, hablar mal del otro. No sólo hablar mal de los superiores, ¡esto es clásico! Pero quiero deciros que es muy común, muy común. También yo caí en esto. Muchas veces lo hice. Y me avergüenzo. Me avergüenzo de esto. No está bien hacerlo: ir a murmurar. «Has oído... Has oído...». Pero es un infierno esa comunidad. Esto no está bien. Y por eso es importante la relación de amistad y de fraternidad. Los amigos son pocos. La Biblia dice esto: los amigos, uno, dos... Pero la fraternidad, entre todos. Si tengo algo con una hermana o con un hermano, se lo digo en la cara, o se lo digo a aquel o a aquella que puede ayudar, pero no lo digo a otros para «ensuciarlo». Y las murmuraciones son terribles. Detrás de las murmuraciones, debajo de las murmuraciones hay envidias, celos, ambiciones. Pensad en esto. Una vez oí hablar de una persona que, después de los ejercicios espirituales, una persona

consagrada, una religiosa... ¡Esto es bueno! Esta religiosa había prometido al Señor no hablar nunca mal de otra religiosa. Este es un hermoso, un hermoso camino a la santidad. No hablar mal de los otros. «Pero padre, hay problemas...». Díselos al superior, díselos a la superiora, díselos al obispo, que puede remediar. No se los digas a quien no puede ayudar. Esto es importante: ¡fraternidad! Pero dime, ¿hablarías mal de tu mamá, de tu papá, de tus hermanos? Jamás. ¿Y por qué lo haces en la vida consagrada, en el seminario, en la vida presbiteral? Solamente esto: pensad, pensad. ¡Fraternidad! Este amor fraterno.

Pero hay dos extremos; en este aspecto de la amistad y de la fraternidad, hay dos extremos: tanto el aislamiento como la disipación. Una amistad y una fraternidad que me ayuden a no caer ni en el aislamiento ni en la disipación. Cultivad las amistades, son un bien precioso; pero deben educaros no en la cerrazón, sino en la salida de vosotros mismos. Un sacerdote, un religioso, una religiosa jamás pueden ser una isla, sino una persona siempre dispuesta al encuentro. Las amistades, además, se enriquecen con los diversos carismas de vuestras familias religiosas. Es una gran riqueza. Pensemos en las hermosas amistades de muchos santos.

Creo que debo cortar un poco, porque vuestra paciencia es grande.

Querría deciros: salid de vosotros mismos para anunciar el Evangelio, pero, para hacerlo, debéis salir de vosotros mismos para encontrar a Jesús. Hay dos salidas: una hacia el encuentro con Jesús, hacia la trascendencia; la otra, hacia los demás para anunciar a Jesús. Estas dos van juntas. Si haces solamente una, no está bien. Pienso en la madre Teresa de Calcuta. Era audaz esta religiosa... No tenía miedo a nada, iba por las calles... Pero esta mujer tampoco tenía miedo de arrodillarse, dos horas, ante el Señor. No tengáis miedo de salir de vosotros mismos en la oración y en la acción pastoral. Sed valientes para rezar y para ir a anunciar el Evangelio.

Querría una Iglesia misionera, no tan tranquila. Una hermosa Iglesia que va adelante. En estos días han venido muchos misioneros y misioneras a la misa de la mañana, aquí, en Santa Marta, y cuando me saludaban, me decían: «Pero yo soy una religiosa anciana; hace cuarenta años que estoy en el Chad, que estoy acá, que estoy allá...». ¡Qué hermoso! Pero, ¿tú entiendes que esta religiosa ha pasado estos años así, porque nunca ha dejado de encontrar a Jesús en la oración? Salir de sí mismos hacia la trascendencia, hacia Jesús en la oración, hacia la trascendencia, hacia los demás en el apostolado, en el trabajo. Dad una contribución para una Iglesia así, fiel al camino que Jesús quiere. No aprendáis de nosotros, que ya no somos tan jóvenes; no aprendáis de nosotros el deporte que nosotros, los viejos,

tenemos a menudo: ¡el deporte de la queja! No aprendáis de nosotros el culto de la «diosa queja». Es una diosa... siempre quejosa. Al contrario, sed positivos, cultivad la vida espiritual y, al mismo tiempo, id, sed capaces de encontraros con las personas, especialmente con las más despreciadas y desfavorecidas. No tengáis miedo de salir e ir contra la corriente. Sed contemplativos y misioneros. Tened siempre a la Virgen con vosotros en vuestra casa, como la tenía el apóstol Juan. Que ella siempre os acompañe y proteja. Y rezad también por mí, porque también yo necesito oraciones, porque soy un pobre pecador, pero vamos adelante.

Muchas gracias, no veremos de nuevo mañana. Y adelante, con alegría, con coherencia, siempre con la valentía de decir la verdad, la valentía de salir de sí mismo para encontrar a Jesús en la oración y salir de sí mismo para encontrar a los otros y darles el Evangelio. Con fecundidad pastoral. Por favor, nos seáis «solteras» y «solteros». ¡Adelante!

Ahora, decía monseñor Fisichella, que ayer rezasteis el Credo, cada uno en su propia lengua. Pero somos todos hermanos, tenemos un mismo Padre. Ahora, cada uno en su propia lengua, rece el Padrenuestro. Recemos el Padrenuestro.

Y también tenemos una Madre. En nuestra propia lengua, recemos el Avemaría.

DISCURSOS

Discurso del Santo Padre, Francisco, a los participantes en el Congreso para los Obispos de nuevo nombramiento, organizado por la Congregación para las Iglesias Orientales

Sala Clementina. Jueves, 19 de septiembre de 2013

El Salmo nos dice: «Ved qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos» (*Sal* 132, 1).

Pienso que habéis experimentado la verdad de estas palabras en los días que habéis pasado aquí en Roma viviendo una experiencia de fraternidad; fraternidad que es favorecida por la amistad, por conocerse, por estar juntos, pero que es dada sobre todo por los vínculos sacramentales de la comunión en el Colegio episcopal y con el Obispo de Roma. Que este formar un «único cuerpo» os oriente en vuestro trabajo cotidiano y os impulse a preguntaros: ¿cómo vivir el espíritu de colegialidad y de colaboración en el episcopado? ¿Cómo ser constructores de comunión y de unidad en la Iglesia que el Señor me ha confiado? El obispo es hombre de comunión, es hombre de unidad, «principio y fundamento perpetuo y visible de unidad» (cf. Conc. Vat. II, *Lumen gentium*, 23).

Queridos hermanos en el episcopado, os saludo uno por uno, obispos latinos y orientales: vosotros mostráis la gran riqueza y variedad de la Iglesia. Doy las gracias al cardenal Marc Ouellet, prefecto de la Congregación para los obispos, por el saludo que me ha dirigido también en vuestro nombre y por haber organizado estas jornadas en las que sois peregrinos ante la Tumba de Pedro para reforzar la comunión y para orar y reflexionar sobre vuestro ministerio. Con él saludo al cardenal Leonardo Sandri, prefecto de la Congregación para las Iglesias orientales, y al cardenal Luis Antonio Tagle, arzobispo de Manila, y a monseñor Lorenzo Baldisseri, infatigable trabajador para estas cosas.

«Pastoread el rebaño de Dios que tenéis a vuestro cargo, mirad por él, no a la fuerza, sino de buena gana, como Dios quiere; no por sórdida ganancia, sino con entrega generosa; no como déspotas con quienes os ha tocado en suerte, sino convirtiéndoos en modelos del rebaño» (*1 Pe* 5, 2-3). ¡Que estas palabras de san Pedro se esculpan en el corazón! Somos llamados y constituidos pastores, no pastores por nosotros mismos, sino por el Señor, y no para servirnos a nosotros mismos, sino al rebaño que se nos ha confiado, servirlo hasta dar la vida como Cristo, el Buen Pastor (cf. *Jn* 10, 11).

¿Qué significa pastorear, tener «cuidado habitual y cotidiano de sus ovejas» (*Lumen gentium*, 27)? Tres breves pensamientos. Pastorear significa: acoger con magnanimidad, caminar con el rebaño, permanecer con el rebaño. Acoger, caminar, permanecer.

Acoger con magnanimidad. Que vuestro corazón sea tan grande como para saber acoger a todos los hombres y las mujeres que encontraréis a lo largo de vuestras jornadas y que iréis a buscar cuando os pongáis en camino en vuestras parroquias y en cada comunidad. Desde ahora preguntaos: los que llamen a la puerta de mi casa, ¿cómo la encontrarán? Si la encuentran abierta, a través de vuestra bondad, vuestra disponibilidad, experimentarán la paternidad de Dios y comprenderán cómo la Iglesia es una buena madre que siempre acoge y ama.

Caminar con el rebaño. Acoger con magnanimidad, caminar. Acoger a todos para caminar con todos. El obispo está en camino *con* y *en* su rebaño. Esto quiere decir ponerse en camino con los propios fieles y con todos aquellos que se dirigirán a vosotros, compartiendo sus alegrías y esperanzas, dificultades y sufrimientos, como hermanos y amigos, pero más aún como padres, que son capaces de escuchar, comprender, ayudar, orientar. El caminar juntos requiere amor, y el nuestro es un servicio de amor, *amoris officium* decía san Agustín (*In Io. Ev. tract.* 123, 5: pl 35, 1967).

Y en el caminar desearía recordar *el afecto hacia vuestros sacerdotes*. Vuestros sacerdotes son el primer prójimo; el sacerdote es el primer prójimo del obispo -amad al prójimo, pero el primer prójimo es ese-, indispensables colaboradores de quienes hay que buscar el consejo y la ayuda, a quienes hay que cuidar como padres, hermanos y amigos. Entre las primeras tareas que tenéis está el cuidado espiritual del presbiterio, pero no olvidéis las necesidades humanas de cada sacerdote, sobre todo en los momentos más delicados e importantes de su ministerio y de su vida. Nunca es tiempo perdido el que se pasa con los sacerdotes. Recibidles cuando lo piden; no dejéis sin respuesta una llamada telefónica. Yo he oído -no sé si es verdad, pero lo he oído muchas veces en mi vida- de sacerdotes, cuando daba ejercicios a sacerdotes: «¡Bah! He llamado al obispo y el secretario me dice que no tiene tiempo para recibirme». Y así durante meses y meses y meses. No sé si es verdad. Pero si un sacerdote llama al obispo, el mismo día, o al menos al día siguiente, la llamada telefónica: «He oído, ¿qué deseas? Ahora no puedo recibirte, pero intentemos buscar juntos la fecha». Que oiga que el padre responde, por favor. Al contrario, el sacerdote puede pensar: «Pero a éste no le importa; éste no es padre, es jefe de oficina». Pensad bien en esto. Sería un buen propósito: ante una llamada de un sacerdote, si no puedo este día, al menos responder al día si-

guiente. Y después ver cuándo es posible encontrarle. Estar en continua cercanía, en contacto continuo con ellos.

Después *la presencia en la diócesis*. En la homilía de la Misa Crismal de este año decía que los pastores deben tener «el olor de las ovejas». Sed pastores con el olor de las ovejas, presentes en medio de vuestro pueblo como Jesús Buen Pastor. Vuestra presencia no es secundaria, es indispensable. ¡La presencia! La pide el pueblo mismo, que quiere ver al propio obispo caminar con él, estar cerca de él. Lo necesita para vivir y para respirar. No os cerréis. Bajad en medio de vuestros fieles, también en las periferias de vuestras diócesis y en todas esas «periferias existenciales» donde hay sufrimiento, soledad, degradación humana. Presencia pastoral significa caminar con el Pueblo de Dios: caminar delante, indicando el camino, indicando la vía; caminar en medio, para reforzarlo en la unidad; caminar detrás, para que ninguno se quede rezagado, pero, sobre todo, para seguir el olfato que tiene el Pueblo de Dios para hallar nuevos caminos. Un obispo que vive en medio de sus fieles tiene los oídos abiertos para escuchar «lo que el Espíritu dice a las Iglesias» (Ap 2, 7) y la «voz de las ovejas», también a través de los organismos diocesanos que tienen la tarea de aconsejar al obispo, promoviendo un diálogo leal y constructivo. No se puede pensar en un obispo que no tenga estos organismos diocesanos: consejo presbiteral, los consultores, consejo pastoral, consejo de asuntos económicos. Esto significa estar precisamente con el pueblo. Esta presencia pastoral os permitirá conocer a fondo también la cultura, los hábitos, las costumbres del territorio, la riqueza de santidad que allí está presente. ¡Sumergirse en el propio rebaño!

Y aquí desearía añadir: que *el estilo de servicio* al rebaño sea el de la humildad, diría también de la austeridad y de la esencialidad. Por favor, nosotros pastores no somos hombres con la «psicología de príncipes» -por favor-, hombres ambiciosos, que son esposos de esta Iglesia en espera de otra más bella o más rica. ¡Esto es un escándalo! Si viene un penitente y te dice: «Yo estoy casado, vivo con mi mujer, pero miro continuamente a aquella mujer que es más bella que la mía: ¿es pecado, padre?». El Evangelio dice: es pecado de adulterio. ¿Existe un «adulterio espiritual»? No sé, pensadlo vosotros. No estar a la espera de otra más bella, más importante, más rica. ¡Estad bien atentos en no caer en el espíritu del carrerismo! ¡Eso es un cáncer! No es sólo con la palabra, sino también y sobre todo con el testimonio concreto de vida como somos maestros y educadores de nuestro pueblo. El anuncio de la fe pide conformar la vida con lo que se enseña. Misión y vida son inseparables (cf. Juan Pablo II, *Pastores gregis*, 31). Es una pregunta para hacernos cada día: ¿lo que vivo se corresponde con lo que enseño?

Acoger, caminar. Y el tercer y último elemento: *permanecer con el rebaño*. Me refiero a la *estabilidad*, que tiene dos aspectos precisos: «permanecer» en la diócesis y permanecer en «ésta» diócesis, como he dicho, sin buscar cambios o promociones. No se puede conocer verdaderamente como pastores al propio rebaño, caminar delante, en medio o detrás de él, cuidarlo con la enseñanza, la administración de los sacramentos y el testimonio de vida, si no se permanece en la diócesis. En esto, Trento es actualísimo: residencia. El nuestro es un tiempo en que se puede viajar, moverse de un punto a otro con facilidad, un tiempo en el que las relaciones son veloces, la época de internet. Pero la antigua ley de la residencia no ha pasado de moda. Es necesaria para el buen gobierno pastoral (cf. *Directorio Apostolorum Successores*, 161). Ciertamente, existe una solicitud por las demás Iglesias y por la universal que pueden pedir ausentarse de la diócesis, pero que sea por el estricto tiempo necesario y no habitualmente. Ved, la residencia no es requerida sólo para una buena organización, no es un elemento funcional; tiene una raíz teológica. Sois esposos de vuestra comunidad, ligados profundamente a ella. Os pido, por favor, que permanezcáis en medio de vuestro pueblo. Permanecer, permanecer... Evitad el escándalo de ser «obispos de aeropuerto». Sed pastores acogedores, en camino con vuestro pueblo, con afecto, con misericordia, con dulzura del trato y firmeza paterna, con humildad y discreción, capaces de mirar también vuestras limitaciones y de tener una dosis de buen humor. Esta es una gracia que debemos pedir nosotros, obispos. Todos debemos pedir esta gracia: Señor, dame sentido del humor. Encontrar el medio de reírse de uno mismo, primero, y un poco de las cosas. Y permaneced con vuestro rebaño.

Queridos hermanos, al regresar a vuestras diócesis llevad mi saludo a todos, en particular a los sacerdotes, a los consagrados y a las consagradas, a los seminaristas, a todos los fieles, y a quienes tienen más necesidad de la cercanía del Señor. La presencia -como ha dicho el cardenal Ouellet- de dos obispos sirios nos impulsa una vez más a pedir juntos a Dios el don de la paz. ¡Paz para Siria, paz para Oriente Medio, paz para el mundo! Por favor, acordaos de orar por mí; yo lo hago por vosotros. A cada uno y a vuestras comunidades doy de corazón mi bendición. Gracias.

Discurso del Santo Padre, Francisco, a los participantes en la Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio para las Comunicaciones Sociales

Sábado 21 de septiembre de 2013

Queridos hermanos y hermanas, buenos días:

Saludo a todos y les doy las gracias por el servicio que prestan en un campo tan importante como es el de la comunicación, aunque después de haber oído a Mons. Celli debo borrar «campo»... una «dimensión existencial» importante... Agradezco a Mons. Claudio Celli las palabras que me ha dirigido en nombre de todos. Quisiera compartir con ustedes algunas ideas:

1. La primera: *la importancia de la comunicación para la Iglesia*. Este año se cumple el 50 aniversario de la aprobación del Decreto conciliar *Inter mirifica*. No se trata sólo de una conmemoración; ese documento expresa el interés de la Iglesia por la comunicación y por sus instrumentos, importantes también en una dimensión evangelizadora. Pero por los instrumentos de la comunicación; la comunicación no es un instrumento. Es otra cosa... En los últimos decenios los medios de comunicación se han desarrollado mucho, pero esta solicitud continúa, asumiendo nuevas sensibilidades y nuevas formas. El panorama comunicativo se ha convertido poco a poco para muchos en un “ambiente vital”, una red donde las personas se comunican, amplían el horizonte de sus contactos y de sus relaciones (cf. Benedicto XVI, *Mensaje para la Jornada mundial de las Comunicaciones Sociales 2013*). Subrayo, sobre todo, estos aspectos positivos, aunque todos somos conscientes de que también hay límites y elementos nocivos.

2. En este contexto –y ésta es la segunda idea– nos tenemos que preguntar: ¿Qué papel tiene que desempeñar la Iglesia con sus medios operativos y comunicativos? En cualquier situación, más allá de la puramente tecnológica, creo que el objetivo ha de ser *lograr insertarse en el diálogo con los hombres y mujeres de hoy*, lograr insertarse en el diálogo con los hombres y las mujeres de hoy, para comprender sus expectativas, sus dudas, sus esperanzas. Son hombres y mujeres a veces un poco desilusionados con un cristianismo que les parece estéril, que tiene dificultades precisamente para comunicar incisivamente el sentido profundo que da la fe. En efecto, precisamente hoy, en la era de la globalización, estamos asistiendo a un aumento de la desorientación, de la soledad; vemos difundirse la pérdida del sentido de la vida, la incapacidad para tener una “casa” de referencia, la dificultad para trabar relaciones profundas. Es importante, por eso, saber dialogar, entrando también, aunque no sin discernimiento, en los ambientes creados

por las nuevas tecnologías, en las redes sociales, para hacer visible una presencia, una presencia que escucha, dialoga, anima. No tengan miedo de ser esa presencia, llevando consigo su identidad cristiana cuando se hacen ciudadanos de estos ambientes. ¡Una Iglesia que acompaña en el camino, sabe ponerse en camino con todos! Y hay también una antigua regla de los peregrinos, que San Ignacio asume, por eso yo la conozco. En una de sus reglas dice que aquel que acompaña a un peregrino y que va con él, debe ir al paso del peregrino, sin adelantarse ni retrasarse. Y esto es lo que quiero decir: una Iglesia que acompaña en el camino y que sepa ponerse en camino, como camina hoy. Esta regla del peregrino nos ayudará a inspirar las cosas.

3. El tercero: Es un reto que afrontamos todos juntos, en este contexto de la comunicación, y la problemática no es principalmente tecnológica. Nos tenemos que preguntar ¿somos capaces, también en este campo, de llevar a Cristo, o mejor, de *llevar al encuentro de Cristo*? ¿De caminar con el peregrino existencial, pero como lo hacía Jesús con los de Emaús, encendiendo sus corazones, haciéndoles encontrar al Señor? ¿Somos capaces de comunicar el rostro de una Iglesia que es “casa” de todos? Hablamos de la Iglesia con las puertas cerradas. Pero esto es más que una Iglesia con las puertas abiertas, es mucho más. Es encontrar juntos, hacer «casa», hacer Iglesia, hacer «casa». Iglesia con las puertas cerradas, Iglesia con las puertas abiertas. Es esto: hacer Iglesia, caminando. Un desafío. Se trata de hacer descubrir, también a través de los medios de comunicación social, además de en el encuentro personal, la belleza de todo lo que constituye el fundamento de nuestro camino y de nuestra vida, la belleza de la fe, la belleza del encuentro con Cristo. También en el contexto de la comunicación es necesario que la Iglesia consiga llevar calor, que enardezca los corazones. ¿Nuestra presencia, nuestras iniciativas responden a esta exigencia o permanecemos técnicos? Tenemos un tesoro precioso que transmitir, un tesoro que da luz y esperanza. ¡Son tan necesarias! Pero todo esto requiere una cuidada y cualificada formación, de sacerdotes, religiosos, religiosas, laicos, también en este campo. El gran continente digital no es simplemente tecnología, sino que está formado por hombres y mujeres que llevan consigo lo que tienen dentro, sus experiencias, sus sufrimientos, sus anhelos, la búsqueda de la verdad, de la belleza, de la bondad. Es necesario saber indicar y llevar a Cristo, compartiendo estas alegrías y esperanzas, como María que llevó a Cristo al corazón del hombre; es necesario saber entrar en la niebla de la indiferencia sin perderse; es necesario bajar también a la noche más oscura sin verse dominados por la oscuridad y perderse; es necesario escuchar las ilusiones de muchos, sin dejarse seducir; es necesario acoger las desilusiones, sin caer en la amargura; palpar la desintegración ajena, sin dejarse disolver o descomponer en la propia identidad (cf. *Discurso al episcopado de Brasil, 27 julio 2013*, 4). Este es el camino. Este es el desafío.

Es importante, queridos amigos, la atención y la presencia de la Iglesia en el mundo de la comunicación, para dialogar con el hombre de hoy y llevarlo al encuentro con Cristo, pero el encuentro con Cristo es un encuentro personal. No se puede manipular. En este tiempo tenemos una gran tentación en la Iglesia, que es el «acoso» espiritual: manipular las conciencias; un lavado de cerebro teologal, que al final te lleva a un encuentro con Cristo puramente nominal, no con la Persona de Cristo Vivo. En el encuentro de una persona con Cristo, entran Cristo y la persona. No lo que quiere el ingeniero espiritual que busca manipular. Este es el desafío. Llevarlo al encuentro con Cristo siendo conscientes, no obstante, de que nosotros somos medios y que el problema de fondo no es la adquisición de sofisticadas tecnologías, aunque sean necesarias para una presencia actual y significativa. Que nos quede siempre claro que creemos en un Dios apasionado por el hombre, que quiere manifestarse mediante nuestros medios, aunque siempre son pobres, porque es Él quien obra, transforma, salva la vida del hombre.

Y nuestra oración, la de todos, para que el Señor enardezca nuestro corazón y nos sostenga en la misión fascinante de llevarle al mundo. Me encomiendo a sus oraciones porque también yo tengo esta misión, y les imparto de corazón mi Bendición.

HOMILÍAS

Homilía del Santo Padre, Francisco, durante la Santa Misa con los seminaristas, novicios, novicias y cuantos se encuentran en el camino vocacional

Basilica Vaticana. Domingo, 7 de julio de 2013.

Queridos hermanos y hermanas:

Ya ayer tuve la alegría de encontrarme con ustedes, y hoy nuestra fiesta es todavía mayor porque nos reunimos de nuevo para celebrar la Eucaristía, en el día del Señor. Ustedes son seminaristas, novicios y novicias, jóvenes en el camino vocacional, provenientes de todas las partes del mundo: ¡representan a la juventud de la Iglesia! Si la Iglesia es la Esposa de Cristo, en cierto sentido ustedes constituyen el momento del noviazgo, la primavera de la vocación, la estación del descubrimiento, de la prueba, de la formación. Y es una etapa muy bonita, en la que se ponen las bases para el futuro. ¡Gracias por haber venido!

Hoy la palabra de Dios nos habla de la misión. ¿De dónde nace la misión? La respuesta es sencilla: nace de una llamada que nos hace el Señor, y quien es llamado por Él lo es para ser enviado. ¿Cuál debe ser el estilo del enviado? ¿Cuáles son los puntos de referencia de la misión cristiana? Las lecturas que hemos escuchado nos sugieren tres: la alegría de la consolación, la cruz y la oración.

1. El primer elemento: la alegría de la consolación. El profeta Isaías se dirige a un pueblo que ha atravesado el periodo oscuro del exilio, ha sufrido una prueba muy dura; pero ahora, para Jerusalén, ha llegado el tiempo de la consolación; la tristeza y el miedo deben dejar paso a la alegría: “Festead... gozad... alegraos”, dice el Profeta (66,10). Es una gran invitación a la alegría. ¿Por qué? ¿Cuál es el motivo de esta invitación a la alegría? Porque el Señor hará derivar hacia la santa Ciudad y sus habitantes un “torrente” de consolación, un torrente de consolación –así llenos de consolación–, un torrente de ternura materna: “Llevarán en brazos a sus criaturas y sobre las rodillas las acariciarán” (v. 12). Como la mamá pone al niño sobre sus rodillas y lo acaricia, así el Señor hará con nosotros y hace con nosotros. Éste es el torrente de ternura que nos da tanta consolación. “Como a un niño a quien su madre consuela, así os consolaré yo” (v. 13). Todo cristiano, y sobre todo nosotros, estamos llamados a ser portadores de este mensaje de esperanza que da serenidad y alegría: la consolación de Dios, su ternura para con todos. Pero sólo podremos ser portadores si nosotros experimentamos antes la alegría de ser consolados por Él, de ser amados por Él. Esto es importante para

que nuestra misión sea fecunda: sentir la consolación de Dios y transmitirla. A veces me he encontrado con personas consagradas que tienen miedo a la consolación de Dios, y... pobres, se atormentan, porque tienen miedo a esta ternura de Dios. Pero no tengan miedo. No tengan miedo, el Señor es el Señor de la consolación, el Señor de la ternura. El Señor es padre y Él dice que nos tratará como una mamá a su niño, con su ternura. No tengan miedo de la consolación del Señor. La invitación de Isaías ha de resonar en nuestro corazón: “Consolad, consolad a mi pueblo” (40,1), y esto convertirse en misión. Encontrar al Señor que nos consuela e ir a consolar al pueblo de Dios, ésta es la misión. La gente de hoy tiene necesidad ciertamente de palabras, pero sobre todo tiene necesidad de que demos testimonio de la misericordia, la ternura del Señor, que enardece el corazón, despierta la esperanza, atrae hacia el bien. ¡La alegría de llevar la consolación de Dios!

2. El segundo punto de referencia de la misión es la cruz de Cristo. San Pablo, escribiendo a los Gálatas, dice: “Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo” (6,14). Y habla de las “marcas”, es decir, de las llagas de Cristo Crucificado, como el cuño, la señal distintiva de su existencia de Apóstol del Evangelio. En su ministerio, Pablo ha experimentado el sufrimiento, la debilidad y la derrota, pero también la alegría y la consolación. He aquí el misterio pascual de Jesús: misterio de muerte y resurrección. Y precisamente haberse dejado conformar con la muerte de Jesús ha hecho a San Pablo participar en su resurrección, en su victoria. En la hora de la oscuridad, en la hora de la prueba está ya presente y activa el alba de la luz y de la salvación. ¡El misterio pascual es el corazón palpitante de la misión de la Iglesia! Y si permanecemos dentro de este misterio, estamos a salvo tanto de una visión mundana y triunfalista de la misión, como del desánimo que puede nacer ante las pruebas y los fracasos. La fecundidad pastoral, la fecundidad del anuncio del Evangelio no procede ni del éxito ni del fracaso según los criterios de valoración humana, sino de conformarse con la lógica de la Cruz de Jesús, que es la lógica del salir de sí mismos y darse, la lógica del amor. Es la Cruz –siempre la Cruz con Cristo, porque a veces nos ofrecen la cruz sin Cristo: ésa no sirve–. Es la Cruz, siempre la Cruz con Cristo, la que garantiza la fecundidad de nuestra misión. Y desde la Cruz, acto supremo de misericordia y de amor, renacemos como “criatura nueva” (*Ga* 6,15).

3. Finalmente, el tercer elemento: la oración. En el Evangelio hemos escuchado: “Rogad, pues, al dueño de la mies que mande obreros a su mies” (*Lc* 10,2). Los obreros para la mies no son elegidos mediante campañas publicitarias o llamadas al servicio de la generosidad, sino que son “elegidos” y “mandados” por Dios. Él es quien elige, Él es quien manda, Él es quien manda, Él es quien

encomienda la misión. Por eso es importante la oración. La Iglesia, nos ha repetido Benedicto XVI, no es nuestra, sino de Dios; ¡y cuántas veces nosotros, los consagrados, pensamos que es nuestra! La convertimos... en lo que se nos ocurre. Pero no es nuestra, es de Dios. El campo a cultivar es suyo. Así pues, la misión es sobre todo gracia. La misión es gracia. Y si el apóstol es fruto de la oración, encontrará en ella la luz y la fuerza de su acción. En efecto, nuestra misión pierde su fecundidad, e incluso se apaga, en el mismo momento en que se interrumpe la conexión con la fuente, con el Señor.

Queridos seminaristas, queridas novicias y queridos novicios, queridos jóvenes en el camino vocacional. Uno de ustedes, uno de sus formadores, me decía el otro día: *évangéliser on le fait à genoux*, la evangelización se hace de rodillas. Óiganlo bien: “la evangelización se hace de rodillas”. ¡Sean siempre hombres y mujeres de oración! Sin la relación constante con Dios la misión se convierte en función. Pero, ¿en qué trabajas tú? ¿Eres sastre, cocinera, sacerdote, trabajas como sacerdote, trabajas como religiosa? No. No es un oficio, es otra cosa. El riesgo del activismo, de confiar demasiado en las estructuras, está siempre al acecho. Si miramos a Jesús, vemos que la víspera de cada decisión y acontecimiento importante, se recogía en oración intensa y prolongada. Cultivemos la dimensión contemplativa, incluso en la vorágine de los compromisos más urgentes y duros. Cuanto más les llame la misión a ir a las periferias existenciales, más unido ha de estar su corazón a Cristo, lleno de misericordia y de amor. ¡Aquí reside el secreto de la fecundidad pastoral, de la fecundidad de un discípulo del Señor!

Jesús manda a los suyos sin “talega, ni alforja, ni sandalias” (Lc 10,4). La difusión del Evangelio no está asegurada ni por el número de personas, ni por el prestigio de la institución, ni por la cantidad de recursos disponibles. Lo que cuenta es estar imbuidos del amor de Cristo, dejarse conducir por el Espíritu Santo, e injertar la propia vida en el árbol de la vida, que es la Cruz del Señor.

Queridos amigos y amigas, con gran confianza les pongo bajo la intercesión de María Santísima. Ella es la Madre que nos ayuda a tomar las decisiones definitivas con libertad, sin miedo. Que Ella les ayude a dar testimonio de la alegría de la consolación de Dios, sin tener miedo a la alegría; que Ella les ayude a conformarse con la lógica de amor de la Cruz, a crecer en una unión cada vez más intensa con el Señor en la oración. ¡Así su vida será rica y fecunda! Amén.

Homilía del Santo Padre, Francisco, durante la Santa Misa en la Solemnidad de la Asunción de la Virgen María

Castelgandolfo, 15 de agosto de 2013

Queridos hermanos y hermanas

El Concilio Vaticano II, al final de la Constitución sobre la Iglesia, nos ha dejado una bellísima meditación sobre María Santísima. Recuerdo solamente las palabras que se refieren al misterio que hoy celebramos. La primera es ésta: «La Virgen Inmaculada, preservada libre de toda mancha de pecado original, terminado el curso de su vida en la tierra, fue llevada en cuerpo y alma a la gloria del cielo y elevada al trono por el Señor como Reina del universo» (n. 59). Y después, hacia el final, ésta otra: «La Madre de Jesús, glorificada ya en los cielos en cuerpo y alma, es la imagen y comienzo de la Iglesia que llegará a su plenitud en el siglo futuro. También en este mundo, hasta que llegue el día del Señor, brilla ante el Pueblo de Dios en marcha, como señal de esperanza cierta y de consuelo» (n. 68). A la luz de esta imagen bellísima de nuestra Madre, podemos considerar el mensaje que contienen las lecturas bíblicas que hemos apenas escuchado. Podemos concentrarnos en tres palabras clave: lucha, resurrección, esperanza.

El pasaje del Apocalipsis presenta la visión de la lucha entre la mujer y el dragón. La figura de la mujer, que representa a la Iglesia, aparece por una parte gloriosa, triunfante, y por otra con dolores. Así es en efecto la Iglesia: si en el Cielo ya participa de la gloria de su Señor, en la historia vive continuamente las pruebas y desafíos que comporta el conflicto entre Dios y el maligno, el enemigo de siempre. En esta lucha que los discípulos de Jesús han de sostener – todos nosotros, todos los discípulos de Jesús debemos sostener esta lucha –, María no les deja solos; la Madre de Cristo y de la Iglesia está siempre con nosotros. Siempre camina con nosotros, está con nosotros. También María participa, en cierto sentido, de esta doble condición. Ella, naturalmente, ha entrado definitivamente en la gloria del Cielo. Pero esto no significa que esté lejos, que se separe de nosotros; María, por el contrario, nos acompaña, lucha con nosotros, sostiene a los cristianos en el combate contra las fuerzas del mal. La oración con María, en especial el Rosario – pero escuchadme con atención: el Rosario. ¿Vosotros rezáis el Rosario todos los días? No creo [la gente grita: Sí] ¿Seguro? Pues bien, la oración con María, en particular el Rosario, tiene también esta dimensión «agonística», es decir, de lucha, una oración que sostiene en la batalla contra el maligno y sus cómplices. También el Rosario nos sostiene en la batalla.

La segunda lectura nos habla de la resurrección. El apóstol Pablo, escribiendo

a los corintios, insiste en que ser cristianos significa creer que Cristo ha resucitado verdaderamente de entre los muertos. Toda nuestra fe se basa en esta verdad fundamental, que no es una idea sino un acontecimiento. También el misterio de la Asunción de María en cuerpo y alma se inscribe completamente en la resurrección de Cristo. La humanidad de la Madre ha sido «atraída» por el Hijo en su paso a través de la muerte. Jesús entró definitivamente en la vida eterna con toda su humanidad, la que había tomado de María; así ella, la Madre, que lo ha seguido fielmente durante toda su vida, lo ha seguido con el corazón, ha entrado con él en la vida eterna, que llamamos también Cielo, Paraíso, Casa del Padre.

María ha conocido también el martirio de la cruz: el martirio de su corazón, el martirio del alma. Ha sufrido mucho en su corazón, mientras Jesús sufría en la cruz. Ha vivido la pasión del Hijo hasta el fondo del alma. Ha estado completamente unida a él en la muerte, y por eso ha recibido el don de la resurrección. Cristo es la primicia de los resucitados, y María es la primicia de los redimidos, la primera de «aquellos que son de Cristo». Es nuestra Madre, pero también podemos decir que es nuestra representante, es nuestra hermana, nuestra primera hermana, es la primera de los redimidos que ha llegado al cielo.

El evangelio nos sugiere la tercera palabra: esperanza. Esperanza es la virtud del que experimentando el conflicto, la lucha cotidiana entre la vida y la muerte, entre el bien y el mal, cree en la resurrección de Cristo, en la victoria del amor. Hemos escuchado el Canto de María, el Magnificat es el cántico de la esperanza, el cántico del Pueblo de Dios que camina en la historia. Es el cántico de tantos santos y santas, algunos conocidos, otros, muchísimos, desconocidos, pero que Dios conoce bien: mamás, papás, catequistas, misioneros, sacerdotes, religiosas, jóvenes, también niños, abuelos, abuelas, estos han afrontado la lucha por la vida llevando en el corazón la esperanza de los pequeños y humildes. María dice: «Proclama mi alma la grandeza del Señor», hoy la Iglesia también canta esto y lo canta en todo el mundo. Este cántico es especialmente intenso allí donde el Cuerpo de Cristo sufre hoy la Pasión. Donde está la cruz, para nosotros los cristianos hay esperanza, siempre. Si no hay esperanza, no somos cristianos. Por esto me gusta decir: no os dejéis robar la esperanza. Que no os roben la esperanza, porque esta fuerza es una gracia, un don de Dios que nos hace avanzar mirando al cielo. Y María está siempre allí, cercana a esas comunidades, a esos hermanos nuestros, camina con ellos, sufre con ellos, y canta con ellos el Magnificat de la esperanza.

Queridos hermanos y hermanas, unámonos también nosotros, con el corazón, a este cántico de paciencia y victoria, de lucha y alegría, que une a la Iglesia triunfante con la peregrinante, nosotros; que une el cielo y la tierra, que une nuestra historia con la eternidad, hacia la que caminamos. Amén.

Homilía del Santo Padre, Francisco, en la Vigilia de Oración por la Paz

Plaza de San Pedro. Sábado, 7 de septiembre de 2013

«Y vio Dios que era bueno» (Gn 1,12.18.21.25). El relato bíblico de los orígenes del mundo y de la humanidad nos dice que Dios mira la creación, casi como contemplándola, y dice una y otra vez: Es buena. Queridos hermanos y hermanas, esto nos introduce en el corazón de Dios y, desde su interior, recibimos este mensaje.

Podemos preguntarnos: ¿Qué significado tienen estas palabras? ¿Qué nos dicen a ti, a mí, a todos nosotros?

1. Nos dicen simplemente que nuestro mundo, en el corazón y en la mente de Dios, es “casa de armonía y de paz” y un lugar en el que todos pueden encontrar su puesto y sentirse “en casa”, porque “es bueno”. Toda la creación forma un conjunto armonioso, bueno, pero sobre todo los seres humanos, hechos a imagen y semejanza de Dios, forman una sola familia, en la que las relaciones están marcadas por una fraternidad real y no sólo de palabra: el otro y la otra son el hermano y la hermana que hemos de amar, y la relación con Dios, que es amor, fidelidad, bondad, se refleja en todas las relaciones humanas y confiere armonía a toda la creación. El mundo de Dios es un mundo en el que todos se sienten responsables de todos, del bien de todos. Esta noche, en la reflexión, con el ayuno, en la oración, cada uno de nosotros, todos, pensemos en lo más profundo de nosotros mismos: ¿No es ése el mundo que yo deseo? ¿No es ése el mundo que todos llevamos dentro del corazón? El mundo que queremos ¿no es un mundo de armonía y de paz, dentro de nosotros mismos, en la relación con los demás, en las familias, en las ciudades, en y entre las naciones? Y la verdadera libertad para elegir el camino a seguir en este mundo ¿no es precisamente aquella que está orientada al bien de todos y guiada por el amor?

2. Pero preguntémonos ahora: ¿Es ése el mundo en el que vivimos? La creación conserva su belleza que nos llena de estupor, sigue siendo una obra buena. Pero también hay “violencia, división, rivalidad, guerra”. Esto se produce cuando el hombre, vértice de la creación, pierde de vista el horizonte de belleza y de bondad, y se cierra en su propio egoísmo.

Cuando el hombre piensa sólo en sí mismo, en sus propios intereses y se pone en el centro, cuando se deja fascinar por los ídolos del dominio y del poder, cuando se pone en el lugar de Dios, entonces altera todas las relaciones, arruina

todo; y abre la puerta a la violencia, a la indiferencia, al enfrentamiento. Eso es exactamente lo que quiere hacernos comprender el pasaje del Génesis en el que se narra el pecado del ser humano: El hombre entra en conflicto consigo mismo, se da cuenta de que está desnudo y se esconde porque tiene miedo (Gn 3,10), tiene miedo de la mirada de Dios; acusa a la mujer, que es carne de su carne (v. 12); rompe la armonía con la creación, llega incluso a levantar la mano contra el hermano para matarlo. ¿Podemos decir que de la “armonía” se pasa a la “desarmonía”? ¿Podemos decir eso: que de la armonía se pasa a la “desarmonía”? No, no existe la “desarmonía”: o hay armonía o se cae en el caos, donde hay violencia, rivalidad, enfrentamiento, miedo...

Precisamente en medio de este caos, Dios pregunta a la conciencia del hombre: «¿Dónde está Abel, tu hermano?». Y Caín responde: «No sé, ¿soy yo el guardián de mi hermano?» (Gn 4,9). Esta pregunta se dirige también a nosotros, y también a nosotros nos hará bien preguntarnos: ¿Soy yo el guardián de mi hermano? Sí, tú eres el guardián de tu hermano. Ser persona humana significa ser guardianes los unos de los otros. Sin embargo, cuando se rompe la armonía, se produce una metamorfosis: el hermano que deberíamos proteger y amar se convierte en el adversario a combatir, suprimir. ¡Cuánta violencia se genera en ese momento, cuántos conflictos, cuántas guerras han jalonado nuestra historia! Basta ver el sufrimiento de tantos hermanos y hermanas. No se trata de algo coyuntural, sino que es verdad: en cada agresión y en cada guerra hacemos renacer a Caín. ¡Todos nosotros! Y también hoy prolongamos esta historia de enfrentamiento entre hermanos, también hoy levantamos la mano contra quien es nuestro hermano. También hoy nos dejamos llevar por los ídolos, por el egoísmo, por nuestros intereses; y esta actitud va a más: hemos perfeccionado nuestras armas, nuestra conciencia se ha adormecido, hemos hecho más sutiles nuestras razones para justificarnos. Como si fuese algo normal, seguimos sembrando destrucción, dolor, muerte. La violencia, la guerra traen sólo muerte, hablan de muerte. La violencia y la guerra utilizan el lenguaje de la muerte.

Tras el caos del Diluvio, dejó de llover, apareció el arco iris y la paloma trajo un ramo de olivo. Pienso también hoy en aquel olivo que los representantes de las diferentes religiones plantamos en Buenos Aires, en la Plaza de Mayo, el año 2000, pidiendo que no haya más caos, pidiendo que no haya más guerra, pidiendo paz.

3. Y en estas circunstancias, me pregunto: ¿Es posible seguir el camino de la paz? ¿Podemos salir de esta espiral de dolor y de muerte? ¿Podemos aprender de nuevo a caminar por las sendas de la paz? Invocando la ayuda de Dios, bajo la mi-

rada materna de la *Salus populi romani*, Reina de la paz, quiero responder: Sí, es posible para todos. Esta noche me gustaría que desde todas las partes de la tierra gritásemos: Sí, es posible para todos. Más aún, quisiera que cada uno de nosotros, desde el más pequeño hasta el más grande, incluidos aquellos que están llamados a gobernar las naciones, dijese: Sí, queremos. Mi fe cristiana me lleva a mirar a la Cruz. ¡Cómo quisiera que por un momento todos los hombres y las mujeres de buena voluntad mirasen la Cruz! Allí se puede leer la respuesta de Dios: allí, a la violencia no se ha respondido con violencia, a la muerte no se ha respondido con el lenguaje de la muerte. En el silencio de la Cruz calla el fragor de las armas y habla el lenguaje de la reconciliación, del perdón, del diálogo, de la paz. Quisiera pedir al Señor, esta noche, que nosotros cristianos y los hermanos de las otras religiones, todos los hombres y mujeres de buena voluntad gritasen con fuerza: ¡La violencia y la guerra nunca son el camino para la paz! Que cada uno mire dentro de su propia conciencia y escuche la palabra que dice: Sal de tus intereses que atrofian tu corazón, supera la indiferencia hacia el otro que hace insensible tu corazón, vence tus razones de muerte y ábrete al diálogo, a la reconciliación; mira el dolor de tu hermano -pienso en los niños, solamente en ellos...-, mira el dolor de tu hermano, y no añadas más dolor, detén tu mano, reconstruye la armonía que se ha roto; y esto no con la confrontación, sino con el encuentro. ¡Que se acabe el sonido de las armas! La guerra significa siempre el fracaso de la paz, es siempre una derrota para la humanidad. Resuenen una vez más las palabras de Pablo VI: «Nunca más los unos contra los otros; jamás, nunca más... ¡Nunca más la guerra! ¡Nunca más la guerra!» (Discurso a las Naciones Unidas, 4 octubre 1965: AAS 57 [1965], 881). «La Paz se afianza solamente con la paz; la paz no separada de los deberes de la justicia, sino alimentada por el propio sacrificio, por la clemencia, por la misericordia, por la caridad» (Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1976: AAS 67 [1975], 671). Hermanos y hermanas, perdón, diálogo, reconciliación son las palabras de la paz: en la amada nación siria, en Oriente Medio, en todo el mundo. Recemos esta noche por la reconciliación y por la paz, contribuyamos a la reconciliación y a la paz, y convirtámonos todos, en cualquier lugar donde nos encontremos, en hombres y mujeres de reconciliación y de paz. Así sea.

Homilía del Santo Padre, Francisco, durante la Santa Misa para la “Jornada de los catequistas” en el Año de la Fe

Plaza de San Pedro. Domingo, 29 de septiembre de 2013

1. «¡Ay de los que se fían de Sión,... acostados en lechos de marfil!» (Am 6,1.4); comen, beben, cantan, se divierten y no se preocupan por los problemas de los demás.

Son duras estas palabras del profeta Amós, pero nos advierten de un peligro que todos corremos. ¿Qué es lo que denuncia este mensajero de Dios, lo que pone ante los ojos de sus contemporáneos y también ante los nuestros hoy? El riesgo de apoltronarse, de la comodidad, de la mundanidad en la vida y en el corazón, de concentrarnos en nuestro bienestar. Es la misma experiencia del rico del Evangelio, vestido con ropas lujosas y banqueteeando cada día en abundancia; esto era importante para él. ¿Y el pobre que estaba a su puerta y no tenía para comer? No era asunto suyo, no tenía que ver con él. Si las cosas, el dinero, lo mundano se convierten en el centro de la vida, nos aferran, se apoderan de nosotros, perdemos nuestra propia identidad como hombres. Fíjense que el rico del Evangelio no tiene nombre, es simplemente «un rico». Las cosas, lo que posee, son su rostro, no tiene otro.

Pero intentemos preguntarnos: ¿Por qué sucede esto? ¿Cómo es posible que los hombres, tal vez también nosotros, caigamos en el peligro de encerrarnos, de poner nuestra seguridad en las cosas, que al final nos roban el rostro, nuestro rostro humano? Esto sucede cuando perdemos la memoria de Dios. “¡Ay de los que se fían de Sión!” decía el profeta. Si falta la memoria de Dios, todo queda rebajado, todo queda en el yo, en mi bienestar. La vida, el mundo, los demás, pierden la consistencia, ya no cuentan nada, todo se reduce a una sola dimensión: el tener. Si perdemos la memoria de Dios, también nosotros perdemos la consistencia, también nosotros nos vaciamos, perdemos nuestro rostro como el rico del Evangelio. Quien corre en pos de la nada, él mismo se convierte en nada, dice otro gran profeta, Jeremías (cf. Jr 2,5). Estamos hechos a imagen y semejanza de Dios, no a imagen y semejanza de las cosas, de los ídolos.

2. Entonces, mirándoles a ustedes, me pregunto: ¿Quién es el catequista? Es el que custodia y alimenta la memoria de Dios; la custodia en sí mismo y sabe despertarla en los demás. Qué bello es esto: hacer memoria de Dios, como la Virgen María que, ante la obra maravillosa de Dios en su vida, no piensa en el honor, el prestigio, la riqueza, no se cierra en sí misma. Por el contrario, tras reci-

bir el anuncio del Ángel y haber concebido al Hijo de Dios, ¿qué es lo que hace? Se pone en camino, va donde su anciana pariente Isabel, también ella encinta, para ayudarla; y al encontrarse con ella, su primer gesto es hacer memoria del obrar de Dios, de la fidelidad de Dios en su vida, en la historia de su pueblo, en nuestra historia: «Proclama mi alma la grandeza del Señor... porque ha mirado la humillación de su esclava... su misericordia llega a sus fieles de generación en generación» (cf. Lc 1,46.48.50). María tiene memoria de Dios.

En este cántico de María está también la memoria de su historia personal, la historia de Dios con ella, su propia experiencia de fe. Y así es para cada uno de nosotros, para todo cristiano: la fe contiene precisamente la memoria de la historia de Dios con nosotros, la memoria del encuentro con Dios, que es el primero en moverse, que crea y salva, que nos transforma; la fe es memoria de su Palabra que inflama el corazón, de sus obras de salvación con las que nos da la vida, nos purifica, nos cura, nos alimenta. El catequista es precisamente un cristiano que pone esta memoria al servicio del anuncio; no para exhibirse, no para hablar de sí mismo, sino para hablar de Dios, de su amor y su fidelidad. Hablar y transmitir todo lo que Dios ha revelado, es decir, la doctrina en su totalidad, sin quitar ni añadir nada.

San Pablo recomienda a su discípulo y colaborador Timoteo sobre todo una cosa: Acuérdate, acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos, a quien anuncio y por el que sufro (cf. 2 Tm 2,8-9). Pero el Apóstol puede decir esto porque él es el primero en acordarse de Cristo, que lo llamó cuando era un perseguidor de los cristianos, lo conquistó y transformó con su gracia.

El catequista, pues, es un cristiano que lleva consigo la memoria de Dios, se deja guiar por la memoria de Dios en toda su vida, y la sabe despertar en el corazón de los otros. Esto requiere esfuerzo. Compromete toda la vida. El mismo Catecismo, ¿qué es sino memoria de Dios, memoria de su actuar en la historia, de su haberse hecho cercano a nosotros en Cristo, presente en su Palabra, en los sacramentos, en su Iglesia, en su amor? Queridos catequistas, les pregunto: ¿Somos nosotros memoria de Dios? ¿Somos verdaderamente como centinelas que despiertan en los demás la memoria de Dios, que inflama el corazón?

3. «¡Ay de los que se fían de Sión», dice el profeta. ¿Qué camino se ha de seguir para no ser «superficiales», como los que ponen su confianza en sí mismos y en las cosas, sino hombres y mujeres de la memoria de Dios? En la segunda Lectura, san Pablo, dirigiéndose de nuevo a Timoteo, da algunas indicaciones que pueden marcar también el camino del catequista, nuestro camino: Tender a la justicia, a

la piedad, a la fe, a la caridad, a la paciencia, a la mansedumbre (cf. 1 Tm 6,11).

El catequista es un hombre de la memoria de Dios si tiene una relación constante y vital con él y con el prójimo; si es hombre de fe, que se fía verdaderamente de Dios y pone en él su seguridad; si es hombre de caridad, de amor, que ve a todos como hermanos; si es hombre de «hypomoné», de paciencia, de perseverancia, que sabe hacer frente a las dificultades, las pruebas y los fracasos, con serenidad y esperanza en el Señor; si es hombre amable, capaz de comprensión y misericordia.

Pidamos al Señor que todos seamos hombres y mujeres que custodian y alimentan la memoria de Dios en la propia vida y la saben despertar en el corazón de los demás. Amén.

VIAJES - XXVIII Jornada Mundial de la Juventud (22-29 de julio de 2013)**Homilía del Santo Padre, Francisco, durante la Santa Misa en la basílica del Santuario de Nuestra Señora de Aparecida**

XXVIII Jornada Mundial de la Juventud (22-29 de julio de 2013)

Miércoles, 24 de julio de 2013

Señor Cardenal, Venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, Queridos hermanos y hermanas

¡Qué alegría venir a la casa de la Madre de todo brasileño, el Santuario de Nuestra Señora de Aparecida! Al día siguiente de mi elección como Obispo de Roma fui a la Basílica de Santa María la Mayor, en Roma, con el fin de encomendar a la Virgen mi ministerio. Hoy he querido venir aquí para pedir a María, nuestra Madre, el éxito de la Jornada Mundial de la Juventud, y poner a sus pies la vida del pueblo latinoamericano.

Quisiera ante todo decirles una cosa. En este santuario, donde hace seis años se celebró la V Conferencia General del Episcopado de América Latina y el Caribe, ha ocurrido algo muy hermoso, que he podido constatar personalmente: ver cómo los obispos -que trabajaban sobre el tema del encuentro con Cristo, el discipulado y la misión- se sentían alentados, acompañados y en cierto sentido inspirados por los miles de peregrinos que acudían cada día a confiar su vida a la Virgen: aquella Conferencia ha sido un gran momento de Iglesia. Y, en efecto, puede decirse que el Documento de Aparecida nació precisamente de esta urdimbre entre el trabajo de los Pastores y la fe sencilla de los peregrinos, bajo la protección materna de María. La Iglesia, cuando busca a Cristo, llama siempre a la casa de la Madre y le pide: «Muéstranos a Jesús». De ella se aprende el verdadero discipulado. He aquí por qué la Iglesia va en misión siguiendo siempre la estela de María.

Hoy, en vista de la Jornada Mundial de la Juventud que me ha traído a Brasil, también yo vengo a llamar a la puerta de la casa de María -que amó a Jesús y lo educó- para que nos ayude a todos nosotros, Pastores del Pueblo de Dios, padres y educadores, a transmitir a nuestros jóvenes los valores que los hagan artífices de una nación y de un mundo más justo, solidario y fraterno. Para ello, quisiera señalar tres sencillas actitudes, tres sencillas actitudes: mantener la esperanza, dejarse sorprender por Dios y vivir con alegría.

1. Mantener la esperanza. La Segunda Lectura de la Misa presenta una escena dramática: una mujer -figura de María y de la Iglesia- es perseguida por un dragón -el diablo- que quiere devorar a su hijo. Pero la escena no es de muerte sino de vida, porque Dios interviene y pone a salvo al niño (cf. Ap 12,13a-16.15-16a). Cuántas dificultades hay en la vida de cada uno, en nuestra gente, nuestras comunidades. Pero, por más grandes que parezcan, Dios nunca deja que nos hundamos. Ante el desaliento que podría haber en la vida, en quien trabaja en la evangelización o en aquellos que se esfuerzan por vivir la fe como padres y madres de familia, quisiera decirles con fuerza: Tengan siempre en el corazón esta certeza: Dios camina a su lado, en ningún momento los abandona. Nunca perdamos la esperanza. Jamás la apaguemos en nuestro corazón. El «dragón», el mal, existe en nuestra historia, pero no es el más fuerte. El más fuerte es Dios, y Dios es nuestra esperanza. Es cierto que hoy en día, todos un poco, y también nuestros jóvenes, sienten la sugestión de tantos ídolos que se ponen en el lugar de Dios y parecen dar esperanza: el dinero, el éxito, el poder, el placer. Con frecuencia se abre camino en el corazón de muchos una sensación de soledad y vacío, y lleva a la búsqueda de compensaciones, de estos ídolos pasajeros. Queridos hermanos y hermanas, seamos luces de esperanza. Tengamos una visión positiva de la realidad. Demos aliento a la generosidad que caracteriza a los jóvenes, ayudémoslos a ser protagonistas de la construcción de un mundo mejor: son un motor poderoso para la Iglesia y para la sociedad. Ellos no sólo necesitan cosas. Necesitan sobre todo que se les propongan esos valores inmateriales que son el corazón espiritual de un pueblo, la memoria de un pueblo. Casi los podemos leer en este santuario, que es parte de la memoria de Brasil: espiritualidad, generosidad, solidaridad, perseverancia, fraternidad, alegría; son valores que encuentran sus raíces más profundas en la fe cristiana.

2. La segunda actitud: dejarse sorprender por Dios. Quien es hombre, mujer de esperanza -la gran esperanza que nos da la fe- sabe que Dios actúa y nos sorprende también en medio de las dificultades. Y la historia de este santuario es un ejemplo: tres pescadores, tras una jornada baldía, sin lograr pesca en las aguas del Río Parnaíba, encuentran algo inesperado: una imagen de Nuestra Señora de la Concepción. ¿Quién podría haber imaginado que el lugar de una pesca infructuosa se convertiría en el lugar donde todos los brasileños pueden sentirse hijos de la misma Madre? Dios nunca deja de sorprender, como con el vino nuevo del Evangelio que acabamos de escuchar. Dios guarda lo mejor para nosotros. Pero pide que nos dejemos sorprender por su amor, que acojamos sus sorpresas. Confiamos en Dios. Alejados de él, el vino de la alegría, el vino de la esperanza, se agota. Si nos acercamos a él, si permanecemos con él, lo que parece agua fría, lo que es dificultad, lo que es pecado, se transforma en vino nuevo de amistad con él.

3. La tercera actitud: vivir con alegría. Queridos amigos, si caminamos en la esperanza, dejándonos sorprender por el vino nuevo que nos ofrece Jesús, ya hay alegría en nuestro corazón y no podemos dejar de ser testigos de esta alegría. El cristiano es alegre, nunca triste. Dios nos acompaña. Tenemos una Madre que intercede siempre por la vida de sus hijos, por nosotros, como la reina Esther en la Primera Lectura (cf. Est 5,3). Jesús nos ha mostrado que el rostro de Dios es el de un Padre que nos ama. El pecado y la muerte han sido vencidos. El cristiano no puede ser pesimista. No tiene el aspecto de quien parece estar de luto perpetuo. Si estamos verdaderamente enamorados de Cristo y sentimos cuánto nos ama, nuestro corazón se «inflamará» de tanta alegría que contagiará a cuantos viven a nuestro alrededor. Como decía Benedicto XVI, aquí, en este Santuario: «El discípulo sabe que sin Cristo no hay luz, no hay esperanza, no hay amor, no hay futuro» (Discurso Inaugural de la V Conferencia general del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, Aparecida, 13 de mayo 2007: *Insegnamenti* III/1 [2007], p. 861).

Queridos amigos, hemos venido a llamar a la puerta de la casa de María. Ella nos ha abierto, nos ha hecho entrar y nos muestra a su Hijo. Ahora ella nos pide: «Hagan todo lo que él les diga» (Jn 2,5). Sí, Madre, nos comprometemos a hacer lo que Jesús nos diga. Y lo haremos con esperanza, confiados en las sorpresas de Dios y llenos de alegría. Que así sea.

Saludo y homilía del Santo Padre, Francisco, en la fiesta de acogida de los jóvenes

Paseo marítimo de Copacabana, Río de Janeiro. Jueves, 25 de julio de 2013

Saludo

Queridos jóvenes, buenas tardes.

Quiero primero darle las gracias por el testimonio de fe que ustedes están dando al mundo. Siempre oí decir que a los cariocas no les gusta el frío y la lluvia. Pero ustedes están mostrando que la fe de ustedes es más fuerte que el frío y la lluvia. ¡Enhorabuena! Ustedes son verdaderamente grandes héroes.

Veo en ustedes la belleza del rostro joven de Cristo, y mi corazón se llena de alegría. Recuerdo la primera Jornada Mundial de la Juventud a nivel internacional. Se celebró en 1987 en Argentina, en mi ciudad de Buenos Aires. Guardo vivas en la memoria estas palabras de Juan Pablo II a los jóvenes: “¡Tengo tanta esperanza en vosotros! Espero sobre todo que renovéis vuestra fidelidad a Jesucristo y a su cruz redentora” (Discurso a los Jóvenes, 11 de abril 1987: Insegnamenti, X/1 [1987], p. 1261).

Antes de continuar, quisiera recordar el trágico accidente en la Guyana francesa, que sufrieron los jóvenes que venían a esta Jornada, allí perdió la vida la joven Sophie Morinière, y otros jóvenes resultaron heridos.

Los invito a hacer un instante de silencio y de oración a Dios, nuestro Padre, por Sophie, los heridos y sus familiares.

Este año, la Jornada vuelve, por segunda vez, a América Latina. Y ustedes, jóvenes, han respondido en gran número a la invitación de Benedicto XVI, que los ha convocado para celebrarla. A él se lo agradecemos de todo corazón. Y a él, que nos convocó hoy aquí, le enviamos un saludo y un fuerte aplauso. Ustedes saben que, antes de venir a Brasil, estuve charlando con él. Y le pedí que me acompañara en el viaje, con la oración. Y me dijo: los acompañó con la oración, y estaré junto al televisor. Así que ahora nos está viendo. Mi mirada se extiende sobre esta gran muchedumbre: ¡Son ustedes tantos! Llegados de todos los continentes. Distantes, a veces no sólo geográficamente, sino también desde el punto de vista existencial, cultural, social, humano. Pero hoy están aquí, o más bien, hoy estamos aquí, juntos, unidos para compartir la fe y la alegría del encuentro

con Cristo, de ser sus discípulos. Esta semana, Río se convierte en el centro de la Iglesia, en su corazón vivo y joven, porque ustedes han respondido con generosidad y entusiasmo a la invitación que Jesús les ha hecho para estar con él, para ser sus amigos.

El tren de esta Jornada Mundial de la Juventud ha venido de lejos y ha atravesado la Nación brasileña siguiendo las etapas del proyecto “Bota fé - Poned fé”. Hoy ha llegado a Río de Janeiro. Desde el Corcovado, el Cristo Redentor nos abraza y nos bendice. Viendo este mar, la playa y a todos ustedes, me viene a la mente el momento en que Jesús llamó a sus primeros discípulos a orillas del lago de Tiberíades. Hoy Jesús nos sigue preguntando: ¿Querés ser mi discípulo? ¿Querés ser mi amigo? ¿Querés ser testigo del Evangelio? En el corazón del Año de la Fe, estas preguntas nos invitan a renovar nuestro compromiso cristiano. Sus familias y comunidades locales les han transmitido el gran don de la fe. Cristo ha crecido en ustedes. Hoy quiere venir aquí para confirmarlos en esta fe, la fe en Cristo vivo que habita en ustedes, pero he venido yo también para ser confirmado por el entusiasmo de la fe de ustedes. Ustedes saben que en la vida de un obispo hay tantos problemas que piden ser solucionados. Y con estos problemas y dificultades, la fe del obispo puede entristecerse, Qué feo es un obispo triste. Qué feo, que es. Para que mi fe no sea triste he venido aquí para contagiarme con el entusiasmo de ustedes.

Los saludo con cariño. A ustedes aquí presentes, venidos de los cinco continentes y, a través de ustedes, saludo a todos los jóvenes del mundo, en particular a aquellos que querían venir a Río de Janeiro, y no han podido. A los que nos siguen por medio de la radio, y la televisión e internet, a todos les digo: ¡Bienvenidos a esta fiesta de la fe! En diversas partes del mundo, muchos jóvenes están reunidos ahora para vivir juntos con nosotros este momento: sintámonos unidos unos a otros en la alegría, en la amistad, en la fe. Y tengan certeza de que mi corazón los abraza a todos con afecto universal. Porque lo más importante hoy es ésta reunión de ustedes y la reunión de todos los jóvenes que nos están siguiendo a través de los medios. ¡El Cristo Redentor, desde la cima del monte Corcovado, los acoge y los abraza en esta bellísima ciudad de Río!

Un saludo particular al Presidente del Pontificio Consejo para los Laicos, el querido e incansable Cardenal Stanislaw Rylko, y a cuantos colaboran con él. Agradezco a Monseñor Orani João Tempesta, Arzobispo de São Sebastião do Río de Janeiro, la cordial acogida que me ha dispensado, además quiero decir aquí que los cariocas saben recibir bien, saben dar una gran acogida, y agradecerle el gran trabajo para realizar esta Jornada Mundial de la Juventud, junto a sus

obispos auxiliares, con las diversas diócesis de este inmenso Brasil. Mi agradecimiento también se dirige a todas las autoridades nacionales, estatales y locales, y a cuantos han contribuido para hacer posible este momento único de celebración de la unidad, de la fe y de la fraternidad. Gracias a los Hermanos Obispos, a los sacerdotes, a los seminaristas, a las personas consagradas y a los fieles laicos que acompañan a los jóvenes, desde diversas partes de nuestro planeta, en su peregrinación hacia Jesús. A todos y a cada uno, un abrazo afectuoso en Jesús y con Jesús.

¡Hermanos y amigos, bienvenidos a la XXVIII Jornada Mundial de la Juventud, en esta maravillosa ciudad de Río de Janeiro!

Homilía del Santo Padre

Queridos jóvenes:

“Qué bien se está aquí”, exclamó Pedro, después de haber visto al Señor Jesús transfigurado, revestido de gloria. ¿Podemos repetir también nosotros esas palabras? Pienso que sí, porque para todos nosotros, hoy es bueno estar aquí hoy, en torno a Jesús. Él es quien nos acoge y se hace presente en medio de nosotros, aquí en Río. Y en el Evangelio hemos también escuchado las palabras del Padre: “Éste es mi Hijo, el escogido, escúchenlo” (Lc 9,35). Por tanto, si por una parte es Jesús el que nos acoge; por otra, también nosotros queremos acogerlo, ponernos a la escucha de su palabra, porque precisamente acogiendo a Jesucristo, Palabra encarnada, es como el Espíritu nos transforma, ilumina el camino del futuro, y hace crecer en nosotros las alas de la esperanza para caminar con alegría (cf. Carta enc. *Lumen fidei*, 7).

Pero, ¿qué podemos hacer? “Bota fé – Poné fe”. La cruz de la Jornada Mundial de la Juventud ha gritado estas palabras a lo largo de su peregrinación por Brasil. ¿Qué significa “Poné fe”? Cuando se prepara un buen plato y ves que falta la sal, “pones” sal; si falta el aceite, “pones” aceite... “Poné”, es decir, añadir, echar. Lo mismo pasa en nuestra vida, queridos jóvenes: si queremos que tenga realmente sentido y sea plena, como ustedes desean y merecen, les digo a cada uno y a cada una de ustedes: “Poné fe” y tu vida tendrá un sabor nuevo, la vida tendrá una brújula que te indicará la dirección; “Poné esperanza” y cada día de tu vida estará iluminado y tu horizonte no será ya oscuro, sino luminoso; “poné amor” y tu existencia será como una casa construida sobre la roca, tu camino será gozoso,

porque encontrarás tantos amigos que caminan contigo. ¡Poné fe, poné esperanza, poné! Todos juntos: «Bote fé», «bote esperanza», «bote amor».

Pero, ¿quién puede darnos esto? En el Evangelio escuchamos la respuesta: Cristo. “Éste es mi Hijo, el escogido, escúchenlo”. Jesús nos trae a Dios y nos lleva a Dios, con él toda nuestra vida se transforma, se renueva y nosotros podemos ver la realidad con ojos nuevos, desde el punto de vista de Jesús, con sus mismos ojos (cf. Carta enc. *Lumen fidei*, 18). Por eso hoy les digo a cada uno de ustedes: “Poné a Cristo” en tu vida y encontrarás un amigo del que fiarte siempre; “poné a Cristo” y vas a ver crecer las alas de la esperanza para recorrer con alegría el camino del futuro; “poné a Cristo” y tu vida estará llena de su amor, será una vida fecunda. Porque todos nosotros queremos tener una vida fecunda. Una vida que dé vida a otros.

Hoy nos hará bien a todos que nos preguntásemos sinceramente, que cada uno piense en su corazón: ¿En quién ponemos nuestra fe? ¿En nosotros mismos, en las cosas, o en Jesús? Todos tenemos muchas veces la tentación de ponernos en el centro, de creernos que somos el eje del universo, de creer que nosotros solos construimos nuestra vida, o pensar que el tener, el dinero, el poder es lo que da la felicidad. Pero todos sabemos que no es así. El tener, el dinero, el poder pueden ofrecer un momento de embriaguez, la ilusión de ser felices, pero, al final, nos dominan y nos llevan a querer tener cada vez más, a no estar nunca satisfechos. Y terminamos empachados pero no alimentados, y es muy triste ver una juventud empachada pero débil. La juventud tiene que ser fuerte, alimentarse de su fe, y no empacharse de otras cosas. ¡“Poné a Cristo” en tu vida, poné tu confianza en él y no vas a quedar defraudado! Miren, queridos amigos, la fe en nuestra vida hace una revolución que podríamos llamar copernicana, nos quita del centro y pone en el centro a Dios; la fe nos inunda de su amor que nos da seguridad, fuerza y esperanza. Aparentemente parece que no cambia nada, pero, en lo más profundo de nosotros mismos, cambia todo. Cuando está Dios en nuestro corazón habita la paz, la dulzura, la ternura, el entusiasmo, la serenidad y la alegría, que son frutos del Espíritu Santo (cf. Ga 5,22), entonces y nuestra existencia se transforma, nuestro modo de pensar y de obrar se renueva, se convierte en el modo de pensar y de obrar de Jesús, de Dios. Amigos queridos, la fe es revolucionaria y yo te pregunto a vos, hoy: ¿Estás dispuesto, estás dispuesta a entrar en esta onda de la revolución de la fe? Sólo entrando tu vida joven va a tener sentido y así será fecunda.

Querido joven, querida joven: “Poné a Cristo” en tu vida. En estos días, Él te espera: Escúchalo con atención y su presencia entusiasmará tu corazón. “Poné a

Cristo”: Él te acoge en el Sacramento del perdón, con su misericordia cura todas las heridas del pecado. No le tengas miedo a pedirle perdón, porque Él en su tanto amor nunca se cansa de perdonarnos, como un padre que nos ama. ¡Dios es pura misericordia! “Poné a Cristo”: Él te espera también en la Eucaristía, Sacramento de su presencia, de su sacrificio de amor, y Él te espera también en la humanidad de tantos jóvenes que te enriquecerán con su amistad, te animarán con su testimonio de fe, te enseñarán el lenguaje del amor, de la bondad, del servicio. También vos, querido joven, querida joven, podés ser un testigo gozoso de su amor, un testigo entusiasta de su Evangelio para llevar un poco de luz a este mundo. Dejate buscar por Jesús, dejate amar por Jesús, es un amigo que no defrauda.

“Qué bien se está aquí”, poniendo a Cristo, la fe, la esperanza, el amor que él nos da, en nuestra vida. Queridos amigos, en esta celebración hemos acogido la imagen de Nuestra Señora de Aparecida. A María le pedimos que nos enseñe a seguir a Jesús. Que nos enseñe a ser discípulos y misioneros. Como ella, queremos decir “sí” a Dios. Pidamos a su Corazón de Madre que interceda por nosotros, para que nuestros corazones estén dispuestos a amar a Jesús y a hacerlo amar. Queridos jóvenes, ¡Jesús nos espera. Jesús cuenta con nosotros! Amén.

Discurso del Santo Padre, Francisco, durante el Vía Crucis con los jóvenes

Paseo marítimo de Copacabana, Río de Janeiro. Viernes, 26 de julio de 2013

Queridísimos jóvenes:

Hemos venido hoy aquí para acompañar a Jesús a lo largo de su camino de dolor y de amor, el camino de la Cruz, que es uno de los momentos fuertes de la Jornada Mundial de la Juventud. Al concluir el Año Santo de la Redención, el beato Juan Pablo II quiso confiarles a ustedes, jóvenes, la Cruz diciéndoles: «Llévenla por el mundo como signo del amor de Jesús a la humanidad, y anuncien a todos que sólo en Cristo muerto y resucitado hay salvación y redención» (Palabras al entregar la cruz del Año Santo a los jóvenes, 22 de abril de 1984: *Insegnamenti VII,1* (1984), 1105). Desde entonces, la Cruz ha recorrido todos los continentes y ha atravesado los más variados mundos de la existencia humana, quedando como impregnada de las situaciones vitales de tantos jóvenes que la han visto y la han llevado. Queridos hermanos, nadie puede tocar la Cruz de Jesús sin dejar en ella algo de sí mismo y sin llevar consigo algo de la cruz de Jesús a la propia vida. Esta tarde, acompañando al Señor, me gustaría que resonasen en sus corazones tres preguntas: ¿Qué han dejado ustedes en la Cruz, queridos jóvenes de Brasil, en estos dos años en los que ha recorrido su inmenso país? Y ¿qué ha dejado la Cruz en cada uno de ustedes? Y, finalmente, ¿qué nos enseña para nuestra vida esta Cruz?

1. Una antigua tradición de la Iglesia de Roma cuenta que el apóstol Pedro, saliendo de la ciudad para escapar de la persecución de Nerón, vio que Jesús caminaba en dirección contraria y enseguida le preguntó: «Señor, ¿adónde vas?». La respuesta de Jesús fue: «Voy a Roma para ser crucificado de nuevo». En aquel momento, Pedro comprendió que tenía que seguir al Señor con valentía, hasta el final, pero entendió sobre todo que nunca estaba solo en el camino; con él estaba siempre aquel Jesús que lo había amado hasta morir. Miren, Jesús con su Cruz recorre nuestras calles y carga nuestros miedos, nuestros problemas, nuestros sufrimientos, también los más profundos. Con la Cruz, Jesús se une al silencio de las víctimas de la violencia, que ya no pueden gritar, sobre todo los inocentes y los indefensos; con la Cruz, Jesús se une a las familias que se encuentran en dificultad, y que lloran la trágica pérdida de sus hijos, como en el caso de los doscientos cuarenta y dos jóvenes víctimas del incendio en la ciudad de Santa María a principios de este año. Rezamos por ellos. Con la Cruz Jesús se une a todas las personas que sufren hambre, en un mundo que, por otro lado, se permite el lujo de tirar cada día toneladas de alimentos. Con la cruz, Jesús está junto a tantas

madres y padres que sufren al ver a sus hijos víctimas de paraísos artificiales, como la droga. Con la Cruz, Jesús se une a quien es perseguido por su religión, por sus ideas, o simplemente por el color de su piel; en la Cruz, Jesús está junto a tantos jóvenes que han perdido su confianza en las instituciones políticas porque ven el egoísmo y corrupción, o que han perdido su fe en la Iglesia, e incluso en Dios, por la incoherencia de los cristianos y de los ministros del Evangelio. Cuánto hacen sufrir a Jesús nuestras incoherencias. En la Cruz de Cristo está el sufrimiento, el pecado del hombre, también el nuestro, y Él acoge todo con los brazos abiertos, carga sobre su espalda nuestras cruces y nos dice: ¡Ánimo! No la llevás vos solo. Yo la llevo con vos y yo he vencido a la muerte y he venido a darte esperanza, a darte vida (cf. Jn 3,16).

2. Podemos ahora responder a la segunda pregunta: ¿Qué ha dejado la Cruz en los que la han visto y en los que la han tocado? ¿Qué deja en cada uno de nosotros? Miren, deja un bien que nadie nos puede dar: la certeza del amor fiel de Dios por nosotros. Un amor tan grande que entra en nuestro pecado y lo perdona, entra en nuestro sufrimiento y nos da fuerza para sobrellevarlo, entra también en la muerte para vencerla y salvarnos. En la Cruz de Cristo está todo el amor de Dios, está su inmensa misericordia. Y es un amor del que podemos fiarnos, en el que podemos creer. Queridos jóvenes, fiémonos de Jesús, confiemos en Él (cf. Lumen fidei, 16). Porque Él nunca defrauda a nadie. Sólo en Cristo muerto y resucitado encontramos la salvación y redención. Con Él, el mal, el sufrimiento y la muerte no tienen la última palabra, porque Él nos da esperanza y vida: ha transformado la Cruz de ser un instrumento de odio, y de derrota, y de muerte, en un signo de amor, de victoria, de triunfo y de vida.

El primer nombre de Brasil fue precisamente «Terra de Santa Cruz». La Cruz de Cristo fue plantada no sólo en la playa hace más de cinco siglos, sino también en la historia, en el corazón y en la vida del pueblo brasileño, y en muchos otros pueblos. A Cristo que sufre lo sentimos cercano, uno de nosotros que comparte nuestro camino hasta el final. No hay en nuestra vida cruz, pequeña o grande que sea, que el Señor no comparta con nosotros.

3. Pero la Cruz invita también a dejarnos contagiar por este amor, nos enseña así a mirar siempre al otro con misericordia y amor, sobre todo a quien sufre, a quien tiene necesidad de ayuda, a quien espera una palabra, un gesto. La Cruz nos invita a salir de nosotros mismos para ir al encuentro de ellos y tenderles la mano. Muchos rostros, lo hemos visto en el Viacrucis, muchos rostros acompañaron a Jesús en el camino al Calvario: Pilato, el Cireneo, María, las mujeres... Yo te pregunto hoy a vos: Vos, ¿como quien querés ser. Querés ser como Pilato,

que no tiene la valentía de ir a contracorriente, para salvar la vida de Jesús, y se lava las manos? Decidme: Vos, sos de los que se lavan las manos, se hacen los distraídos y miran para otro lado, o sos como el Cireneo, que ayuda a Jesús a llevar aquel madero pesado, como María y las otras mujeres, que no tienen miedo de acompañar a Jesús hasta el final, con amor, con ternura. Y vos ¿como cuál de ellos querés ser? ¿Como Pilato, como el Cireneo, como María? Jesús te está mirando ahora y te dice: ¿Me querés ayudar a llevar la Cruz? Hermano y hermana, con toda tu fuerza de joven ¿qué le contestás?

Queridos jóvenes, llevemos nuestras alegrías, nuestros sufrimientos, nuestros fracasos a la Cruz de Cristo; encontraremos un Corazón abierto que nos comprende, nos perdona, nos ama y nos pide llevar este mismo amor a nuestra vida, amar a cada hermano o hermana nuestra con ese mismo amor.

Homilía del Santo Padre, Francisco, en la Santa Misa con los obispos de la XXVIII JMJ y con los sacerdotes, religiosos y seminaristas

Catedral de San Sebastián, Río de Janeiro. Sábado, 27 de julio de 2013

Amados hermanos en Cristo,

Viendo esta catedral llena de obispos, sacerdotes, seminaristas, religiosos y religiosas de todo el mundo, pienso en las palabras del Salmo de la misa de hoy: «Que las naciones te glorifiquen, oh Señor» (Sal 66).

Sí, estamos aquí para alabar al Señor, y lo hacemos reafirmando nuestra voluntad de ser instrumentos suyos, para que alaben a Dios no sólo algunos pueblos, sino todos. Con la misma parresia de Pablo y Bernabé, queremos anunciar el Evangelio a nuestros jóvenes para que encuentren a Cristo y se conviertan en constructores de un mundo más fraterno. En este sentido, quisiera reflexionar con ustedes sobre tres aspectos de nuestra vocación: llamados por Dios, llamados a anunciar el Evangelio, llamados a promover la cultura del encuentro.

1. Llamados por Dios. Creo que es importante reavivar siempre en nosotros este hecho, que a menudo damos por descontado entre tantos compromisos cotidianos: «No son ustedes los que me eligieron a mí, sino yo el que los elegí a ustedes», dice Jesús (Jn 15,16). Es un caminar de nuevo hasta la fuente de nuestra llamada. Por eso un obispo, un sacerdote, un consagrado, una consagrada, un seminarista, no puede ser un desmemoriado. Pierde la referencia esencial al inicio de su camino. Pedir la gracia, pedirle a la Virgen, Ella tenía buena memoria, la gracia de ser memoriosos, de ese primer llamado. Hemos sido llamados por Dios y llamados para permanecer con Jesús (cf. Mc 3,14), unidos a él. En realidad, este vivir, este permanecer en Cristo, marca todo lo que somos y lo que hacemos. Es precisamente la «vida en Cristo» que garantiza nuestra eficacia apostólica y la fecundidad de nuestro servicio: «Soy yo el que los elegí a ustedes, y los destiné para que vayan y den fruto, y ese fruto sea verdadero» (Jn 15,16). No es la creatividad, por más pastoral que sea, no son los encuentros o las planificaciones los que aseguran los frutos, si bien ayudan y mucho, sino lo que asegura el fruto es ser fieles a Jesús, que nos dice con insistencia: «Permanezcan en mí, como yo permanezco en ustedes» (Jn 15,4). Y sabemos muy bien lo que eso significa: contemplarlo, adorarlo y abrazarlo en nuestro encuentro cotidiano con él en la Eucaristía, en nuestra vida de oración, en nuestros momentos de adoración, y también reconocerlo presente y abrazarlo en las personas más necesitadas. El «permanecer» con Cristo no significa aislarse, sino un permanecer para ir al encuentro de los otros.

Quiero acá recordar algunas palabras de la beata Madre Teresa de Calcuta. Dice así: «Debemos estar muy orgullosos de nuestra vocación, que nos da la oportunidad de servir a Cristo en los pobres. Es en las «favelas», en los «cantegriles», en las «villas miseria» donde hay que ir a buscar y servir a Cristo. Debemos ir a ellos como el sacerdote se acerca al altar: con alegría» (Mother Instructions, I, p. 80). Hasta aquí la beata. Jesús es el Buen Pastor, es nuestro verdadero tesoro, por favor, no lo borremos de nuestra vida. Enraicemos cada vez más nuestro corazón en él (cf. Lc 12,34).

2. Llamados a anunciar el Evangelio. Muchos de ustedes, queridos Obispos y sacerdotes, si no todos, han venido para acompañar a los jóvenes a la Jornada Mundial de la Juventud. También ellos han escuchado las palabras del mandato de Jesús: «Vayan, y hagan discípulos a todas las naciones» (cf. Mt 28,19). Nuestro compromiso de pastores es ayudarles a que arda en su corazón el deseo de ser discípulos misioneros de Jesús. Ciertamente, muchos podrían sentirse un poco asustados ante esta invitación, pensando que ser misioneros significa necesariamente abandonar el país, la familia y los amigos. Dios quiere que seamos misioneros. ¿Dónde estamos? Donde Él nos pone: en nuestra Patria, o donde Él nos ponga. Ayudemos a los jóvenes a darse cuenta de que ser discípulos misioneros es una consecuencia de ser bautizados, es parte esencial del ser cristiano, y que el primer lugar donde se ha de evangelizar es la propia casa, el ambiente de estudio o de trabajo, la familia y los amigos. Ayudemos a los jóvenes. Pongámosle la oreja para escuchar sus ilusiones. Necesitan ser escuchados. Para escuchar sus logros, para escuchar sus dificultades, hay que estar sentados, escuchando quizás el mismo libreto, pero con música diferente, con identidades diferentes. ¡La paciencia de escuchar! Eso se lo pido de todo corazón. En el confesionario, en la dirección espiritual, en el acompañamiento. Sepamos perder el tiempo con ellos. Sembrar cuesta y cansa, ¡cansa muchísimo! Y es mucho más gratificante gozar de la cosecha... ¡Qué vivo! ¡Todos gozamos más con la cosecha! Pero Jesús nos pide que sembremos en serio. No escatimemos esfuerzos en la formación de los jóvenes. San Pablo, dirigiéndose a sus cristianos, utiliza una expresión, que él hizo realidad en su vida: «Hijos míos, por quienes estoy sufriendo nuevamente los dolores del parto hasta que Cristo sea formado en ustedes» (Ga 4,19). Que también nosotros la hagamos realidad en nuestro ministerio. Ayudar a nuestros jóvenes a redescubrir el valor y la alegría de la fe, la alegría de ser amados personalmente por Dios. Esto es muy difícil, pero cuando un joven lo entiende, un joven lo siente con la unción que le da el Espíritu Santo, este “ser amado personalmente por Dios” lo acompaña toda la vida después. La alegría que ha dado a su Hijo Jesús por nuestra salvación. Educarlos en la misión, a salir, a ponerse en marcha, a ser callejeros de la fe. Así hizo Jesús con sus discípulos: no los mantuvo pegados

a él como la gallina con los pollitos; los envió. No podemos quedarnos enclaustrados en la parroquia, en nuestra comunidad, en nuestra institución parroquial o en nuestra institución diocesana, cuando tantas personas están esperando el Evangelio. Salir, enviados. No es un simple abrir la puerta para que vengan, para acoger, sino salir por la puerta para buscar y encontrar. Empujemos a los jóvenes para que salgan. Por supuesto que van a hacer macanas. ¡No tengamos miedo! Los apóstoles las hicieron antes que nosotros. ¡Empujémoslos a salir! Pensemos con decisión en la pastoral desde la periferia, comenzando por los que están más alejados, los que no suelen frecuentar la parroquia. Ellos son los invitados VIP. Al cruce de los caminos, andar a buscarlos.

3. Ser llamados por Jesús, llamados para evangelizar y, tercero, llamados a promover la cultura del encuentro. En muchos ambientes, y en general en este humanismo economicista que se nos impuso en el mundo, se ha abierto paso una cultura de la exclusión, una «cultura del descarte». No hay lugar para el anciano ni para el hijo no deseado; no hay tiempo para detenerse con aquel pobre en la calle. A veces parece que, para algunos, las relaciones humanas estén reguladas por dos «dogmas»: eficiencia y pragmatismo. Queridos obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas, y ustedes, seminaristas que se preparan para el ministerio, tengan el valor de ir contracorriente de esa cultura. ¡Tener el coraje! Acuérdense, y a mí esto me hace bien, y lo medito con frecuencia. Agarren el Primer Libro de los Macabeos, acuérdense cuando quisieron ponerse a tono de la cultura de la época. “¡No...! ¡Dejemos, no...! Comamos de todo como toda la gente... Bueno, la Ley sí, pero que no sea tanto...” Y fueron dejando la fe para estar metidos en la corriente de esta cultura. Tengan el valor de ir contracorriente de esta cultura eficientista, de esta cultura del descarte. El encuentro y la acogida de todos, la solidaridad, es una palabra que la están escondiendo en esta cultura, casi una mala palabra, la solidaridad y la fraternidad, son elementos que hacen nuestra civilización verdaderamente humana.

Ser servidores de la comunión y de la cultura del encuentro. Los quisiera casi obsesionados en este sentido. Y hacerlo sin ser presuntuosos, imponiendo «nuestra verdad», más bien guiados por la certeza humilde y feliz de quien ha sido encontrado, alcanzado y transformado por la Verdad que es Cristo, y no puede dejar de proclamarla (cf. Lc 24,13-35).

Queridos hermanos y hermanas, estamos llamados por Dios, con nombre y apellido, cada uno de nosotros, llamados a anunciar el Evangelio y a promover con alegría la cultura del encuentro. La Virgen María es nuestro modelo. En su vida ha dado el «ejemplo de aquel amor de madre que debe animar a todos los

que colaboran en la misión apostólica de la Iglesia para engendrar a los hombres a una vida nueva» (Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 65).

Le pedimos que nos enseñe a encontrarnos cada día con Jesús. Y, cuando nos hacemos los distraídos, que tenemos muchas cosas, y el sagrario queda abandonado, que nos lleve de la mano. Pidámoselo. Mira, Madre, cuando ande medio así, por otro lado, llévame de la mano. Que nos empuje a salir al encuentro de tantos hermanos y hermanas que están en la periferia, que tienen sed de Dios y no hay quien se lo anuncie. Que no nos eche de casa, pero que nos empuje a salir de casa. Y así que seamos discípulos del Señor. Que Ella nos conceda a todos esta gracia.

Discurso del Santo Padre, Francisco, durante el encuentro con el episcopado brasileño

Arzobispado de Río de Janeiro. Sábado, 27 de julio de 2013

Queridos hermanos

¡Qué bueno y hermoso encontrarme aquí con ustedes, obispos de Brasil!

Gracias por haber venido, y permítanme que les hable como amigos; por eso prefiero hablarles en español, para poder expresar mejor lo que llevo en el corazón. Les pido disculpas.

Estamos reunidos aquí, un poco apartados, en este lugar preparado por nuestro hermano Dom Orani, para estar solos y poder hablar de corazón a corazón, como pastores a los que Dios ha confiado su rebaño. En las calles de Río, jóvenes de todo el mundo y muchas otras multitudes nos esperan, necesitados de ser alcanzados por la mirada misericordiosa de Cristo, el Buen Pastor, al que estamos llamados a hacer presente. Gustemos, pues, este momento de descanso, de compartir, de verdadera fraternidad.

Deseo abrazar a todos y a cada uno, comenzando por el Presidente de la Conferencia Episcopal y el Arzobispo de Río de Janeiro, y especialmente a los obispos eméritos.

Más que un discurso formal, quisiera compartir con ustedes algunas reflexiones.

La primera me ha venido otra vez a la mente cuando he visitado el santuario de Aparecida. Allí, a los pies de la imagen de la Inmaculada Concepción, he rezado por Ustedes, por sus Iglesias, por los sacerdotes, religiosos y religiosas, por los seminaristas, por los laicos y sus familias y, en particular, por los jóvenes y los ancianos; ambos son la esperanza de un pueblo: los jóvenes, porque llevan la fuerza, la ilusión, la esperanza del futuro; los ancianos, porque son la memoria, la sabiduría de un pueblo.[1]

1. Aparecida: clave de lectura para la misión de la Iglesia

En Aparecida, Dios ha ofrecido su propia Madre al Brasil. Pero Dios ha dado también en Aparecida una lección sobre sí mismo, sobre su forma de ser y de ac-

tuar. Una lección de esa humildad que pertenece a Dios como un rasgo esencial, y que está en el ADN de Dios. En Aparecida hay algo perenne que aprender sobre Dios y sobre la Iglesia; una enseñanza que ni la Iglesia en Brasil, ni Brasil mismo deben olvidar.

En el origen del evento de Aparecida está la búsqueda de unos pobres pescadores. Mucha hambre y pocos recursos. La gente siempre necesita pan. Los hombres comienzan siempre por sus necesidades, también hoy.

Tienen una barca frágil, inadecuada; tienen redes viejas, tal vez también deterioradas, insuficientes.

En primer lugar aparece el esfuerzo, quizás el cansancio de la pesca, y, sin embargo, el resultado es escaso: un revés, un fracaso. A pesar del sacrificio, las redes están vacías.

Después, cuando Dios quiere, él mismo aparece en su misterio. Las aguas son profundas y, sin embargo, siempre esconden la posibilidad de Dios; y él llegó por sorpresa, quizás cuando ya no se lo esperaba. Siempre se pone a prueba la paciencia de los que le esperan. Y Dios llegó de un modo nuevo, porque siempre Dios es sorpresa: una imagen de frágil arcilla, ennegrecida por las aguas del río, y también envejecida por el tiempo. Dios aparece siempre con aspecto de pequeñez.

Así apareció entonces la imagen de la Inmaculada Concepción. Primero el cuerpo, luego la cabeza, después cuerpo y cabeza juntos: unidad. Lo que estaba separado recobra la unidad. El Brasil colonial estaba dividido por el vergonzoso muro de la esclavitud. La Virgen de Aparecida se presenta con el rostro negro, primero dividida y después unida en manos de los pescadores.

Hay aquí una enseñanza que Dios nos quiere ofrecer. Su belleza reflejada en la Madre, concebida sin pecado original, emerge de la oscuridad del río. En Aparecida, desde el principio, Dios nos da un mensaje de recomposición de lo que está separado, de reunión de lo que está dividido. Los muros, barrancos y distancias, que también hoy existen, están destinados a desaparecer. La Iglesia no puede desatender esta lección: ser instrumento de reconciliación.

Los pescadores no desprecian el misterio encontrado en el río, aun cuando es un misterio que aparece incompleto. No tiran las partes del misterio. Esperan la plenitud. Y ésta no tarda en llegar. Hay algo sabio que hemos de aprender. Hay piezas de un misterio, como partes de un mosaico, que vamos encontrando. No-

sotros queremos ver el todo con demasiada prisa, mientras que Dios se hace ver poco a poco. También la Iglesia debe aprender esta espera.

Después, los pescadores llevan a casa el misterio. La gente sencilla siempre tiene espacio para albergar el misterio. Tal vez hemos reducido nuestro hablar del misterio a una explicación racional; pero en la gente, el misterio entra por el corazón. En la casa de los pobres, Dios siempre encuentra sitio.

Los pescadores «*agasalham*»: arrojan el misterio de la Virgen que han pescado, como si tuviera frío y necesitara calor. Dios pide que se le resguarde en la parte más cálida de nosotros mismos: el corazón. Después será Dios quien irradie el calor que necesitamos, pero primero entra con la astucia de quien mendiga. Los pescadores cubren el misterio de la Virgen con el pobre manto de su fe. Llamen a los vecinos para que vean la belleza encontrada, se reúnen en torno a ella, cuentan sus penas en su presencia y le encomiendan sus preocupaciones. Hacen posible así que las intenciones de Dios se realicen: una gracia, y luego otra; una gracia que abre a otra; una gracia que prepara a otra. Dios va desplegando gradualmente la humildad misteriosa de su fuerza.

Hay mucho que aprender de esta actitud de los pescadores. Una iglesia que da espacio al misterio de Dios; una iglesia que alberga en sí misma este misterio, de manera que pueda maravillar a la gente, atraerla. Sólo la belleza de Dios puede atraer. El camino de Dios es el de la atracción. A Dios, uno se lo lleva a casa. Él despierta en el hombre el deseo de tenerlo en su propia vida, en su propio hogar, en el propio corazón. Él despierta en nosotros el deseo de llamar a los vecinos para dar a conocer su belleza. La misión nace precisamente de este hechizo divino, de este estupor del encuentro. Hablamos de la misión, de Iglesia misionera. Pienso en los pescadores que llaman a sus vecinos para que vean el misterio de la Virgen. Sin la sencillez de su actitud, nuestra misión está condenada al fracaso.

La Iglesia siempre tiene necesidad apremiante de no olvidar la lección de Aparecida, no la puede desatender. Las redes de la Iglesia son frágiles, quizás remendadas; la barca de la Iglesia no tiene la potencia de los grandes transatlánticos que surcan los océanos. Y, sin embargo, Dios quiere manifestarse precisamente a través de nuestros medios, medios pobres, porque siempre es él quien actúa.

Queridos hermanos, el resultado del trabajo pastoral no se basa en la riqueza de los recursos, sino en la creatividad del amor. Ciertamente es necesaria la tenacidad, el esfuerzo, el trabajo, la planificación, la organización, pero hay que saber ante todo que la fuerza de la Iglesia no reside en sí misma sino que está escondida

en las aguas profundas de Dios, en las que ella está llamada a echar las redes.

Otra lección que la Iglesia ha de recordar siempre es que no puede alejarse de la sencillez, de lo contrario olvida el lenguaje del misterio, y se queda fuera, a las puertas del misterio, y, por supuesto, no consigue entrar en aquellos que pretenden de la Iglesia lo que no pueden darse por sí mismos, es decir, Dios. A veces perdemos a quienes no nos entienden porque hemos olvidado la sencillez, importando de fuera también una racionalidad ajena a nuestra gente. Sin la gramática de la simplicidad, la Iglesia se ve privada de las condiciones que hacen posible «pescar» a Dios en las aguas profundas de su misterio.

Una última anotación: Aparecida se hizo presente en un cruce de caminos. La vía que unía Río de Janeiro, la capital, con San Pablo, la provincia emprendedora que estaba naciendo, y Minas Gerais, las minas tan codiciadas por las Cortes europeas: una encrucijada del Brasil colonial. Dios aparece en los cruces. La Iglesia en Brasil no puede olvidar esta vocación inscrita en ella desde su primer aliento: ser capaz de sístole y diástole, de recoger y difundir.

2. Aprecio por la trayectoria de la Iglesia en Brasil

Los obispos de Roma han llevado siempre en su corazón a Brasil y a su Iglesia. Se ha logrado un maravilloso recorrido. De 12 diócesis durante el Concilio Vaticano I a las actuales 275 circunscripciones. No ha sido la expansión de un aparato o de una empresa, sino más bien el dinamismo de los «cinco panes y dos peces» evangélicos, que, en contacto con la bondad del Padre, en manos encallecidas, han sido fecundos.

Hoy deseo reconocer el trabajo sin reservas de Ustedes, Pastores, en sus Iglesias. Pienso en los obispos que están en la selva subiendo y bajando por los ríos, en las zonas semiáridas, en el Pantanal, en la pampa, en las junglas urbanas de las megalópolis. Amen siempre con una dedicación total a su grey. Pero pienso también en tantos nombres y tantos rostros que han dejado una huella indeleble en el camino de la Iglesia en Brasil, haciendo palpable la gran bondad de Dios para con esta iglesia.[2]

Los obispos de Roma siempre han estado cerca; han seguido, animado, acompañado. En las últimas décadas, el beato Juan XXIII invitó con insistencia a los obispos brasileños a preparar su primer plan pastoral y, desde entonces, se ha desarrollado una verdadera tradición pastoral en Brasil, logrando que la Iglesia no fuera un trasatlántico a la deriva, sino que tuviera siempre una brújula. El

Siervo de Dios Pablo VI, además de alentar la recepción del Concilio Vaticano II con fidelidad, pero también con rasgos originales (cf. Asamblea General del CELAM en Medellín), influyó decisivamente en la autoconciencia de la Iglesia en Brasil mediante el Sínodo sobre la evangelización y el texto fundamental de referencia, que sigue siendo de actualidad: la *Evangelii nuntiandi*. El beato Juan Pablo II visitó Brasil en tres ocasiones, recorriéndolo «de cabo a rabo», de norte a sur, insistiendo en la misión pastoral de la Iglesia, en la comunión y la participación, en la preparación del Gran Jubileo, en la nueva evangelización. Benedicto XVI eligió Aparecida para celebrar la V Asamblea General del CELAM, y esto ha dejado una huella profunda en la Iglesia de todo el continente.

La Iglesia en Brasil ha recibido y aplicado con originalidad el Concilio Vaticano II y el camino recorrido, aunque ha debido superar algunas enfermedades infantiles, ha llevado gradualmente a una Iglesia más madura, generosa y misionera.

Hoy nos encontramos en un nuevo momento. Como ha expresado bien el Documento de Aparecida, no es una época de cambios, sino un cambio de época. Entonces, también hoy es urgente preguntarse: ¿Qué nos pide Dios? Quisiera intentar ofrecer algunas líneas de respuesta a esta pregunta.

3. El icono de Emaús como clave de lectura del presente y del futuro.

Ante todo, no hemos de ceder al miedo del que hablaba el Beato John Henry Newman: «El mundo cristiano se está haciendo estéril, y se agota como una tierra sobreexplotada, que se convierte en arena».[3] No hay que ceder al desencanto, al desánimo, a las lamentaciones. Hemos trabajado mucho, y a veces nos parece que hemos fracasado, y tenemos el sentimiento de quien debe hacer balance de una temporada ya perdida, viendo a los que se han marchado o ya no nos consideran creíbles, relevantes.

Releamos una vez más el episodio de Emaús desde este punto de vista (Lc 24, 13-15). Los dos discípulos huyen de Jerusalén. Se alejan de la «desnudez» de Dios. Están escandalizados por el fracaso del Mesías en quien habían esperado y que ahora aparece irremediabilmente derrotado, humillado, incluso después del tercer día (vv. 24,17-21). Es el misterio difícil de quien abandona la Iglesia; de aquellos que, tras haberse dejado seducir por otras propuestas, creen que la Iglesia -su Jerusalén- ya no puede ofrecer algo significativo e importante. Y, entonces, van solos por el camino con su propia desilusión. Tal vez la Iglesia se ha mostrado demasiado débil, demasiado lejana de sus necesidades, demasiado pobre para

responder a sus inquietudes, demasiado fría para con ellos, demasiado autorreferencial, prisionera de su propio lenguaje rígido; tal vez el mundo parece haber convertido a la Iglesia en una reliquia del pasado, insuficiente para las nuevas cuestiones; quizás la Iglesia tenía respuestas para la infancia del hombre, pero no para su edad adulta.[4] El hecho es que actualmente hay muchos como los dos discípulos de Emaús; no sólo los que buscan respuestas en los nuevos y difusos grupos religiosos, sino también aquellos que parecen vivir ya sin Dios, tanto en la teoría como en la práctica.

Ante esta situación, ¿qué hacer?

Hace falta una Iglesia que no tenga miedo a entrar en la noche de ellos. Necesitamos una Iglesia capaz de encontrarlos en su camino. Necesitamos una Iglesia capaz de entrar en su conversación. Necesitamos una Iglesia que sepa dialogar con aquellos discípulos que, huyendo de Jerusalén, vagan sin una meta, solos, con su propio desencanto, con la decepción de un cristianismo considerado ya estéril, infecundo, impotente para generar sentido.

La globalización implacable y la intensa urbanización, a menudo salvajes, prometían mucho. Muchos se han enamorado de sus posibilidades, y en ellas hay algo realmente positivo, como por ejemplo, la disminución de las distancias, el acercamiento entre las personas y culturas, la difusión de la información y los servicios. Pero, por otro lado, muchos vivencian sus efectos negativos sin darse cuenta de cómo ellos comprometen su visión del hombre y del mundo, generando más desorientación y un vacío que no logran explicar. Algunos de estos efectos son la confusión del sentido de la vida, la desintegración personal, la pérdida de la experiencia de pertenecer a un “nido”, la falta de hogar y vínculos profundos.

Y como no hay quien los acompañe y muestre con su vida el verdadero camino, muchos han buscado atajos, porque la «medida» de la gran Iglesia parece demasiado alta. Hay aún los que reconocen el ideal del hombre y de la vida propuesto por la Iglesia, pero no se atreven a abrazarlo. Piensan que el ideal es demasiado grande para ellos, está fuera de sus posibilidades, la meta a perseguir es inalcanzable. Sin embargo, no pueden vivir sin tener al menos algo, aunque sea una caricatura, de eso que les parece demasiado alto y lejano. Con la desilusión en el corazón, van en busca de algo que les ilusione de nuevo o se resignan a una adhesión parcial, que en definitiva no alcanza a dar plenitud a sus vidas.

La sensación de abandono y soledad, de no pertenecerse ni siquiera a sí mismos, que surge a menudo en esta situación, es demasiado dolorosa para acallarla.

Hace falta un desahogo y, entonces, queda la vía del lamento. Pero incluso el lamento se convierte a su vez en un boomerang que vuelve y termina por aumentar la infelicidad. Hay pocos que todavía saben escuchar el dolor; al menos, hay que anestesiarlo.

Ante este panorama hace falta una Iglesia capaz de acompañar, de ir más allá del mero escuchar; una Iglesia que acompañe en el camino poniéndose en marcha con la gente; una Iglesia que pueda descifrar esa noche que entraña la fuga de Jerusalén de tantos hermanos y hermanas; una Iglesia que se dé cuenta de que las razones por las que hay gente que se aleja, contienen ya en sí mismas también los motivos para un posible retorno, pero es necesario saber leer el todo con valentía. Jesús le dio calor al corazón de los discípulos de Emaús.

Quisiera que hoy nos preguntáramos todos: ¿Somos aún una Iglesia capaz de inflamar el corazón? ¿Una Iglesia que pueda hacer volver a Jerusalén? ¿De acompañar a casa? En Jerusalén residen nuestras fuentes: Escritura, catequesis, sacramentos, comunidad, la amistad del Señor, María y los Apóstoles... ¿Somos capaces todavía de presentar estas fuentes, de modo que se despierte la fascinación por su belleza?

Muchos se han ido porque se les ha prometido algo más alto, algo más fuerte, algo más veloz.

Pero, ¿hay algo más alto que el amor revelado en Jerusalén? Nada es más alto que el abajamiento de la cruz, porque allí se alcanza verdaderamente la altura del amor. ¿Somos aún capaces de mostrar esta verdad a quienes piensan que la verdadera altura de la vida está en otra parte?

¿Alguien conoce algo de más fuerte que el poder escondido en la fragilidad del amor, de la bondad, de la verdad, de la belleza?

La búsqueda de lo que cada vez es más veloz atrae al hombre de hoy: internet veloz, coches y aviones rápidos, relaciones inmediatas... Y, sin embargo, se nota una necesidad desesperada de calma, diría de lentitud. La Iglesia, ¿sabe todavía ser lenta: en el tiempo, para escuchar, en la paciencia, para reparar y reconstruir? ¿O acaso también la Iglesia se ve arrastrada por el frenesí de la eficiencia? Recuperemos, queridos hermanos, la calma de saber ajustar el paso a las posibilidades de los peregrinos, al ritmo de su caminar, la capacidad de estar siempre cerca para que puedan abrir un resquicio en el desencanto que hay en su corazón, y así poder entrar en él. Quieren olvidarse de Jerusalén, donde están sus fuentes,

pero terminan por sentirse sedientos. Hace falta una Iglesia capaz de acompañar también hoy el retorno a Jerusalén. Una Iglesia que pueda hacer redescubrir las cosas gloriosas y gozosas que se dicen en Jerusalén, de hacer entender que ella es mi Madre, nuestra Madre, y que no están huérfanos. En ella hemos nacido. ¿Dónde está nuestra Jerusalén, donde hemos nacido? En el bautismo, en el primer encuentro de amor, en la llamada, en la vocación.[5] Se necesita una Iglesia que vuelva a traer calor, a encender el corazón.

Se necesita una Iglesia que también hoy pueda devolver la ciudadanía a tantos de sus hijos que caminan como en un éxodo.

4. Los desafíos de la Iglesia en Brasil

A la luz de lo dicho, quisiera señalar algunos desafíos de la amada Iglesia en Brasil.

La prioridad de la formación: obispos, sacerdotes, religiosos y laicos

Queridos hermanos, si no formamos ministros capaces de enardecer el corazón de la gente, de caminar con ellos en la noche, de entrar en diálogo con sus ilusiones y desilusiones, de recomponer su fragmentación, ¿qué podemos esperar para el camino presente y futuro? No es cierto que Dios se haya apagado en ellos. Aprendamos a mirar más profundo: no hay quien inflame su corazón como a los discípulos de Emaús (cf. Lc 24, 32).

Por esto es importante promover y cuidar una formación de calidad, que cree personas capaces de bajar en la noche sin verse dominadas por la oscuridad y perderse; de escuchar la ilusión de tantos, sin dejarse seducir; de acoger las desilusiones, sin desesperarse y caer en la amargura; de tocar la desintegración del otro, sin dejarse diluir y descomponerse en su propia identidad.

Se necesita una solidez humana, cultural, afectiva, espiritual y doctrinal.[6] Queridos hermanos en el episcopado, hay que tener el valor de una revisión a fondo de las estructuras de formación y preparación del clero y del laicado de la Iglesia en Brasil. No es suficiente una vaga prioridad de formación, ni los documentos o las reuniones. Hace falta la sabiduría práctica de establecer estructuras duraderas de preparación en el ámbito local, regional, nacional, y que sean el verdadero corazón para el episcopado, sin escatimar esfuerzos, atenciones y acompañamiento. La situación actual exige una formación de calidad a todos los niveles. Los obispos no pueden delegar este cometido. Ustedes no pueden delegar

esta tarea, sino asumirla como algo fundamental para el camino de sus Iglesias.

Colegialidad y solidaridad de la Conferencia Episcopal

A la Iglesia en Brasil no le basta un líder nacional, necesita una red de «testimonios» regionales que, hablando el mismo lenguaje, aseguren por doquier no la unanimidad, sino la verdadera unidad en la riqueza de la diversidad.

La comunión es un lienzo que se debe tejer con paciencia y perseverancia, que va gradualmente «juntando los puntos» para lograr una textura cada vez más amplia y espesa. Una manta con pocas hebras de lana no calienta.

Es importante recordar Aparecida, el método de recoger la diversidad. No tanto diversidad de ideas para elaborar un documento, sino variedad de experiencias de Dios para poner en marcha una dinámica vital.

Los discípulos de Emaús regresaron a Jerusalén contando la experiencia que habían tenido en el encuentro con el Cristo resucitado. Y allí se enteraron de las otras manifestaciones del Señor y de las experiencias de sus hermanos. La Conferencia Episcopal es precisamente un ámbito vital para posibilitar el intercambio de testimonios sobre los encuentros con el Resucitado, en el norte, en el sur, en el oeste... Se necesita, pues, una valorización creciente del elemento local y regional. No es suficiente una burocracia central, sino que es preciso hacer crecer la colegialidad y la solidaridad: será una verdadera riqueza para todos.[7]

Estado permanente de misión y conversión pastoral

Aparecida habló de estado permanente de misión[8] y de la necesidad de una conversión pastoral.[9] Son dos resultados importantes de aquella Asamblea para el conjunto de la Iglesia de la zona, y el camino recorrido en Brasil en estos dos puntos es significativo.

Sobre la misión se ha de recordar que su urgencia proviene de su motivación interna: la de transmitir un legado; y, sobre el método, es decisivo recordar que un legado es como el testigo, la posta en la carrera de relevos: no se lanza al aire y quien consigue agarrarlo, bien, y quien no, se queda sin él. Para transmitir el legado hay que entregarlo personalmente, tocar a quien se le quiere dar, transmitir este patrimonio.

Sobre la conversión pastoral, quisiera recordar que «pastoral» no es otra cosa

que el ejercicio de la maternidad de la Iglesia. La Iglesia da a luz, amamanta, hace crecer, corrige, alimenta, lleva de la mano... Se requiere, pues, una Iglesia capaz de redescubrir las entrañas maternas de la misericordia. Sin la misericordia, poco se puede hacer hoy para insertarse en un mundo de «heridos», que necesitan comprensión, perdón y amor.

En la misión, también en la continental,[10] es muy importante reforzar la familia, que sigue siendo la célula esencial para la sociedad y para la Iglesia; los jóvenes, que son el rostro futuro de la Iglesia; las mujeres, que tienen un papel fundamental en la transmisión de la fe y constituyen esa fuerza cotidiana que lleva adelante la sociedad y la renueva. No reduzcamos el compromiso de las mujeres en la Iglesia, sino que promovamos su participación activa en la comunidad eclesial. Si la Iglesia pierde a las mujeres en su total y real dimensión, la Iglesia se expone a la esterilidad. Aparecida destaca también la vocación y misión del varón en la familia, la Iglesia y la sociedad, como padres, trabajadores y ciudadanos[11]. ¡Ténganlo en cuenta!

La tarea de la Iglesia en la sociedad

En el ámbito social, sólo hay una cosa que la Iglesia pide con particular claridad: la libertad de anunciar el Evangelio de modo integral, aun cuando esté en contraste con el mundo, cuando vaya contracorriente, defendiendo el tesoro del cual es solamente guardiana, y los valores de los que no dispone, pero que ha recibido y a los cuales debe ser fiel.

La Iglesia sostiene el derecho de servir al hombre en su totalidad, diciéndole lo que Dios ha revelado sobre el hombre y su realización y ella quiere hacer presente ese patrimonio inmaterial sin el cual la sociedad se desmorona, las ciudades se verían arrasadas por sus propios muros, barrancos y barreras. La Iglesia tiene el derecho y el deber de mantener encendida la llama de la libertad y de la unidad del hombre.

Las urgencias de Brasil son la educación, la salud, la paz social. La Iglesia tiene una palabra que decir sobre estos temas, porque para responder adecuadamente a estos desafíos no bastan soluciones meramente técnicas, sino que hay que tener una visión subyacente del hombre, de su libertad, de su valor, de su apertura a la trascendencia. Y Ustedes, queridos hermanos, no tengan miedo de ofrecer esta contribución de la Iglesia, que es por el bien de toda la sociedad, y ofrecer esta palabra “encarnada” también en el testimonio.

La Amazonia como tornasol, banco de pruebas para la Iglesia y la sociedad brasileña

Hay un último punto al que quisiera referirme, y que considero relevante para el camino actual y futuro, no solamente de la Iglesia en Brasil, sino también de todo el conjunto social: la Amazonia. La Iglesia no está en la Amazonia como quien tiene hechas las maletas para marcharse después de haberla explotado todo lo que ha podido. La Iglesia está presente en la Amazonia desde el principio con misioneros, congregaciones religiosas, sacerdotes, laicos y obispos y todavía hoy está presente y es determinante para el futuro de la zona. Pienso en la acogida que la Iglesia en la Amazonia ofrece hoy a los inmigrantes haitianos después del terrible terremoto que devastó su país.

Quisiera invitar a todos a reflexionar sobre lo que Aparecida dijo sobre la Amazonia,[12] y también el vigoroso llamamiento al respeto y la custodia de toda la creación, que Dios ha confiado al hombre, no para explotarla salvajemente, sino para que la convierta en un jardín. En el desafío pastoral que representa la Amazonia no puedo dejar de agradecer lo que la Iglesia en Brasil está haciendo: la Comisión Episcopal para la Amazonia, creada en 1997, ha dado ya mucho fruto, y muchas diócesis han respondido con prontitud y generosidad a la solicitud de solidaridad, enviando misioneros laicos y sacerdotes. Doy gracias a Monseñor Jaime Chemelo, pionero en este trabajo, y al Cardenal Hummes, actual Presidente de la Comisión. Pero quisiera añadir que la obra de la Iglesia ha de ser ulteriormente incentivada y relanzada. Se necesitan instructores cualificados, sobre todo formadores y profesores de teología, para consolidar los resultados alcanzados en el campo de la formación de un clero autóctono, para tener también sacerdotes adaptados a las condiciones locales y fortalecer, por decirlo así, el «rostro amazónico» de la Iglesia. En esto, por favor, les pido que sean valientes, que tengan parresia. En lenguaje porteño les diría que sea corajudos.

Queridos hermanos, he tratado de ofrecer de una manera fraterna algunas reflexiones y líneas de trabajo en una Iglesia como la que está en Brasil, que es un gran mosaico de piedritas, de imágenes, de formas, problemas y retos, pero que precisamente por eso constituye una enorme riqueza. La Iglesia nunca es uniformidad, sino diversidad que se armoniza en la unidad, y esto vale para toda realidad eclesial.

Que la Virgen Inmaculada de Aparecida sea la estrella que ilumine el compromiso de Ustedes y su camino para llevar a Cristo, como ella lo ha hecho, a todo hombre y a toda mujer de este inmenso país. Será Él, como lo hizo con los dos

discípulos confusos y desilusionados de Emaús, quien haga arder el corazón y dé nueva y segura esperanza.

NOTAS:

- [1] El Documento de Aparecida subraya cómo los niños, los jóvenes y los ancianos construyen el futuro de los pueblos (cf. n. 447).
- [2] Pienso en tantas figuras como, por citar sólo algunas, Lorscheider, Mendes de Almeida, Sales, Vital, Camara, Macedo..., junto al primer obispo brasileño Pero Fernandes Sardinha (1551-1556), asesinado por belicosas tribus locales.
- [3] Letter of 26 January 1833, in: *The Letters and Diaries of John Henry Newman*, vol. III, Oxford 1979, p. 204.
- [4] En el Documento de Aparecida se presentan sintéticamente las razones de fondo de este fenómeno (cf. n. 225).
- [5] Cf. también los cuatro puntos indicados por Aparecida (ibíd., n. 226).
- [6] En el Documento de Aparecida se pone gran atención a la formación del clero, y también de los laicos (cf. nn. 316-325; 212).
- [7] También el Documento de Aparecida ofrece líneas importantes de camino sobre este aspecto (cf. nn. 181-183; 189).
- [8] Cf. n. 216.
- [9] Cf. nn. 365-372.
- [10] Las conclusiones de la Conferencia de Aparecida insisten en el rostro de una Iglesia que por su misma naturaleza es evangelizadora, que existe para evangelizar, con audacia y libertad, a todos los niveles (cf. nn. 547-554).
- [11] Cf. nn. 459-463.
- [12] Cf. particularmente los nn. 83-87 y, desde el punto de vista de una pastoral unitaria, el n. 475.

Discurso del Santo Padre, Francisco, durante la Vigilia de Oración con los jóvenes

Paseo marítimo de Copacabana, Río de Janeiro. Sábado, 27 de julio de 2013

Queridos jóvenes

Al verlos a ustedes, presentes hoy aquí, me viene a la mente la historia de San Francisco de Asís. Ante el crucifijo oye la voz de Jesús, que le dice: «Ve, Francisco, y repara mi casa». Y el joven Francisco responde con prontitud y generosidad a esta llamada del Señor: repara mi casa. Pero, ¿qué casa? Poco a poco se da cuenta de que no se trataba de hacer de albañil para reparar un edificio de piedra, sino de dar su contribución a la vida de la Iglesia; se trataba de ponerse al servicio de la Iglesia, amándola y trabajando para que en ella se reflejara cada vez más el rostro de Cristo.

También hoy el Señor sigue necesitando a los jóvenes para su Iglesia. Queridos jóvenes, el Señor los necesita. También hoy llama a cada uno de ustedes a seguirlo en su Iglesia y a ser misioneros. Queridos jóvenes, el Señor hoy los llama. No al montón. A vos, a vos, a vos, a cada uno. Escuchen en el corazón qué les dice. Pienso que podemos aprender algo de lo que pasó en estos días: cómo tuvimos que cancelar por el mal tiempo la realización de esta vigilia en el Campus Fidei, en Guaratiba. ¿No estaría el Señor queriendo decirnos que el verdadero campo de la fe, el verdadero Campus Fidei, no es un lugar geográfico sino que somos nosotros? ¡Sí! Es verdad. Cada uno de nosotros, cada uno ustedes, yo, todos. Y ser discípulo misionero significa saber que somos el Campo de la Fe de Dios. Por eso, a partir de la imagen del Campo de la Fe, pensé en tres imágenes, tres, que nos pueden ayudar a entender mejor lo que significa ser un discípulo-misionero: la primera imagen, la primera, el campo como lugar donde se siembra; la segunda, el campo como lugar de entrenamiento; y la tercera, el campo como obra de construcción.

1. Primero, el campo como lugar donde se siembra. Todos conocemos la parábola de Jesús que habla de un sembrador que salió a sembrar en un campo; algunas simientes cayeron al borde del camino, entre piedras o en medio de espigas, y no llegaron a desarrollarse; pero otras cayeron en tierra buena y dieron mucho fruto (cf. Mt 13,1-9). Jesús mismo explicó el significado de la parábola: La simiente es la Palabra de Dios sembrada en nuestro corazón (cf. Mt 13,18-23). Hoy, todos los días, pero hoy de manera especial, Jesús siembra. Cuando aceptamos la Palabra de Dios, entonces somos el Campo de la Fe. Por favor, dejen que

Cristo y su Palabra entren en su vida, dejen entrar la simiente de la Palabra de Dios, dejen que germine, dejen que crezca. Dios hace todo pero ustedes déjenlo hacer, dejen que Él trabaje en ese crecimiento.

Jesús nos dice que las simientes que cayeron al borde del camino, o entre las piedras y en medio de espinas, no dieron fruto. Creo que con honestidad podemos hacernos la pregunta: ¿Qué clase de terreno somos, qué clase de terreno queremos ser? Quizás a veces somos como el camino: escuchamos al Señor, pero no cambia nada en nuestra vida, porque nos dejamos atontar por tantos reclamos superficiales que escuchamos. Yo les pregunto, pero no contesten ahora, cada uno conteste en su corazón: ¿Yo soy un joven, una joven, atontado? O somos como el terreno pedregoso: acogemos a Jesús con entusiasmo, pero somos inconstantes ante las dificultades, no tenemos el valor de ir a contracorriente. Cada uno contestamos en nuestro corazón: ¿Tengo valor o soy cobarde? O somos como el terreno espinoso: las cosas, las pasiones negativas sofocan en nosotros las palabras del Señor (cf. Mt 13,18-22). ¿Tengo en mi corazón la costumbre de jugar a dos puntas, y quedar bien con Dios y quedar bien con el diablo? ¿Querer recibir la semilla de Jesús y a la vez regar las espinas y los yuyos que nacen en mi corazón? Cada uno en silencio se contesta. Hoy, sin embargo, yo estoy seguro de que la simiente puede caer en buena tierra. Escuchamos estos testimonios, cómo la simiente cayó en buena tierra. No padre, yo no soy buena tierra, soy una calamidad, estoy lleno de piedras, de espinas, y de todo. Sí, puede que por arriba, pero hacé un pedacito, hacé un cachito de buena tierra y dejá que caiga allí, y vas a ver cómo germina. Yo sé que ustedes quieren ser buena tierra, cristianos en serio, no cristianos a medio tiempo, no cristianos «almidonados» con la nariz así [empinada] que parecen cristianos y en el fondo no hacen nada. No cristianos de fachada. Esos cristianos que son pura facha, sino cristianos auténticos. Sé que ustedes no quieren vivir en la ilusión de una libertad chirle que se deja arrastrar por la moda y las conveniencias del momento. Sé que ustedes apuntan a lo alto, a decisiones definitivas que den pleno sentido. ¿Es así, o me equivoco? ¿Es así? Bueno, si es así hagamos una cosa: todos en silencio, miremos al corazón y cada uno dígame a Jesús que quiere recibir la semilla. Dígame a Jesús: Mira Jesús las piedras que hay, mirá las espinas, mirá los yuyos, pero mirá este cachito de tierra que te ofrezco, para que entre la semilla. En silencio dejamos entrar la semilla de Jesús. Acuérdense de este momento. Cada uno sabe el nombre de la semilla que entró. Déjenla crecer y Dios la va a cuidar.

2. El campo, además de ser lugar de siembra, es lugar de entrenamiento. Jesús nos pide que le sigamos toda la vida, nos pide que seamos sus discípulos, que «juguemos en su equipo». A la mayoría de ustedes les gusta el deporte. Aquí, en

Brasil, como en otros países, el fútbol es pasión nacional. ¿Sí o no? Pues bien, ¿qué hace un jugador cuando se le llama para formar parte de un equipo? Tiene que entrenarse y entrenarse mucho. Así es nuestra vida de discípulos del Señor. San Pablo, escribiendo a los cristianos, nos dice: «Los atletas se privan de todo, y lo hacen para obtener una corona que se marchita; nosotros, en cambio, por una corona incorruptible» (1 Co 9,25). Jesús nos ofrece algo más grande que la Copa del Mundo; ¡algo más grande que la Copa del Mundo! Jesús nos ofrece la posibilidad de una vida fecunda y feliz, y también un futuro con él que no tendrá fin, allá en la vida eterna. Es lo que nos ofrece Jesús. Pero nos pide que paguemos la entrada. Y la entrada es que nos entrenemos para «estar en forma», para afrontar sin miedo todas las situaciones de la vida, dando testimonio de nuestra fe. A través del diálogo con él, la oración – “Padre, ahora nos va hacer rezar a todos, ¿no?” –. Te pregunto, pero contestan en su corazón, ¡eh! No en voz alta, en silencio. ¿Yo rezo? Cada uno se contesta. ¿Yo hablo con Jesús? O le tengo miedo al silencio. ¿Dejo que el Espíritu Santo hable en mi corazón? ¿Yo le pregunto a Jesús: Qué querés que haga? ¿Qué querés de mi vida? Esto es entrenarse. Pregúntenle a Jesús, hablen con Jesús. Y si cometen un error en la vida, si se pegan un resbalón, si hacen algo que está mal, no tengan miedo. Jesús, mirá lo que hice, ¿qué tengo que hacer ahora? Pero siempre hablen con Jesús, en las buenas y en las malas. Cuando hacen una cosa buena y cuando hacen una cosa mala. ¡No le tengan miedo! Eso es la oración. Y con eso se van entrenando en el diálogo con Jesús en este discipulado misionero. Y también a través de los sacramentos, que hacen crecer en nosotros su presencia. A través del amor fraterno, del saber escuchar, comprender, perdonar, acoger, ayudar a los otros, a todos, sin excluir y sin marginar. Estos son los entrenamientos para seguir a Jesús: la oración, los sacramentos y la ayuda a los demás, el servicio a los demás. ¿Lo repetimos juntos todos? “Oración, sacramentos y ayuda a los demás” [todos lo repiten en voz alta]. No se oyó bien. Otra vez [ahora más fuerte].

3. Y tercero: El campo como obra de construcción. Acá estamos viendo cómo se ha construido esto aquí. Se empezaron a mover los muchachos, las chicas. Movieron y construyeron una iglesia. Cuando nuestro corazón es una tierra buena que recibe la Palabra de Dios, cuando «se suda la camiseta», tratando de vivir como cristianos, experimentamos algo grande: nunca estamos solos, formamos parte de una familia de hermanos que recorren el mismo camino: somos parte de la Iglesia. Estos muchachos, estas chicas no estaban solos, en conjunto hicieron un camino y construyeron la iglesia, en conjunto hicieron lo de San Francisco: construir, reparar la iglesia. Te pregunto: ¿Quiéren construir la iglesia? [todos: “¡Sí!”] ¿Se animan? [todos: “¡Sí!”] ¿Y mañana se van a olvidar de este sí que dijeron? [todos: “¡No!”] ¡Así me gusta! Somos parte de la iglesia, más aún, nos

convertimos en constructores de la Iglesia y protagonistas de la historia. Chicos y chicas, por favor: no se metan en la cola de la historia. Sean protagonistas. Jueguen para adelante. Pateen adelante, construyan un mundo mejor. Un mundo de hermanos, un mundo de justicia, de amor, de paz, de fraternidad, de solidaridad. Jueguen adelante siempre. San Pedro nos dice que somos piedras vivas que forman una casa espiritual (cf. 1 P 2,5). Y miramos este palco, vemos que tiene forma de una iglesia construida con piedras vivas. En la Iglesia de Jesús, las piedras vivas somos nosotros, y Jesús nos pide que edifiquemos su Iglesia; cada uno de nosotros es una piedra viva, es un pedacito de la construcción, y si falta ese pedacito cuando viene la lluvia entra la gotera y se mete el agua dentro de la casa. Cada pedacito vivo tiene que cuidar la unidad y la seguridad de la Iglesia. Y no construir una pequeña capilla donde sólo cabe un grupito de personas. Jesús nos pide que su Iglesia sea tan grande que pueda alojar a toda la humanidad, que sea la casa de todos. Jesús me dice a mí, a vos, a cada uno: «Vayan, hagan discípulos a todas las naciones». Esta tarde, respondámosle: Sí, Señor, también yo quiero ser una piedra viva; juntos queremos construir la Iglesia de Jesús. Quiero ir y ser constructor de la Iglesia de Cristo. ¿Se animan a repetirlo? Quiero ir y ser constructor de la Iglesia de Cristo. A ver ahora... [todos “¡Sí!”]. Después van a pensar lo que dijeron juntos...

Tu corazón, corazón joven, quiere construir un mundo mejor. Sigo las noticias del mundo y veo que tantos jóvenes, en muchas partes del mundo, han salido por las calles para expresar el deseo de una civilización más justa y fraterna. Los jóvenes en la calle. Son jóvenes que quieren ser protagonistas del cambio. Por favor, no dejen que otros sean los protagonistas del cambio. Ustedes son los que tienen el futuro. Ustedes... Por ustedes entra el futuro en el mundo. A ustedes les pido que también sean protagonistas de este cambio. Sigam superando la apatía y ofreciendo una respuesta cristiana a las inquietudes sociales y políticas que se van planteando en diversas partes del mundo. Les pido que sean constructores del futuro, que se metan en el trabajo por un mundo mejor. Queridos jóvenes, por favor, no balconeen la vida, métanse en ella, Jesús no se quedó en el balcón, se metió; no balconeen la vida, métanse en ella como hizo Jesús. Sin embargo, queda una pregunta: ¿Por dónde empezamos? ¿A quién le pedimos que empiece esto? ¿Por dónde empezamos? Una vez, le preguntaron a la Madre Teresa qué era lo que había que cambiar en la Iglesia, para empezar: por qué pared de la Iglesia empezamos. ¿Por dónde – dijeron –, Madre, hay de empezar? Por vos y por mí, contestó ella. ¡Tenía garra esta mujer! Sabía por dónde había che empezar. Yo también hoy le robo la palabra a la madre Teresa, y te digo: ¿Empezamos? ¿Por dónde? Por vos y por mí. Cada uno, en silencio otra vez, pregúntese si tengo que empezar por mí, por dónde empiezo. Cada uno abra su corazón para que Jesús

les diga por dónde empiezo.

Queridos amigos, no se olviden: ustedes son el campo de la fe. Ustedes son los atletas de Cristo. Ustedes son los constructores de una Iglesia más hermosa y de un mundo mejor. Levantemos nuestros ojos hacia la Virgen. Ella nos ayuda a seguir a Jesús, nos da ejemplo con su «sí» a Dios: «Aquí está la esclava del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho» (Lc 1,38). Se lo digamos también nosotros a Dios, junto con María: Hágase en mí según tu palabra. Que así sea.

Homilía del Santo Padre, Francisco, en la Santa Misa para la XXVIII Jornada Mundial de la Juventud

Paseo marítimo de Copacabana, Río de Janeiro. Domingo, 28 de julio de 2013

Queridos hermanos y hermanas, queridos jóvenes

«Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos». Con estas palabras, Jesús se dirige a cada uno de ustedes diciendo: «Qué bonito ha sido participar en la Jornada Mundial de la Juventud, vivir la fe junto a jóvenes venidos de los cuatro ángulos de la tierra, pero ahora tú debes ir y transmitir esta experiencia a los demás». Jesús te llama a ser discípulo en misión. A la luz de la palabra de Dios que hemos escuchado, ¿qué nos dice hoy el Señor? ¿qué nos dice hoy el Señor? Tres palabras: Vayan, sin miedo, para servir.

1. Vayan. En estos días aquí en Río, han podido experimentar la belleza de encontrar a Jesús y de encontrarlo juntos, han sentido la alegría de la fe. Pero la experiencia de este encuentro no puede quedar encerrada en su vida o en el pequeño grupo de la parroquia, del movimiento o de su comunidad. Sería como quitarle el oxígeno a una llama que arde. La fe es una llama que se hace más viva cuanto más se comparte, se transmite, para que todos conozcan, amen y profesen a Jesucristo, que es el Señor de la vida y de la historia (cf. Rm 10,9).

Pero ¡cuidado! Jesús no ha dicho: si quieren, si tienen tiempo vayan, sino que dijo: «Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos». Compartir la experiencia de la fe, dar testimonio de la fe, anunciar el evangelio es el mandato que el Señor confía a toda la Iglesia, también a ti; es un mandato que no nace de la voluntad de dominio, de la voluntad de poder, sino de la fuerza del amor, del hecho que Jesús ha venido antes a nosotros y nos ha dado, no nos dio algo de sí, sino se nos dio todo él, él ha dado su vida para salvarnos y mostrarnos el amor y la misericordia de Dios. Jesús no nos trata como a esclavos, sino como a personas libres, amigos, hermanos; y no sólo nos envía, sino que nos acompaña, está siempre a nuestro lado en esta misión de amor.

¿Adónde nos envía Jesús? No hay fronteras, no hay límites: nos envía a todos. El evangelio no es para algunos sino para todos. No es sólo para los que nos parecen más cercanos, más receptivos, más acogedores. Es para todos. No tengan miedo de ir y llevar a Cristo a cualquier ambiente, hasta las periferias existenciales, también a quien parece más lejano, más indiferente. El Señor busca a todos, quiere que todos sientan el calor de su misericordia y de su amor.

En particular, quisiera que este mandato de Cristo: «Vayan», resonara en ustedes jóvenes de la Iglesia en América Latina, comprometidos en la misión continental promovida por los obispos. Brasil, América Latina, el mundo tiene necesidad de Cristo. San Pablo dice: «¡Ay de mí si no anuncio el evangelio!» (1 Co 9,16). Este continente ha recibido el anuncio del evangelio, que ha marcado su camino y ha dado mucho fruto. Ahora este anuncio se os ha confiado también a ustedes, para que resuene con renovada fuerza. La Iglesia necesita de ustedes, del entusiasmo, la creatividad y la alegría que les caracteriza. Un gran apóstol de Brasil, el beato José de Anchieta, se marchó a misionar cuando tenía sólo diecinueve años. ¿Saben cuál es el mejor medio para evangelizar a los jóvenes? Otro joven. ¡Éste es el camino que ha de ser recorrido por ustedes!

2. Sin miedo. Puede que alguno piense: «No tengo ninguna preparación especial, ¿cómo puedo ir y anunciar el evangelio?». Querido amigo, tu miedo no se diferencia mucho del de Jeremías, escuchamos en la lectura recién, cuando fue llamado por Dios para ser profeta: «¡Ay, Señor, Dios mío! Mira que no sé hablar, que sólo soy un niño». También Dios les dice a ustedes lo que le dijo a Jeremías: «No les tengas miedo, que yo estoy contigo para librarte» (Jr 1,6.8). Él está con nosotros.

«No tengan miedo». Cuando vamos a anunciar a Cristo, es él mismo el que va por delante y nos guía. Al enviar a sus discípulos en misión, ha prometido: «Yo estoy con ustedes todos los días» (Mt 28,20). Y esto es verdad también para nosotros. Jesús no nos deja solos, nunca deja solo a nadie. Nos acompaña siempre.

Además, Jesús no dijo: «Andá», sino «Vayan»: somos enviados juntos. Queridos jóvenes, sientan la compañía de toda la Iglesia, y también la comunión de los santos, en esta misión. Cuando juntos hacemos frente a los desafíos, entonces somos fuertes, descubrimos recursos que pensábamos que no teníamos. Jesús no ha llamado a los apóstoles para que vivan aislados, los ha llamado a formar un grupo, una comunidad. Quisiera dirigirme también a ustedes, queridos sacerdotes que concelebran conmigo esta eucaristía: han venido a acompañar a sus jóvenes, y es bonito compartir esta experiencia de fe. Seguro que les ha rejuvenecido a todos. El joven contagia juventud. Pero es sólo una etapa en el camino. Por favor, sigan acompañándolos con generosidad y alegría, ayúdenlos a comprometerse activamente en la Iglesia; que nunca se sientan solos. Y aquí quiero agradecer de corazón a los grupos de pastoral juvenil, a los movimientos y nuevas comunidades que acompañan a los jóvenes en su experiencia de ser Iglesia, tan creativos y tan audaces. ¡Sigán adelante y no tengan miedo!

3. La última palabra: para servir. Al comienzo del salmo que hemos proclamado están estas palabras: «Canten al Señor un cántico nuevo» (95,1). ¿Cuál es este cántico nuevo? No son palabras, no es una melodía, sino que es el canto de su vida, es dejar que nuestra vida se identifique con la de Jesús, es tener sus sentimientos, sus pensamientos, sus acciones. Y la vida de Jesús es una vida para los demás, la vida de Jesús es una vida para los demás. Es una vida de servicio.

San Pablo, en la lectura que hemos escuchado hace poco, decía: «Me he hecho esclavo de todos para ganar a los más posibles» (1 Co 9,19). Para anunciar a Jesús, Pablo se ha hecho «esclavo de todos». Evangelizar es dar testimonio en primera persona del amor de Dios, es superar nuestros egoísmos, es servir inclinándose a lavar los pies de nuestros hermanos como hizo Jesús.

Tres palabras: Vayan, sin miedo, para servir. Vayan, sin miedo, para servir. Siguiendo estas tres palabras experimentarán que quien evangeliza es evangelizado, quien transmite la alegría de la fe, recibe más alegría. Queridos jóvenes, cuando vuelvan a sus casas, no tengan miedo de ser generosos con Cristo, de dar testimonio del evangelio. En la primera lectura, cuando Dios envía al profeta Jeremías, le da el poder para «arrancar y arrasar, para destruir y demoler, para reedificar y plantar» (Jr 1,10). También es así para ustedes. Llevar el evangelio es llevar la fuerza de Dios para arrancar y arrasar el mal y la violencia; para destruir y demoler las barreras del egoísmo, la intolerancia y el odio; para edificar un mundo nuevo. Queridos jóvenes: Jesucristo cuenta con ustedes. La Iglesia cuenta con ustedes. El Papa cuenta con ustedes. Que María, Madre de Jesús y Madre nuestra, los acompañe siempre con su ternura: «Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos». Amén.

VIAJES: a Lampedusa (8 de julio de 2013)**Homilía del Santo Padre, Francisco**

Campo de deportes "Arena". Lunes, 8 de julio de 2013

Inmigrantes muertos en el mar, por esas barcas que, en lugar de haber sido una vía de esperanza, han sido una vía de muerte. Así decía el titular del periódico. Desde que, hace algunas semanas, supe esta noticia, desgraciadamente tantas veces repetida, mi pensamiento ha vuelto sobre ella continuamente, como a una espina en el corazón que causa dolor. Y entonces sentí que tenía que venir hoy aquí a rezar, a realizar un gesto de cercanía, pero también a despertar nuestras conciencias para que lo que ha sucedido no se repita. Que no se repita, por favor. Antes que nada quisiera tener una palabra de sincera gratitud y de ánimo para con ustedes, habitantes de Lampedusa y Linosa, para con las asociaciones, los voluntarios y las fuerzas de seguridad, que han prestado y prestan atención a personas en su viaje hacia algo mejor. ¡Ustedes son una pequeña realidad, pero dan un ejemplo de solidaridad! ¡Gracias! Gracias también al Arzobispo Mons. Francisco Montenegro por su ayuda, su trabajo y su acompañamiento pastoral. Saludo cordialmente a la alcaldesa, la señora Giusi Nicolini: muchas gracias por lo que ha hecho y sigue haciendo. Quiero tener un recuerdo para los queridos inmigrantes musulmanes que esta tarde comienzan el ayuno del Ramadán, con el deseo de abundantes frutos espirituales. La Iglesia está a su lado en la búsqueda de una vida más digna para ustedes y para sus familias. A ustedes: o'ccià!

Esta mañana, a la luz de la Palabra de Dios que hemos escuchado, quisiera proponer algunas palabras que más que nada remuevan la conciencia de todos, nos hagan reflexionar y cambiar concretamente algunas actitudes.

“Adán, ¿dónde estás?": es la primera pregunta que Dios dirige al hombre después del pecado. “¿Dónde estás, Adán?”. Y Adán es un hombre desorientado que ha perdido su puesto en la creación porque piensa que será poderoso, que podrá dominar todo, que será Dios. Y la armonía se rompe, el hombre se equivoca, y esto se repite también en la relación con el otro, que no es ya un hermano al que amar, sino simplemente alguien que molesta en mi vida, en mi bienestar. Y Dios hace la segunda pregunta: “Caín, ¿dónde está tu hermano?”. El sueño de ser poderoso, de ser grande como Dios, en definitiva de ser Dios, lleva a una cadena de errores que es cadena de muerte, ¡lleva a derramar la sangre del hermano!

Estas dos preguntas de Dios resuenan también hoy, con toda su fuerza. Tan-

tos de nosotros, me incluyo también yo, estamos desorientados, no estamos ya atentos al mundo en que vivimos, no nos preocupamos, no protegemos lo que Dios ha creado para todos y no somos capaces siquiera de cuidarnos los unos a los otros. Y cuando esta desorientación alcanza dimensiones mundiales, se llega a tragedias como ésta a la que hemos asistido.

“¿Dónde está tu hermano?”, la voz de su sangre grita hasta mí, dice Dios. Ésta no es una pregunta dirigida a otros, es una pregunta dirigida a mí, a ti, a cada uno de nosotros. Esos hermanos y hermanas nuestras intentaban salir de situaciones difíciles para encontrar un poco de serenidad y de paz; buscaban un puesto mejor para ellos y para sus familias, pero han encontrado la muerte. ¡Cuántas veces quienes buscan estas cosas no encuentran comprensión, no encuentran acogida, no encuentran solidaridad! ¡Y sus voces llegan hasta Dios! Y una vez más les doy las gracias a ustedes, habitantes de Lampedusa, por su solidaridad. He escuchado, recientemente, a uno de estos hermanos. Antes de llegar aquí han pasado por las manos de los traficantes, aquellos que se aprovechan de la pobreza de los otros, esas personas para las que la pobreza de los otros es una fuente de lucro. ¡Cuánto han sufrido! Y algunos no han conseguido llegar.

“¿Dónde está tu hermano?”. ¿Quién es el responsable de esta sangre? En la literatura española hay una comedia de Lope de Vega que narra cómo los habitantes de la ciudad de Fuente Ovejuna matan al Gobernador porque es un tirano, y lo hacen de tal manera que no se sepa quién ha realizado la ejecución. Y cuando el juez del rey pregunta: “¿Quién ha matado al Gobernador?”, todos responden: “Fuente Ovejuna, Señor”. ¡Todos y ninguno! También hoy esta pregunta se impone con fuerza: ¿Quién es el responsable de la sangre de estos hermanos y hermanas? ¡Ninguno! Todos respondemos igual: no he sido yo, yo no tengo nada que ver, serán otros, ciertamente yo no. Pero Dios nos pregunta a cada uno de nosotros: “¿Dónde está la sangre de tu hermano cuyo grito llega hasta mí?”. Hoy nadie en el mundo se siente responsable de esto; hemos perdido el sentido de la responsabilidad fraterna; hemos caído en la actitud hipócrita del sacerdote y del servidor del altar, de los que hablaba Jesús en la parábola del Buen Samaritano: vemos al hermano medio muerto al borde del camino, quizás pensamos “pobrecito”, y seguimos nuestro camino, no nos compete; y con eso nos quedamos tranquilos, nos sentimos en paz. La cultura del bienestar, que nos lleva a pensar en nosotros mismos, nos hace insensibles al grito de los otros, nos hace vivir en pompas de jabón, que son bonitas, pero no son nada, son la ilusión de lo fútil, de lo provisional, que lleva a la indiferencia hacia los otros, o mejor, lleva a la globalización de la indiferencia. En este mundo de la globalización hemos caído en la globalización de la indiferencia. ¡Nos hemos acostumbrado al sufrimiento

del otro, no tiene que ver con nosotros, no nos importa, no nos concierne!

Vuelve la figura del “Innominado” de Manzoni. La globalización de la indiferencia nos hace “innominados”, responsables anónimos y sin rostro.

“Adán, ¿dónde estás?”, “¿Dónde está tu hermano?”, son las preguntas que Dios hace al principio de la humanidad y que dirige también a todos los hombres de nuestro tiempo, también a nosotros. Pero me gustaría que nos hiciésemos una tercera pregunta: “¿Quién de nosotros ha llorado por este hecho y por hechos como éste?”. ¿Quién ha llorado por la muerte de estos hermanos y hermanas? ¿Quién ha llorado por esas personas que iban en la barca? ¿Por las madres jóvenes que llevaban a sus hijos? ¿Por estos hombres que deseaban algo para mantener a sus propias familias? Somos una sociedad que ha olvidado la experiencia de llorar, de “sufrir con”: ¡la globalización de la indiferencia nos ha quitado la capacidad de llorar! En el Evangelio hemos escuchado el grito, el llanto, el gran lamento: “Es Raquel que llora por sus hijos... porque ya no viven”. Herodes sembró muerte para defender su propio bienestar, su propia pompa de jabón. Y esto se sigue repitiendo... Pidamos al Señor que quite lo que haya quedado de Herodes en nuestro corazón; pidamos al Señor la gracia de llorar por nuestra indiferencia, de llorar por la crueldad que hay en el mundo, en nosotros, también en aquellos que en el anonimato toman decisiones socio-económicas que hacen posibles dramas como éste. “¿Quién ha llorado?”. ¿Quién ha llorado hoy en el mundo?

Señor, en esta liturgia, que es una liturgia de penitencia, pedimos perdón por la indiferencia hacia tantos hermanos y hermanas, te pedimos, Padre, perdón por quien se ha acomodado y se ha cerrado en su propio bienestar que anestesia el corazón, te pedimos perdón por aquellos que con sus decisiones a nivel mundial han creado situaciones que llevan a estos dramas. ¡Perdón, Señor!

Señor, que escuchemos también tus preguntas: “Adán, ¿dónde estás?”. “¿Dónde está la sangre de tu hermano?”.

VIAJES: Visita Pastoral a Cagliari (22 de septiembre de 2013)**Homilía del Santo Padre, Francisco, en la Santa Misa en el Santuario de Nuestra Señora de Bonaria**

Plaza del Santuario de Nuestra Señora de Bonaria, Cagliari. Domingo, 22 de septiembre de 2013

Que la paz de Nuestro Señor Jesucristo esté siempre con vosotros.

Hoy se realiza el deseo que anuncié en la Plaza de San Pedro, antes del verano, de visitar el santuario de Nuestra Señora de Bonaria.

He venido para compartir con vosotros alegrías y esperanzas, fatigas y ocupaciones, ideales y aspiraciones de vuestra isla, y para confirmaros en la fe. También aquí en Cagliari, como en toda Cerdeña, no faltan dificultades -y son muchas-, problemas y preocupaciones: pienso, en especial, en la falta de trabajo y en su precariedad, y, por lo tanto, en la incertidumbre para el futuro. Cerdeña, vuestra bella región, sufre desde hace largo tiempo muchas situaciones de pobreza, acentuadas también por su condición insular. Es necesaria la colaboración leal por parte de todos, con el compromiso de los responsables de las instituciones -también de la Iglesia- para asegurar a las personas y a las familias los derechos fundamentales, y hacer crecer una sociedad más fraterna y solidaria. Asegurar el derecho al trabajo, el derecho a llevar el pan a casa, pan ganado con el trabajo. ¡Os soy cercano! Os soy cercano, os recuerdo en la oración, y os aliento a perseverar en el testimonio de los valores humanos y cristianos tan profundamente radicados en la fe y en la historia de este territorio y de su población. ¡Mantened siempre encendida la luz de la esperanza!

He venido en medio de vosotros para ponerme con vosotros a los pies de la Virgen que nos da a su Hijo. Sé bien que María, nuestra Madre, está en vuestro corazón, como testimonia este Santuario, al que han subido muchas generaciones de sardos -¡y seguirán subiendo!- para invocar la protección de la Virgen de Bonaria, patrona máxima de la isla. Vosotros traéis aquí las alegrías y los sufrimientos de esta tierra, de sus familias, y también de los hijos que viven lejos, que muchas veces partieron con gran dolor y nostalgia para buscar un trabajo y un futuro para sí y para sus seres queridos. Hoy, todos nosotros aquí reunidos, queremos dar las gracias a María porque está siempre cerca de nosotros, queremos renovar a Ella nuestra confianza y nuestro amor.

La primera Lectura que hemos escuchado nos presenta a María en oración, en el Cenáculo, junto a los Apóstoles. María reza, ora junto a la comunidad de los discípulos, y nos enseña a tener plena confianza en Dios, en su misericordia. ¡Este es el poder de la oración! No nos cansemos de llamar a la puerta de Dios. Llevemos al corazón de Dios, a través de María, toda nuestra vida, cada día. Llamar a la puerta del corazón de Dios.

En el Evangelio, en cambio, percibimos sobre todo la última mirada de Jesús hacia su Madre (cf. Jn 19, 25-27). Desde la cruz Jesús mira a su Madre y le confía el apóstol Juan, diciendo: éste es tu hijo. En Juan estamos todos, también nosotros, y la mirada de amor de Jesús nos confía a la custodia maternal de la Madre. María habrá recordado otra mirada de amor, cuando era una muchacha: la mirada de Dios Padre, que había mirado su humildad, su pequeñez. María nos enseña que Dios no nos abandona, puede hacer cosas grandes incluso con nuestra debilidad. ¡Tengamos confianza en Él! ¡Llamemos a la puerta de su corazón!

Y la tercera reflexión: hoy he venido en medio de vosotros, es más, hemos venido todos juntos para encontrar la mirada de María, porque allí está como reflejo la mirada del Padre, que la hizo Madre de Dios, y la mirada del Hijo desde la cruz, que la hizo Madre nuestra. María nos contempla hoy con esa mirada. Tenemos necesidad de su mirada de ternura, de su mirada maternal que nos conoce mejor que cualquier otro, de su mirada llena de compasión y de atención. María, hoy queremos decirte: Madre, danos tu mirada. Tu mirada nos lleva a Dios, tu mirada es un regalo del Padre bueno, que nos espera en cada giro de nuestro camino, es un don de Jesucristo en la cruz, que carga sobre sí nuestros sufrimientos, nuestras fatigas, nuestro pecado. Y para encontrar a este Padre lleno de amor, hoy le decimos: ¡Madre, danos tu mirada! Lo decimos todos juntos: «¡Madre, danos tu mirada!». «¡Madre, danos tu mirada!».

En el camino, a menudo difícil, no estamos solos, somos muchos, somos un pueblo, y la mirada de la Virgen nos ayuda a mirarnos de modo fraterno entre nosotros. ¡Mirémonos de modo más fraterno! María nos enseña a tener esa mirada que busca acoger, acompañar, proteger. Aprendamos a mirarnos unos a otros bajo la mirada maternal de María. Hay personas a quienes instintivamente consideramos menos y que en cambio tienen más necesidad: los más abandonados, los enfermos, quienes no tienen de qué vivir, quienes no conocen a Jesús, los jóvenes que atraviesan dificultades, los jóvenes que no encuentran trabajo. No tengamos miedo de salir y mirar a nuestros hermanos y hermanas con la mirada de la Virgen, Ella nos invita a ser auténticos hermanos. Y no permitamos que algo o alguien se interponga entre nosotros y la mirada de la Virgen. ¡Madre, danos tu

mirada! ¡Que nadie nos la esconda! Que nuestro corazón de hijos sepa defenderla de tantos discursos vacíos que prometen ilusiones; de quienes tienen una mirada ávida de vida fácil, de promesas que no se pueden cumplir. Que no nos roben la mirada de María, que está llena de ternura, nos da fuerza, nos hace solidarios entre nosotros. Digamos todos: ¡Madre, danos tu mirada! ¡Madre, danos tu mirada! ¡Madre, danos tu mirada!

Nuestra Señora de Bonaria, acompáñanos siempre en nuestra vida.

Discurso del Santo Padre, Francisco, durante el encuentro con el mundo de la cultura

Aula Magna de la Pontificia Facultad de Teología de Cerdeña, Cagliari. Domingo, 22 de septiembre de 2013

Queridos amigos, ¡buenas tardes!

Dirijo a todos mi saludo cordial. Doy las gracias al padre decano y a los rectores magníficos por sus palabras de acogida, y deseo todo bien para el trabajo de las tres instituciones. Me gusta haber oído que trabajan juntas, como amigos: ¡y esto es bueno! Doy las gracias y aliento a la Pontificia facultad teológica, que nos acoge, en particular a los padres jesuitas, que en ella desarrollan con generosidad su precioso servicio, y a todo el cuerpo académico. La preparación de los candidatos al sacerdocio permanece como un objetivo primario, pero también la formación de los laicos es muy importante.

No quiero dar una lección académica, aunque el contexto y vosotros que sois un grupo cualificado tal vez lo requerirían. Prefiero ofrecer algunas reflexiones en voz alta que parten de mi experiencia de hombre y de Pastor de la Iglesia. Y por esto me dejo guiar por un pasaje del Evangelio, haciendo una lectura «existencial» de él, el de los discípulos de Emaús: dos discípulos de Jesús que, tras su muerte, se van de Jerusalén y vuelven a su lugar. He elegido tres palabras clave: desilusión, resignación, esperanza.

Estos dos discípulos llevan en el corazón el sufrimiento y la desorientación por la muerte de Jesús, están desilusionados por cómo han acabado las cosas. Un sentimiento análogo lo hallamos también en nuestra situación actual, la decepción, la desilusión, a causa de una crisis económico-financiera, pero también ecológica, educativa, moral, humana. Es una crisis que se refiere al presente y al futuro histórico, existencial del hombre en esta civilización occidental nuestra, y que acaba además por afectar al mundo entero. Y cuando digo crisis no pienso en una tragedia. Los chinos, cuando quieren escribir la palabra crisis, la escriben con dos caracteres: el carácter del peligro y el carácter de la oportunidad. Cuando hablamos de crisis, hablamos de peligros, pero también de oportunidades. Este es el sentido en que utilizo la palabra. Ciertamente, cada época de la historia lleva en sí elementos críticos, pero, al menos en los últimos cuatro siglos, no se han visto tan sacudidas las certezas fundamentales que constituyen la vida de los seres humanos como en nuestra época. Pienso en el deterioro del medio ambiente: esto es peligroso, pensemos un poco adelante, en la guerra del agua, que viene; en los desequilibrios sociales; en el

terrible poder de las armas -hemos hablado de ello tanto en estos días; en el sistema económico-financiero, que tiene en el centro no al hombre, sino el dinero, el dios dinero; en el desarrollo y en el peso de los medios de información, con toda su positividad de comunicación, de transporte. Es un cambio que se refiere al modo mismo en que la humanidad lleva adelante su existencia en el mundo.

Frente a esta realidad, ¿cuáles son las reacciones? Volvamos a los dos discípulos de Emaús: desilusionados ante la muerte de Jesús, se muestran resignados y buscan huir de la realidad, dejan Jerusalén. Las mismas actitudes las podemos leer también en este momento histórico. Frente a la crisis puede haber resignación, pesimismo hacia toda posibilidad de eficaz intervención. En cierto sentido es un «lavarse las manos» de la dinámica misma del actual recodo histórico, denunciando sus aspectos más negativos con una mentalidad semejante a aquel movimiento espiritual y teológico del siglo ii después de Cristo que se denominó «apocalíptico». Nosotros tenemos la tentación, pensar en clave apocalíptica. Esta concepción pesimista de la libertad humana y de los procesos históricos lleva a una especie de parálisis de la inteligencia y de la voluntad. La desilusión lleva también a una especie de fuga, a buscar «islas» o momentos de tregua. Es algo parecido a la actitud de Pilato, el «lavarse las manos». Una actitud que se presenta «pragmática», pero que de hecho ignora el grito de justicia, de humanidad y de responsabilidad social y lleva al individualismo, a la hipocresía, si no a una especie de cinismo. Esta es la tentación que nosotros tenemos delante, si vamos por este camino de la desilusión o de la decepción.

En este punto nos preguntamos: ¿hay un camino a recorrer en esta situación nuestra? ¿Debemos resignarnos? ¿Debemos dejarnos oscurecer la esperanza? ¿Debemos huir de la realidad? ¿Debemos «lavarnos las manos» y encerrarnos en nosotros mismos? Pienso no sólo que existe un camino a recorrer, sino que precisamente el momento histórico que vivimos nos impulsa a buscar y hallar caminos de esperanza, que abran horizontes nuevos a nuestra sociedad. Y aquí es precioso el papel de la Universidad. La Universidad como lugar de elaboración y transmisión del saber, de formación a la «sabiduría» en el sentido más profundo del término, de educación integral de la persona. En esta dirección desearía ofrecer algunos breves puntos sobre los cuales reflexionar.

La Universidad como lugar del discernimiento. Es importante leer la realidad, mirándola a la cara. Las lecturas ideológicas o parciales no sirven, alimentan solamente la ilusión y la desilusión. Leer la realidad, pero también vivir esta realidad, sin miedos, sin fugas y sin catastrofismos. Cada crisis, también la actual, es un paso, un trabajo de parto que comporta fatiga, dificultad, sufrimiento, pero que lleva en

sí el horizonte de la vida, de una renovación, lleva la fuerza de la esperanza. Y ésta no es una crisis de «cambio»: es una crisis de «cambio de época». Es una época, la que cambia. No son cambios de época superficiales. La crisis puede transformarse en momento de purificación y de replanteamiento de nuestros modelos económico-sociales y de una cierta concepción del progreso que ha alimentado ilusiones, para recuperar lo humano en todas sus dimensiones. El discernimiento no es ciego, ni improvisado: se realiza sobre la base de criterios éticos y espirituales, implica interrogarse sobre lo que es bueno, la referencia a los valores propios de una visión del hombre y del mundo, una visión de la persona en todas sus dimensiones, sobre todo en la espiritual, trascendente; no se puede considerar jamás a la persona como «material humano». Ésta es tal vez la propuesta oculta del funcionalismo. La Universidad como lugar de «sabiduría» tiene una función muy importante en formar al discernimiento para alimentar la esperanza. Cuando el caminante desconocido, que es Jesús Resucitado, se acerca a los dos discípulos de Emaús, tristes y desconsolados, no busca ocultar la realidad de la Crucifixión, de la aparente derrota que ha provocado su crisis; al contrario, les invita a leer la realidad para guiarles a la luz de su Resurrección: «Qué necios y torpes sois... ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?» (Lc 24, 25-26). Hacer discernimiento significa no huir, sino leer seriamente, sin prejuicios, la realidad.

Otro elemento: la Universidad como lugar en el que se elabora la cultura de la proximidad, cultura de la proximidad. Esta es una propuesta: cultura de la cercanía. El aislamiento y la cerrazón en uno mismo o en los propios intereses jamás son el camino para devolver esperanza y obrar una renovación, sino que es la cercanía, la cultura del encuentro. El aislamiento, no; cercanía, sí. Cultura del enfrentamiento, no; cultura del encuentro, sí. La Universidad es el lugar privilegiado en el que se promueve, se enseña, se vive esta cultura del diálogo, que no nivela indiscriminadamente diferencias y pluralismos -uno de los riesgos de la globalización es éste-, ni tampoco los lleva al extremo haciéndoles ser motivo de enfrentamiento, sino que abre a la confrontación constructiva. Esto significa comprender y valorar las riquezas del otro, considerándolo no con indiferencia o con temor, sino como factor de crecimiento. Las dinámicas que regulan las relaciones entre personas, entre grupos, entre naciones frecuentemente no son de cercanía, de encuentro, sino de enfrentamiento. Me remito de nuevo al pasaje evangélico. Cuando Jesús se acerca a los dos discípulos de Emaús, comparte su camino, escucha su lectura de la realidad, su desilusión, y dialoga con ellos; precisamente de este modo reenciende en su corazón la esperanza, abre nuevos horizontes que estaban ya presentes, pero que sólo el encuentro con el Resucitado permite reconocer. Nunca tengáis miedo del encuentro, del diálogo, de la confrontación, también entre universidades. A todos los niveles. Aquí estamos en la sede de la Facultad teológica. Permitidme

deciros: no tengáis temor a abriros también a los horizontes de la trascendencia, al encuentro con Cristo y a profundizar en la relación con Él. La fe no reduce jamás el espacio de la razón, sino que lo abre a una visión integral del hombre y de la realidad, y defiende del peligro de reducir el hombre a «material humano».

Un último elemento: la Universidad como lugar de formación a la solidaridad. La palabra solidaridad no pertenece sólo al vocabulario cristiano, es una palabra fundamental del vocabulario humano. Como dije hoy, es una palabra que en esta crisis corre el riesgo de ser suprimida del diccionario. El discernimiento de la realidad, asumiendo el momento de crisis, la promoción de una cultura del encuentro y del diálogo, orientan hacia la solidaridad, como elemento fundamental para una renovación de nuestras sociedades. El encuentro, el diálogo entre Jesús y los dos discípulos de Emaús, que reenciende la esperanza y renueva el camino de su vida, lleva a compartir: le reconocieron al partir el pan. Es el signo de la Eucaristía, de Dios que se hace tan cercano en Cristo que se hace presencia constante, para compartir su propia vida. Y esto dice a todos, también a quien no cree, que es precisamente en una solidaridad no dicha, sino vivida, como las relaciones pasan de considerar al otro como «material humano» o como «número» a considerarle como persona. No hay futuro para ningún país, para ninguna sociedad, para nuestro mundo, si no sabemos ser todos más solidarios. Solidaridad por lo tanto como modo de hacer la historia, como ámbito vital en el que los conflictos, las tensiones, también los opuestos alcanzan una armonía que genera vida. En esto, pensando en esta realidad del encuentro en la crisis, he hallado en los políticos jóvenes otra manera de pensar la política. No digo mejor o no mejor, sino otra manera. Hablan de forma distinta, están buscando... su música es distinta de la nuestra. No tengamos miedo. Oigámosles, hablemos con ellos. Ellos tienen una intuición: abrámonos a su intuición. Es la intuición de la vida joven. Digo los políticos jóvenes porque es lo que he oído, pero los jóvenes en general buscan esta clave distinta. Para ayudarnos al encuentro, nos ayudará oír la música de estos políticos, «científicos», pensadores jóvenes.

Antes de concluir, permitidme subrayar que a nosotros cristianos la fe misma nos da una esperanza sólida que impulsa a discernir la realidad, a vivir la cercanía y la solidaridad, porque Dios mismo ha entrado en nuestra historia, haciéndose hombre en Jesús, se ha sumergido en nuestra debilidad, haciéndose cercano a todos, mostrando solidaridad concreta, especialmente a los más pobres y necesitados, abriéndonos un horizonte infinito y seguro de esperanza.

Queridos amigos, gracias por este encuentro y por vuestra atención; que la esperanza sea la luz que ilumina siempre vuestro estudio y vuestro compromiso. Y que el valor sea el tiempo musical para ir adelante. Que el Señor os bendiga.

Discurso del Santo Padre, Francisco, durante el encuentro con los jóvenes

Largo Carlo Felice, Cagliari. Domingo, 22 de septiembre de 2013

Queridos jóvenes de Cerdeña:

Parece que hay algunos jóvenes, ¿no? Algunos. ¿Algunos o muchos? ¡Son muchos!

Gracias por haber venido tan numerosos a este encuentro. Y gracias a los «portavoces». Veros me hace pensar en la Jornada mundial de la juventud de Río de Janeiro: algunos de vosotros estabais allí, pero muchos seguramente la siguieron por televisión e internet. Fue una experiencia muy bonita, una fiesta de la fe y de la fraternidad, que llena de alegría. La misma alegría que sentimos hoy. Damos gracias al Señor y a la Virgen María, Nuestra Señora de Bonaria: es ella quien nos ha hecho encontrarnos aquí. Invocadla con frecuencia, es una mamá buena, ¡os lo aseguro! Algunas de vuestras «preguntas», los interrogantes... pero, también yo hablo aquí un dialecto. Algunas de vuestras preguntas van en la misma dirección. Pienso en el Evangelio en la orilla del lago de Galilea, donde vivían y trabajaban Simón -a quien luego Jesús llamará Pedro- y su hermano Andrés, junto a Santiago y Juan, también ellos hermanos, todos pescadores. Jesús estaba rodeado por la multitud que quería escuchar su palabra; vio a aquellos pescadores junto a las barcas mientras limpiaban las redes. Subió a la barca de Simón y le pidió alejarse un poco de la orilla, y así, estando sentado en la barca, hablaba a la gente. Jesús, en la barca, hablaba a la gente. Cuando terminó, pidió a Simón remar mar adentro y echar las redes. Esta petición era una prueba para Simón -escuchad bien la palabra: una «prueba»- porque Él y los demás acababan de regresar después de una noche de pesca fallida. Simón es un hombre práctico y sincero, y dice inmediatamente a Jesús: «Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos recogido nada».

Este es el primer punto: la experiencia del fracaso. En vuestras preguntas estaba esta experiencia: el Sacramento de la Confirmación -¿cómo se llama este Sacramento? La Confirmación... ¡no! Ha cambiado el nombre: «Sacramento del adiós». Lo reciben y se marchan de la Iglesia: ¿es verdad o no? Esta es una experiencia de fracaso. La otra experiencia de fracaso: los jóvenes que no están en la parroquia, vosotros habéis hablado de esto. Esta experiencia del fracaso, algo que marcha mal, una desilusión. En la juventud se proyecta hacia adelante, pero algunas veces sucede que se vive un fracaso, una frustración: es una prueba, y es importante. Ahora yo quiero hacer una pregunta a vosotros, pero no respondáis

en voz alta, sino en silencio. Que cada uno piense en su corazón, pensad en las experiencias de fracaso que habéis tenido, pensad. Es verdad: todos nosotros las tenemos, todos nosotros las tenemos.

En la Iglesia experimentamos esto muchas veces: los sacerdotes, los catequistas, los animadores luchan mucho, gastan muchas energías, se entregan totalmente, y al final no ven resultados que correspondan con sus esfuerzos. Lo han dicho también vuestros «portavoces» en las dos primeras preguntas. Hacían referencia a las comunidades donde la fe se presenta un poco desabrida, no participan activamente muchos fieles en la vida de la Iglesia, se ven cristianos a veces cansados y tristes, y muchos jóvenes, tras haber recibido la Confirmación, se van. El Sacramento de la despedida, del adiós, como he dicho. Es una experiencia de fracaso, una experiencia que nos deja vacíos, nos desalienta. ¿Es verdad o no? [Sí, responden los jóvenes] ¿Es verdad o no? [Sí, responden una vez más].

Ante esta realidad, justamente os preguntáis: ¿qué podemos hacer? Ciertamente una cosa que no se debe hacer es dejarse vencer por el pesimismo y por la desconfianza. Cristianos pesimistas: ¡esto no es bueno! Vosotros, jóvenes, no podéis y no debéis estar sin esperanza, la esperanza forma parte de vuestro ser. Un joven sin esperanza no es joven, ha envejecido demasiado pronto. La esperanza forma parte de vuestra juventud. Si vosotros no tenéis esperanza, pensad seriamente, pensad seriamente... Un joven sin alegría y sin esperanza es preocupante: no es un joven. Y cuando un joven no tiene alegría, cuando un joven siente la desconfianza de la vida, cuando un joven pierde la esperanza, ¿dónde va a encontrar un poco de tranquilidad, un poco de paz, sin confianza, sin esperanza, sin alegría? Vosotros lo sabéis, estos mercaderes de muerte, quienes venden muerte te ofrecen un camino para cuando estáis tristes, sin esperanza, sin confianza, sin valor. Por favor, no vendas tu juventud a estos que venden muerte. Vosotros me entendéis de qué estoy hablando. Todos vosotros lo comprendéis: ¡no vendáis!

Volvamos a la escena del Evangelio: Pedro, en ese momento crítico, se juega a sí mismo. ¿Qué habría podido hacer? Podría haber dejado lugar al cansancio y a la desconfianza, pensando que es inútil y que es mejor retirarse e ir a casa. En cambio, ¿qué hace? Con valor, sale de sí mismo y elige fiarse de Jesús. Dice: «Bah, está bien: Por tu palabra, echaré las redes». ¡Atención! No dice: con mis fuerzas, con mis cálculos, con mi experiencia de experto pescador, sino «por tu palabra», por la palabra de Jesús. Y el resultado es una pesca increíble, las redes se llenaron, en tal medida que casi se rompieron.

Este es el segundo punto: fiarse de Jesús, fiarse de Jesús. Cuando digo esto

quiero ser sincero y deciros: yo no vengo aquí a venderos un espejismo. Vengo aquí a decir: existe una Persona que puede llevaros adelante: ¡fíate de Él! ¡Es Jesús! ¡Fíate de Jesús! Jesús no es un espejismo. Fiarse de Jesús. El Señor está siempre con nosotros. Viene a la orilla del mar de nuestra vida, se hace cercano a nuestros fracasos, a nuestra fragilidad, a nuestros pecados, para transformarlos. No dejéis nunca de volver a ponerlos en juego, como buenos deportistas -algunos de vosotros lo saben bien por experiencia- que saben afrontar el cansancio del entrenamiento para alcanzar los resultados. Las dificultades no deben asustaros, sino impulsaros a ir más allá. Sentid dirigidas a vosotros las palabras de Jesús: ¡Remad mar adentro y echad las redes, jóvenes de Cerdeña! ¡Remad mar adentro! Sed cada vez más dóciles a la Palabra del Señor: es Él, es su Palabra, es el seguimiento lo que hace fructuoso vuestro compromiso de testimonio. Cuando los esfuerzos para despertar la fe entre vuestros amigos parecen inútiles, como la fatiga nocturna de los pescadores, recordad que con Jesús todo cambia. La Palabra del Señor llenó las redes, y la Palabra del Señor hace eficaz el trabajo misionero de los discípulos. Seguir a Jesús es comprometedor, quiere decir no contentarse con pequeñas metas, con pequeño cabotaje, sino apuntar alto con valentía.

No es bueno -no es bueno- detenerse en el «no hemos recogido nada», sino ir más allá, ir al «rema mar adentro y echa las redes» de nuevo, sin cansarnos. Jesús lo repite a cada uno de vosotros. Y es Él quien dará la fuerza. Existe la amenaza del lamento, de la resignación. Esto lo dejamos para aquellos que siguen a la «diosa lamentación». Vosotros, ¿seguís a la «diosa lamentación»? ¿Os lamentáis continuamente, como en una velada fúnebre? No, los jóvenes no pueden hacer eso. La «diosa lamentación» es un engaño: te hace tomar la senda equivocada. Cuando todo parece paralizado y estancado, cuando los problemas personales nos inquietan, los malestares sociales no encuentran las debidas respuestas, no es bueno darse por vencido. El camino es Jesús: hacerle subir a nuestra «barca» y remar mar adentro con Él. ¡Él es el Señor! Él cambia la perspectiva de la vida. La fe en Jesús conduce a una esperanza que va más allá, a una certeza fundada no sólo en nuestras cualidades y habilidades, sino en la Palabra de Dios, en la invitación que viene de Él. Sin hacer demasiados cálculos humanos ni preocuparse por verificar si la realidad que os rodea coincide con vuestras seguridades. Remad mar adentro, salid de vosotros mismos; salir de nuestro pequeño mundo y abrirnos a Dios, para abrirnos cada vez más también a los hermanos. Abrirnos a Dios nos abre a los demás. Abrirse a Dios y abrirse a los demás. Dar algún paso más allá de nosotros mismos; pequeños pasos, pero dadlos. Pequeños pasos, saliendo de vosotros mismos hacia Dios y hacia los demás, abriendo el corazón a la fraternidad, a la amistad, a la solidaridad.

Tercero -y concluyo: es un poco largo-: «Echad vuestras redes para la pesca» (v. 4). Queridos jóvenes sardos, la tercera cosa que quiero deciros, y así respondo a las otras dos preguntas, es que también vosotros estáis llamados a llegar a ser «pescadores de hombres». No dudéis en entregar vuestra propia vida para testimoniar el Evangelio con alegría, especialmente a vuestros coetáneos. Quiero contaros una experiencia personal. Ayer cumplí el sexagésimo aniversario del día en que sentí la voz de Jesús en mi corazón. Pero esto lo digo no para que hagáis un pastel, aquí, no, no lo digo por eso. Pero es un recuerdo: sesenta años desde aquel día. No lo olvido nunca. El Señor me hizo sentir con fuerza que debía ir por ese camino. Tenía diecisiete años. Pasaron algunos años antes de que esta decisión, esta invitación, llegase a ser concreta y definitiva. Después pasaron muchos años con algunos acontecimientos, de alegría, pero muchos años de fracasos, de fragilidad, de pecado... sesenta años por el camino del Señor, siguiéndole a Él, junto a Él, siempre con Él. Sólo os digo esto: ¡no me he arrepentido! ¡No me he arrepentido! ¿Por qué? ¿Porque me siento Tarzán y soy fuerte para seguir adelante? No, no me he arrepentido porque siempre, incluso en los momentos más oscuros, en los momentos del pecado, en los momentos de la fragilidad, en los momentos del fracaso, he mirado a Jesús y me fié de Él, y Él no me ha dejado solo. Fiaos de Jesús: Él siempre va adelante, Él va con nosotros. Pero, escuchad, Él no desilusiona nunca. Él es fiel, es un compañero fiel. Pensad, este es mi testimonio: estoy feliz por estos sesenta años con el Señor. Una cosa más: seguid adelante.

¿He hablado demasiado largo? [No, responden los jóvenes] Permanezcamos unidos en la oración. Ir por esta vida con Jesús: lo hicieron los santos.

Los santos son así: no nacen ya perfectos, ya santos. Llegan a serlo porque, como Simón Pedro, se fían de la Palabras del Señor y «reman mar adentro». Vuestra tierra dio muchos testimonios, incluso recientes: las beatas Antonia Mesina, Gabriella Sagheddu, Giuseppina Nicoli; los siervos de Dios Edvige Carboni, Simonetta Tronci y don Antonio Loi. Son personas comunes, que en lugar de lamentarse «echaron las redes para la pesca». Imitad su ejemplo, encomendáos a su intercesión, y sed siempre hombres y mujeres de esperanza. ¡Ningún lamento! ¡Ningún desaliento! Nada de abatirse, nada de ir a comprar consolación de muerte: ¡nada! ¡Seguir adelante con Jesús! Él no falla nunca, Él no desilusiona, Él es leal.

Rezad por mí. Que la Virgen os acompañe.

[Una firme condena por la masacre de cristianos en Pakistán expresó el Papa el domingo 22 de septiembre, por la tarde, como conclusión del encuentro con los jóvenes

de Cerdeña.]

Queridos jóvenes:

Antes de dar la bendición quería decir os otra cosa. Cuando os decía que sigáis adelante con Jesús, es para construir, para hacer cosas buenas, para llevar adelante la vida, ayudar a los demás, para construir un mundo mejor y de paz. Pero hay opciones equivocadas, elecciones erróneas, porque existen opciones de destrucción. Hoy, en Pakistán, por una opción equivocada, de odio, de guerra, tuvo lugar un atentado y murieron 70 personas. Este camino no funciona, no sirve. Sólo la senda de la paz, que construye un mundo mejor. Pero si no lo hacéis vosotros, si no lo hacéis vosotros, no lo hará otro. Este es el problema, y esta es la pregunta que os dejo: «¿Estoy dispuesto, estoy dispuesta a seguir este camino para construir un mundo mejor?». Sólo esto. Recemos un Padrenuestro por todas estas personas que murieron en este atentado en Pakistán.

Que la Virgen nos ayude siempre a trabajar por un mundo mejor, a seguir el camino de la construcción, la senda de la paz, y nunca el camino de la destrucción y el camino de la guerra.

Os bendiga Dios Omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Por favor, rezad por mí. ¡Hasta la vista!



SR. OBISPO



SR. OBISPO**Homilía al inicio de las Jornadas de Programación Diocesana de Pastoral
Os Milagros 2013**

El Reino de Dios está próximo, arrepentíos y creed en el Evangelio

Esta frase de la lectura breve que acaba de ser proclamada, en el marco de esta hora litúrgica al inicio de las Jornadas de Programación Diocesana, nos da la clave fundamental y el objetivo último que debe motivar estos encuentros diocesanos: la conversión del corazón para acoger la Buena Nueva de Jesucristo y avivando el don de la Fe - que ha sido y sigue siendo el objetivo más importante de este Año de la Fe - seguiremos trabajando en el a lo largo de estos próximos cursos; no sin razón el lema del trienio 2012-2015 reza así:

Creemos y por eso hablamos

Pero para creer es necesario acoger con un corazón abierto el regalo de la Fe y para ello es necesaria la conversión: ¡Creed! ¡Arrepentíos!

Curiosamente, el papa Francisco al inaugurar la Asamblea Diocesana de Roma - algo similar a esta asamblea nuestra-, tuvo una alocución improvisada ante unos 15000 participantes, no cabían en la basílica de San Juan de Letrán y tuvo que trasladarlo al Aula Paulo VI del Vaticano; en esa ocasión, entre otras cosas les dijo, recordándoles un pensamiento de Benedicto XVI:

La verdadera revolución, la que transforma radicalmente la vida, la realizó Jesucristo a través de su Resurrección; la Cruz y la Resurrección. Y Benedicto XVI decía, de esta revolución, que es la mutación más grande de la historia de la humanidad

Nosotros nos podemos preguntar ¿por qué la pasión - muerte - resurrección de Jesucristo es esa mutación, la más grande que se ha dado en la historia? y nos contesta Francisco: porque *es una verdadera revolución y nosotros somos - agentes - de esa revolución, porque vamos por este camino de la mayor mutación de la historia de la humanidad. Un cristiano, si no es revolucionario, en este tiempo, ¡no es cristiano!; debe ser revolucionario por la gracia.*

Precisamente la gracia que el Padre nos da a través de Jesucristo crucificado,

muerto y resucitado, hace de nosotros revolucionarios porque nos cambia el corazón.

El profeta Ezequiel lo decía: *Arrancare de vosotros el corazón de piedra y os daré un corazón de carne...* para ello necesitamos conversión del corazón... Así le pasó a Pablo que se encuentra con Jesús en su camino de Damasco; así también nosotros, en nuestro caminar cotidiano, tan trillado por la costumbre, por los hábitos contraídos, necesitamos dejarnos derribar de nuestras seguridades, de nuestras posturas predeterminadas y dejar que Jesús nos sorprenda a lo largo de estas jornadas. Sí, estas jornadas son una ocasión de gracias y mucho más al estar situadas en este lugar de paz, en torno a la Casa de María, en donde Ella hace tantos milagros. Dejemos que Dios cambie nuestro corazón, ¡dejémonos convertir! y así creeremos y se llevará a cabo el objetivo recogido en el lema: ***creemos y por eso hablamos***. Dejemos que la *gracia de Jesucristo nos salve del pecado*. Todos, si acogemos la gracia de Jesucristo, El cambia nuestro corazón y para ello acogamos el amor misericordioso de Dios ofrecido por Jesucristo porque el amor es la mayor fuerza de transformación de la realidad, dejémonos ganar por el amor.

Para ello, sin condicionar la reflexión que aquí se realice, yo quisiera proponer algunos aspectos que de forma transversal deberían ser recogidos en la programación:

1/ No basta con potenciar la FE, como hemos hecho en este curso, es necesario desde un corazón convertido, *revitalizar la Fe* recibida para ser testigos.

2/ Esta Fe vivida nos debe llevar a *ser misioneros*; es necesario descubrir dentro de nuestra Diócesis lugares y personas, o sectores, que es necesario misionar.

3/ El hombre de hoy quiere que se le anuncie el Evangelio de una forma viva: potenciar el *ministerio de la caridad*. Con el ejercicio ordenado de la caridad tenemos que llegar a más porque el amor de Jesucristo nos urge.

4/ Potenciar una ***cultura vocacional***. No basta con que funcionen los Seminarios y vayan tirando, aunque sea lánguidamente, es necesario crear una ***cultura vocacional a todos los niveles***.

5/ Dentro del ámbito de revitalizar la Fe debemos apoyar y potenciar las Jornadas de Teología, los Ciclos de Conferencias y de manera especial el nuevo Centro de Ciencias Religiosas San Martín que está pensado para la formación del laicado y para su preparación adecuada con el fin de ayudarles a ser testigos de la Fe.

6/ Apostar por un concepto y una realidad nueva de parroquia: *un cura para cada parroquia*. Zonas pastorales, unidades pastorales. Mayor implicación misionera del laicado bien formado. Escuela de Liturgia, etc.

7/ Apostar, de forma agresiva por una formación en la Fe en todos los niveles:

- Laicos
- Escuelas-colegios: profesores
- Formación permanente de los sacerdotes

Todo esto, desde la perspectiva de la gracia es posible; tan solo basta que acogamos esa realidad que se nos ofrece. Arrepentíos y creed en el Evangelio.

Carta de Introducción a la Programación Diocesana de Pastoral

Bajo el lema Creemos y por eso hablamos (2 Cor. 4,13), se enmarca la programación de pastoral para el trienio 2012-2015. La Iglesia que peregrina por las nobles tierras ourensanas, de antiquísima tradición cristiana, desea acoger y avivar el don de la fe, un regalo que ha llegado a nosotros a través de las mediaciones de la Iglesia: nuestros padres y padrinos, sacerdotes, catequistas y maestros.

Dentro de este marco programático nos hemos reunido en el santuario de Nuestra Señora de Los Milagros: Obispo, Vicarios, Delegados Episcopales, Arciprestes y un numeroso grupo de laicos, hombres y mujeres, especialmente implicados en la vida eclesial, para que en dos jornadas de oración y reflexión, dos jornadas que, aunque breves, fueron muy intensas, pudiésemos concretar una serie de propuestas operativas que a nivel diocesano, arciprestal y parroquial, nos iluminen y orienten en la tarea pastoral, sabiendo que, si somos dóciles al Espíritu y obedientes a estos criterios, se podrá hacer realidad el lema que hemos escogido para el curso 2013-2014: Hago nuevas todas las cosas (Ap. 21, 5).

Soy consciente de que tanto esfuerzo tiene ya su fruto cuando se concreta en este nuevo número de Pastoralia; sin embargo, de poca utilidad resulta, y baldío sería tanto esfuerzo, si no nos implicásemos todos los agentes de pastoral de esta Diócesis en llevar a cabo estos objetivos. Es verdad que a veces a nuestros esfuerzos no le siguen, proporcionalmente, los éxitos pastorales, pero esto no es razón para el desaliento, no podemos olvidar que los fracasos santifican, pero no las omisiones.

Os animo a que os esforcéis en poner por obra estos objetivos, buscad ayuda en vuestros colaboradores, ¡dejaos ayudar! Y evitad todo personalismo estéril. Por otra parte, os ruego que, como proyecto transversal a todos los objetivos propuestos, no os olvidéis de potenciar una “cultura vocacional” que hoy, más que nunca, es imprescindible.

Vuestro siempre:

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense.

Homilía durante la clausura de los Ejercicios Espirituales para Sacerdotes en Los Milagros. 19-7-2013

Mi querido Sr. Obispo de Zamora, D. Gregorio.

Mis queridos hermanos sacerdotes.

Quisiera comenzar con las palabras de la oración colecta de la misa de esta semana décimo quinta del Tiempo Ordinario.

“Oh Dios, que muestras la luz de la tu verdad a los que andan extraviados para que puedan volver al buen camino”.

Los Ejercicios Espirituales son una ocasión propicia para que la voluntad de Dios, su verdad, se nos manifieste de una manera clara gracias a esa luz de la fe -Lumen Fidei- que, como colirio prodigioso, nos ofrece el Señor. A través de la mediación de la Iglesia, en este caso, este mismo lugar, esta casa de la Virgen, tan entrañable para los ourensanos y el acompañamiento del Sr. Obispo D. Gregorio, que con la calidez de su palabra os ha hablado al corazón de nuestro ser para que el proceso de conversión que son los Ejercicios fuese un camino más transitable...

Al escuchar y hacer nuestra esta oración podemos pensar que no es para nosotros, sino para los otros, porque, en definitiva no sentimos que “andamos extraviados”; sin embargo, mis queridos amigos, si es para nosotros, aunque seamos sacerdotes y aun siendo buenos sacerdotes, nos extraviamos en el camino porque, sin querer, y a veces queriendo, se nos van adhiriendo a nuestra existencia sacerdotal una serie de pequeñas corruptelas que si no reaccionamos a tiempo y no nos dejamos iluminar por la reactualización de la gracia, a través de la recepción frecuente del sacramento de la Penitencia, cuando nos damos cuenta ya nos estamos deslizando por eso que el papa Francisco llama la “mundanidad”.

Los Ejercicios Espirituales anuales, el retiro mensual que celebramos en cada zona pastoral, los medios de formación que nos ofrece la Iglesia diocesana, son puntos de referencia para no extraviarnos en el camino.

Os ruego, mis queridos hermanos, que renovemos nuestro empeño en el cuidado personal de estos medios que se nos ofrecen y que nos convenzamos de su importancia. Recordad aquello que nos decía el beato Juan Pablo II a todos hijos de la Iglesia en la carta apostólica “Novo Millennio ineunte”.

Se equivoca quien piense que el común de los cristianos se puede conformar con una oración superficial, incapaz de llenar su vida. Especialmente ante tantos modos en que el mundo de hoy pone a prueba la fe, no solo serían cristianos mediocres, sino “cristianos con riesgo”. En efecto, correrían el riesgo insidioso de que su fe se debilitara progresivamente, y quizás acabarían por ceder a la seducción de los sucedáneos, acogiendo propuestas religiosas alternativas y transigiendo incluso con formas extravagantes, de superstición. Hace falta, pues, que la educación en la oración se convierta de alguna manera en un punto determinante de toda programación pastoral (nº 34).

Hace unos días concluíamos las XVII jornadas de programación pastoral diocesana, celebradas en el marco incomparable de este Santuario y, como temas que transversalmente recorren las proposiciones allí elaboradas, nos encontramos con que debemos “trabajar con mayor confianza en una pastoral que dé prioridad a la oración, personal y comunitaria” que es tanto como decir que debemos movernos en el ámbito de “primacía de la gracia” (nº38). Esta dinámica existencial nos ayudará a no caer en la tentación de pensar que los resultados pastorales dependen de nuestra capacidad de hacer y de programar. El Señor, a lo largo de los días de Ejercicios Espirituales ha hecho ver con claridad, bajo ese “lumen fidei”, que Él sólo nos pide una colaboración real a su gracia y nos invita a utilizar todos los recursos de nuestra inteligencia y nuestras capacidades operativas y pastorales en nuestro servicio a la causa del Reino, pero sin olvidarnos que, sin Cristo, “no podemos hacer nada”. (Jn.15, 5).

En este mismo sentido quisiera recordaros el tercer punto de la homilía del papa Francisco a los seminaristas y novicios (7 julio 2013); entre ellos estaban los seminaristas de Ourense. “Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a sus mies” (Lc.10, 2). Los obreros para la mies no son elegidos mediante campañas publicitarias o llamados al servicio de la generosidad, sino que son “elegidos” y “enviados” por Dios. Él es quien elige, Él es quien manda, Él es quien envía, Él es quien encomienda la misión. Por eso es importante la oración. La Iglesia, nos ha repetido Benedicto XVI, no es nuestra, sino de Dios ¡y cuantas veces nosotros, los consagrados, pensamos que es nuestra! La convertimos... en lo que se nos ocurre. Pero no es nuestra, es de Dios. El campo a cultivar es suyo. Así pues, la misión es sobre todo gracia. La misión es gracia.

Desde esta perspectiva en esas jornadas de pastoral os he propuesto como uno de los temas trasversales permanente que debe estar presente en toda programación una cultura vocacional. ¡La necesitamos! Esta cultura sólo se puede entender desde esta primacía de la gracia.

Para concluir, quisiera que fijásemos la mirada de nuestro corazón en Santa María Madre -Señora de los Milagros -. Sabemos muy bien que el misterio de la Iglesia va muy unido al misterio de María la Madre de Dios y la Madre de la Iglesia, también está muy unida a nuestro ministerio sacerdotal. María nos engendra y nos cuida. La Iglesia también. María nos hace crecer en Santidad de vida, la Iglesia también. Por eso, en esta casa de María os pido con toda mi alma, en la clausura de estos Ejercicios Espirituales anuales que le pidáis a María para vosotros, para mí, para todo nuestro Presbiterio un efectivo amor a la Iglesia porque, como recordaba el papa Francisco: “Hablar de la Santa Madre Iglesia evoca la fecundidad”...

Si queremos que nuestros proyectos pastorales, sobre todo el más importante, el proyecto de santidad que tenemos confiado, vaya adelante y sea fecundo, cuidemos nuestro amor fiel a la Santa Madre Iglesia y como nos decía la oración colecta, se nos mostrara “la luz de la verdad” para “volver al buen camino” y así “rechazaremos lo que es indigno del nombre cristiano” y cumpliremos “cuanto en él se significa”. Amen.

Homilía durante la apertura de curso en la capilla del Seminario Mayor 30 de septiembre de 2013

Ilmas. Autoridades

Saludo con especial afecto a los Sres. Rectores de ambos Seminarios y a los directores del Instituto Teológico “Divino Maestro” y del Centro de Ciencias Religiosas “San Martín”, a los miembros de los respectivos claustros de profesores.

A mis hermanos en el sacerdocio.

Y, de manera especial os saludo a vosotros, mis queridos seminaristas.

¡A todos los presentes en esta hermosa capilla del Seminario Mayor!

¡Hermanas y hermanos míos en el Señor!

Con las palabras de la Sagrada Escritura que han sido proclamadas hace un momento os digo: El que acoge a este niño en mi nombre, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, acoge al que me ha enviado.

El más pequeño de vosotros es el más importante (Lc. 9, 46-50)

¡Qué hermosas palabras nos ofrece hoy la Liturgia de la Iglesia! Son palabras de vida eterna, porque son aquellas que fecundadas por el Espíritu Santo quieren penetrar en nuestra vida para transformarla. Jesús, momentos antes, les había dicho a sus discípulos: Meteos vienen los oídos estas palabras: el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres. Pero ellos no entendían este lenguaje; les resultaba tan oscuro, que no captaban el sentido. Y les daba miedo preguntarle... (Lc. 9, 43-46) Lo mismo nos sucede hoy en la Iglesia. El Señor nos sigue hablando de su pasión muerte y resurrección, y nosotros nos entretenemos en vanas cuestiones que nos roban la paz. A la luz de esta Palabra es necesario ir a lo fundamental. Mis queridos profesores y alumnos. Lo fundamental es Dios. Es el Dios hecho hombre: Jesucristo. Dios y Señor Nuestro. Esto que nos resulta tan claro, a nivel intelectual, no lo es tanto en nuestra vida cotidiana, sobre todo si nos atenemos a nuestra realidad cotidiana. Necesitamos acoger el misterio de Dios y de su Iglesia con la sencillez de un niño pequeño. Os habéis parado a pensar, hermanas y hermanos míos, cuánto tiempo de nuestro día dedicamos a comentarios inútiles, cuando no negativos; a veces a críticas destructivas que hieren la comunión de la Iglesia y manchan nuestra comunión eclesial y nuestra fraternidad. Ir a lo fundamental supone

dejarse transformar por la gracia del Señor que es camino de verdad y de santidad. Un camino al que todos estamos invitados y que debemos acoger con un corazón humilde; si así lo hacemos, le acogemos a Él que es Camino, Verdad y Vida.

No perdamos ni nuestro tiempo ni las energías espirituales dejándonos llevar de las críticas y de las murmuraciones: ¿quién es el primero? ¿quién es el más importante?. Conque acierto nos prevenía el papa Francisco hace unos días:

Humildad, dulzura, magnanimidad, amor para conservar la unidad. Estos, estos son los caminos, los verdaderos caminos de la Iglesia. Oigámoslos una vez más. Humildad contra la vanidad, contra la soberbia; humildad, dulzura, magnanimidad, amor para conservar la unidad... debemos buscar ¡La riqueza de lo que nos une! Y ésta es una verdadera riqueza: lo que nos une, no lo que nos divide. Esta es la riqueza de la Iglesia. Que cada uno se pregunte hoy: ¿hago crecer la unidad en familia, en la parroquia, en comunidad, o soy un hablador, una habladora? ¿Soy motivo de división, de malestar? ¡Pero vosotros no sabéis el daño que hacen a la Iglesia, a las parroquias, a las comunidades, las habladurías! ¡Hacen daño! Las habladurías hieren... ¿Tengo la humildad de remediar con paciencia, con sacrificio, las heridas a la comunión?

Esta semana pasada, en este Seminario que es para nosotros el corazón de la Diócesis inaugurábamos el curso pastoral con la Asamblea de los Arciprestes, era una ocasión de gracia en la que se han aunado muchos esfuerzos buscando el bien de esta Iglesia en la que vivimos. Este sábado pasado, se llevaba a cabo la apertura de los Cursos Bíblicos que realizan una labor callada pero fecunda en el corazón de muchos diocesanos. Hoy, inauguramos las actividades académicas en nuestros Seminarios y en los centros de estudio superior que dependen del Obispo. Son momentos para la esperanza, para los proyectos de futuro, son tiempos fuertes de esta antiquísima Iglesia particular que quiere renovarse con la fidelidad a la gracia. A todos se nos pide que nos impliquemos en estas labores, son proyecto de nuestra Iglesia.

A vosotros, profesores, os ruego que acojáis la invitación que os hace el Señor a colaborar en su viña. No estáis aquí para enseñar vuestras teorías y opiniones, sino para servir a la causa de la Verdad y para saber descubrir que hoy, más que nunca, son más necesarios los testigos que las palabras. El papa Francisco nos está diciendo que sobran palabras y falta coherencia de vida, una vida centrada en lo fundamental: Nuestro Señor Jesucristo. Sed fieles a la tradición viva de la Iglesia, sintiéndola como lo que es: nuestra madre y Maestra.

A vosotros, mis queridos seminaristas, quisiera recordaros que el estudio debe convertirse en vuestro trabajo cotidiano y en cauce de santidad. Hoy más que ayer, somos conscientes de que uno de los enemigos más graves que posee el cristianismo es la ignorancia religiosa y el relativismo en los criterios morales y en las costumbres; solo el estudio es el antídoto adecuado para superar esta situación. Sé muy bien que a vuestros años, el estudio se convierte en una realidad costosa y, a veces, os puede llevar al desencanto y a un fracaso anticipado. Os ruego que no perdáis la objetividad de lo que es real. Si me permitís, quisiera recordaros lo que decía San Jerónimo - cuya memoria celebra hoy la Iglesia -, en una de sus cartas al monje Rústico, allá por el año 411, en donde no tenían libros ni internet como nosotros.

¡Cuánto trabajo me costó aprender y cuántas dificultades tuve que vencer!
¡Cuántas veces dejé el estudio, desesperado y cuántas lo reanudé! Sólo yo que soporté la carga puedo ser testigo, yo y también los que vivían junto a mí. Y ahora doy gracias al Señor que me permite recoger los dulces frutos de la semilla que sembré durante aquellos amargos estudios.

Vuestra formación seria y exigente os ayudará a convertirlos, paulatinamente en esos sacerdotes que la Iglesia necesita en estos momentos de su historia, una Iglesia que debemos amar y querer. Me gustaría finalizar mis palabras recordándoos el último punto de mi carta pastoral sobre los arceprestazgos. El capítulo lleva por título una frase de San Agustín:

Amate hanc Ecclesiam, estote in tali Ecclesia, estote talis Ecclesia. Os invito a hacer vuestra esta exhortación: Amad a esta Iglesia, estad en esta Iglesia, sed esta Iglesia. No caigamos en la tentación de buscar realidades eclesiales inexistentes. Recordar la vida, historia y circunstancias que acompañaron el ejercicio del ministerio pastoral de este Padre de la Iglesia latina, nos sirve de ayuda para que crezca, de forma efectiva y afectiva, nuestro amor a esta porción de la Iglesia en la que muchos habéis nacido y todos deseamos servirla hasta el final de nuestra existencia. Abrid la mirada contemplativa al proyecto de Dios Padre, al corazón de Jesucristo y a la fuerza del Espíritu Santo que hace posible la espiritualidad de comunión, energía vital que es imprescindible en todo proyecto de vida. Mi deseo para todos vosotros es el mismo que manifestó en su día, magistralmente, aquel gran pontífice del siglo XX: Cada uno debe sentirse feliz de pertenecer a la propia Diócesis. Cada uno puede decir de la propia Iglesia local: aquí Cristo me ha esperado y me ha amado; aquí lo he encontrado y aquí pertenezco a su Cuerpo Místico. Aquí me encuentro dentro de su unidad.

Que Santa María, Madre del Divino maestro y Madre nuestra, nos ayude y proteja a lo largo de este curso. Así sea.

Carta aos nenos con motivo do inicio da Catequese 2013

Queridos amigos e amigas:

Ao inicio dun novo curso de catequese diríxome a vós para recordarvos, con toda a miña alma, que a fe é un dos grandes regalos que recibimos. O bo Deus entregouno por medio dos nosos pais, avós, sacerdotes, catequistas e profesores, dádlle grazas!

Moitas veces, ao que máis vale non lle damos importancia, non obstante, tena, e moita! Cando asistimos á catequese na parroquia -o lugar axeitado para ela- non só aprendemos cousas, senón que nos ensinan a vivirlas dentro dese ámbito marabilloso que é a Igrexa, á que debemos querer, a pesar do que nos digan dela ou do que poidades contemplar nalgúns daqueles que a representan visiblemente. A Igrexa é máis que aquilo que vemos!

Quixera pedirvos, como pai e irmán, amigo e bispo, que me preocupo do ben da vosa vida, que non deixedes de asistir á catequese. Non permitades que vos atrapen outras cousas que, sendo en si boas, sempre temos moitos momentos ao longo da semana para realizalas. Non obstante, a asistencia á catequese e á Misa dominical é unha cita que todos temos con ese grande amigo que é Xesús, que por amor a todos se entregou na cruz, sufriu a morte e hoxe está vivo entre nós, aledándonos coa súa presenza a través do don da Igrexa, dos sacramentos, da súa Palabra, do sacerdote, dos catequistas, de todos!

Na catequese aprenderedes a descubrir e a vivir esa presenza de Xesús, unha presenza que vos invita a que o tratades de ti a ti, coa vosa oración; unha presenza que vos axudará a ser amigos dos amigos, mellores alumnos e compañeiros solidarios.

Queridos amigos e amigas: o mundo e a nosa sociedade necesitan a vosa presenza e ledicia. Non deixedes que os vosos pobos, vilas, aldeas e cidades perdan a ledicia da vosa presenza. Tampouco a Igrexa, esa casa en medio dos fogares onde habitades, ese lugar aberto no que vive de xeito especial Xesucristo: El precisa a vosa compañía. Que pouco nos pide o que nos quere tanto e se entregou por nós!

Suplícanos coa mirada dos seus ollos divinos -sen ruído de palabras, que é como fala Deus- que vaíamos á Misa dominical e festiva; que invitedes os vosos compañeiros e amigos. E non esquezades convidar tamén ós vosos irmáns maio-

res, ós pais e ós avoíños. Deste xeito, cada domingo será unha auténtica festa porque será o día da Igrexa e a Igrexa é, sobre todo, unha familia.

Pídovos que recedes por min. Asegúrovos que eu rezarei por vós e pola vosa familia, que sinto como miña. Bendícevos.

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Carta a los diocesanos sobre los mártires orensanos beatificados en Tarragona el 13 de octubre de 2013

Iglesia de mártires

Sólo a la luz de la fe -Lumen fidei- la Iglesia se convierte en Iglesia de mártires, de ahí que los testigos valientes de Jesucristo, tanto los de los primeros siglos del cristianismo como los del siglo XX en España, así como aquellos que día tras día, en cualquier lugar de este mundo, dan la vida por Jesucristo, deben ser para todos los hijos de la Iglesia un testimonio vivo y creíble de la fe.

A pesar del escándalo farisaico de algunos y de las interpretaciones ideológicas de otros, la Iglesia en España quiere ser fiel a la memoria de sus mejores hijos. Seríamos unos desagradecidos si tanta grandeza de ánimo quedase reducida al recuerdo de unos cuantos: la familia o la congregación religiosa de los mártires. Toda comunidad viva que se precie, reflexionando sobre su pasado, no para generar rencores ni desempolvar viejas rencillas y enfrentamientos fraticidas, se podrá proyectar hacia el futuro con esperanza a pesar de las tribulaciones del presente si es fiel a sus raíces históricas y, a su vez, confía en la providencia amorosa de Dios. Conocer y valorar la generosidad heroica de tantos hermanos nuestros, frágiles, pequeños y pobres como nosotros, pero que dejándose animar por el Espíritu se convirtieron en los mártires del siglo XX en España, nos ayuda a fortalecer nuestro compromiso cristiano y a ser valientes testigos de la fe y de la misericordia, pues la fe de los mártires en el Dios cercano, que en Jesús nos mostró su rostro de amor, es la garantía de una esperanza segura, para el mundo entero, garantía de un futuro de reconciliación, justicia y paz .

Hemos de agradecer a Dios el testimonio valiente de tantos de los nuestros hermanos y hermanas. Fue el beato Juan Pablo II, en vísperas del Gran Jubileo del año 2000, el que abrió esa posibilidad para la Iglesia en España. Con la fuerza de sus palabras decía: En nuestro siglo han vuelto los mártires, con frecuencia desconocidos, casi “militi ignoti” de la gran causa de Dios. En la medida de lo posible no deben perderse en la Iglesia sus testimonios...Es preciso que las Iglesias locales hagan lo posible por no perder el recuerdo de quienes han sufrido el martirio, recogiendo para ello la documentación necesaria . A partir de entonces, venciendo las reticencias de lo políticamente correcto, tanto las Diócesis como las congregaciones y los institutos de vida consagrada recogieron los testimonios y los datos de varios millares de personas. Con toda esa documentación, en ocasiones acompañada del testimonio de algunos de los implicados en los actos martiriales, llegaron a su feliz conclusión y, en 1987 tuvo lugar en Roma

la primera beatificación de tres monjas mártires -las Carmelitas de Guadalajara-; desde ese año podemos decir que entre 1987 y 2005 fueron beatificados 498 mártires, algunos de ellos ya canonizados, como los nueve santos mártires de Turón, (Asturias) todos Hermanos de La Salle; un religioso Pasionista, mártir en Tarragona y una religiosa de la Compañía de Santa Teresa de Jesús de Barcelona; como queda dicho, todos ellos fueron canonizados el 21 de noviembre de 1999, en Roma. En el año 2007, Benedicto XVI beatificó en Roma otros 498 mártires de la persecución religiosa en España. Entre el 2010 y el 2011 fueron beatificados en Mataró (Barcelona) y en Madrid, 24 mártires. El pasado domingo, 13 de octubre, en Tarragona -tierra de mártires de los primeros siglos del cristianismo-, se realizó otra magna beatificación de 522 mártires, nacidos en distintos lugares, entre ellos cinco de la diócesis de Ourense.

Nuestras tierras han sido fecundas por la fidelidad de tantos de sus hijos a lo largo de su historia. La Iglesia particular, que peregrina en la fe, de una antiquísima tradición cristiana, recuerda con numerosas fiestas a sus hijos e hijas, comenzando por Santa Marina, San Francisco Blanco, los mártires beatificados anteriormente por Benedicto XVI en el año 2007, y ahora por los cinco beatos-mártires nacidos y bautizados en diferentes parroquias de nuestra Diócesis:

Fray Antonio González Penín, Mercedario. Nació el 1 de marzo de 1864 en San Salvador de Rabal (Celanova). Fue un religioso de vida muy sencilla que sirvió al Señor, en los hermanos de las comunidades en las que estuvo destinado, a través de una ocupación muy sencilla: fue Hermano cocinero. Le martirizaron el día 10 de agosto, a las cinco de la mañana, en Barcelona.

Hermana Carmen Rodríguez Barazal, Hija de la Caridad de San Vicente de Paúl, nació el 26 de marzo de 1877 en la parroquia de San Cristóbal de Cea. Sus padres, a pesar de ser hija única acogieron con auténtico espíritu cristiano su vocación religiosa y la apoyaron, estuvo destinada en Santiago de Compostela, Coruña, Zamora, de nuevo en Santiago y, de allí pasó al Colegio asilo de Bétera en Valencia. Fue superiora de aquella comunidad y en septiembre de 1935, con 59 años de edad, fue martirizada junto con otras compañeras en Picadero de Paterna, Valencia.

Fray Ramón M^a Pérez Sousa, Carmelita, nació el 1 de agosto de 1903 en San Miguel de Feás (Calvos de Randín), en una familia muy pobre. Hizo su profesión religiosa el 11 de diciembre de 1935 en Jerez de la Frontera (Cádiz). Fue destinado a Montoro (Córdoba). A primeras horas del día 22 de julio de 1936, después de haber sufrido burlas dolorosas por su condición religiosa, él y tres

compañeros cayeron mártires de la fe. Contaba 32 años de edad.

P. Ricardo Atanes Castro, Congregación de la Misión (Padres Paúles), nació el 5 de agosto de 1875 en Cualedro. Ya desde su época de formación sus propios compañeros afirmaban que era un verdadero místico. Fue ordenado sacerdote el 27 de mayo de 1899 y, en octubre de ese mismo años le destinaron a México, más tarde a los Estados Unidos, regresó a España y estuvo en la residencia de Ourense, de ahí pasó a Gijón. Al poco tiempo de estar en aquella localidad escribió una carta a su familia en la que decía: Hasta los niños, cuando salen de los colegios, se meten con nosotros; (...) Estamos al servicio del Señor. Que disponga de nosotros según Él tenga determinado. Al P. Atanes lo prendieron por ser sacerdote, después de haberle tratado violentamente, murió como mártir de Jesucristo el día 14 de agosto de 1936. Tenía 61 años.

Hno. Narciso Pascual Pascual, Congregación de la Misión (Padres Paúles), nació el 11 de agosto de 1917 en la parroquia de Santa María de Tioira (Maceda). A los 14 años entro en la escuela apostólica que los padres Paúles tenían en el cercano santuario de Os Milagros. Hechos los votos religiosos fue destinado a Cuenca y Guadalajara. estando en esta ciudad, en la noche del 2 de mayo de 1936, intuyendo la proximidad de su muerte, escribió a sus padres una carta -hermosa reliquia que su hermano el P. Pedro Pascual del Santuario de Os Milagros puso en mis manos -, en ella les decía: Supongo que no pasará nada. Pero si llega a pasar, Vds. no tengan pena, pues yo, si me matan, muero por Cristo. Al Hno. Narciso, con solo 19 años, y a otros compañeros de su comunidad, fueron fusilados el día 6 de diciembre de 1936 y sus cuerpos fueron convertidos en cenizas.

He podido leer las breves semblanzas biográficas de algunos de estos mártires, de manera especial las de los hijos de esta Iglesia ourensana, realizadas por el prof. Hernández Figueiredo para ser publicadas en Comunidade. Al leer estos testimonios, uno siente que se le estremece el corazón ante tanto heroísmo. La fortaleza en la fe de estos hombres y mujeres, la mayor parte muy jóvenes, nos conmueve y sacude los resortes de nuestra vida cristiana tan tibia y aburguesada. Nos damos cuenta de que por la fe, los mártires entregaron su vida como testimonio de la verdad del Evangelio, que los había transformado y hecho capaces de llegar hasta el mayor don del amor, con el perdón de sus perseguidores .

Sólo a la luz de la fe se entienden estos comportamientos heroicos. Las páginas de sus vidas están impresas con sangre pero, sobre todo, con amor y perdón. Sabían que morían, no por una causa política ni sacrificándose por los ídolos del

momento, sino ofreciéndose a Aquél que ilumina toda la realidad, incluso la muerte. Murieron por Cristo, “el verdadero Sol”, cuyos rayos son de vida y abren un vasto horizonte de esperanza desde la fe .

Este buen número de hermanas y hermanos nuestros se dejaron ganar el corazón por Cristo, el crucificado-resucitado, el Dios de la Vida y, a pesar de las dramáticas situaciones que vivieron, de las afrentas y ultrajes recibidos por ser seguidores de Jesucristo, ganaron la palma del martirio. Muchos de ellos lo hicieron invocando a Jesucristo Rey y Señor del Universo y todos murieron perdonando a los que, dejándose llevar por el fanatismo, la mentira y el odio provocado por los enemigos de la libertad del ser humano ejecutaron una sentencia que exaltó a los débiles y confundió a los poderosos de este mundo. Los mártires no lo son de la guerra fratricida habida en nuestro país entre 1936 al 1939. No fueron conducidos a la muerte por ser de uno u otro bando, sino por ser religiosos, ser sacerdotes y obispos, por ser laicos comprometidos, por ser católicos, por creer en Dios. Y por esta causa sufrieron el martirio. Sería aconsejable que nuestros jóvenes, y menos jóvenes, leyesen los relatos de estos martirios; en algunos casos realizados por los testigos presenciales que participaron, directa o indirectamente en ellos y, con el testimonio de estos santos y beatos, se convirtieron.

En nuestra Diócesis queremos dar gracias a Dios por el evento que ha tenido lugar en Tarragona, por eso ruego a todos los hijos e hijas de esta Iglesia de Ourense que nos preparemos para celebrar bien esa Misa de acción de gracias del próximo día 26 de octubre en la Iglesia Catedral de San Martiño; es un acontecimiento eclesial que nos afecta a todos, no solo a los miembros de sus familias religiosas, y debemos vivirlo como una expresión de fe. A los beatos mártires de la Iglesia en España en el siglo XX encomiendo todas las tareas y proyectos pastorales para el nuevo curso y os animo a todos para que, a una con vuestro Obispo, roguéis a Dios, por medio de este buen grupo de cristianos victoriosos, para que ayuden a nuestra Diócesis. Me gustaría poder erigir, en uno de los barrios de la ciudad de Ourense, una nueva parroquia dedicada a estos santos mártires, con el fin de hacer más cercano el rostro de la Iglesia y más efectivo ese proyecto de nueva evangelización. Os ruego que apoyéis este proyecto con vuestras oraciones y con vuestras limosnas. Sé muy bien que estos momentos son difíciles para enfrentarnos a esta realidad pero, bien es cierto que a pesar de las graves circunstancias en las que nos encontramos es necesario soñar para que los planes de Dios a favor del hombre se conviertan, como siempre, en cauce de auténtico progreso, de paz, de amor y de esperanza. Allí donde se levanta un templo para gloria de Dios, allí se van realizando los grandes y pequeños prodigios de amor. No olvidemos que cuando la fe se apaga, se corre el riesgo de que los fundamentos se debiliten con ella .

Que el testimonio vivo de los Santos y Beatos Mártires del siglo XX en España nos ayude a ser valientes como ellos, nos haga intrépidos en nuestras propuestas evangélicas que puedan iluminar la existencia de tantos hermanos que, sintiéndose lejos de la Iglesia, necesitan que la Madre Iglesia se acerca a ellos para hacer que la luz de la fe ilumine su existencia y los llene de esperanza.

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

EN LA REVISTA DIOCESANA COMUNIDADE

Julio

El mes de julio es un tiempo en el que muchos de nuestros conciudadanos se van de vacaciones; bien es cierto que hay muchas personas que no podrán hacerlo porque carecen de los medios necesarios para salir de sus hogares; otros están pasando por verdaderas tribulaciones porque han perdido su trabajo o lo buscan desde hace tiempo y no lo encuentran, todo esto les impide disponer de un tiempo para viajar o cambiar de domicilio para descansar lejos del lugar habitual en el que transcurre su vida cotidiana. Ante esta situación debemos plantearnos con mayor exigencia nuestro descanso o las posibles vacaciones, porque un cristiano, en el “otro”, de manera especial en el necesitado, siempre descubre el rostro del Crucificado. De ahí que os invitaría a que tuvieseis en cuenta una serie de criterios a seguir a la hora de observar un comportamiento moral acorde con nuestra fe:

1.- Ante todo la caridad. Que este sea el principio fundamental de nuestras acciones. Que la caridad de Cristo nos urja a la hora de buscar lugares y tiempos adecuados para descansar. Que nuestros criterios de actuación estén siempre contrastados por los otros, por los hermanos, de manera especial aquellos más necesitados.

2.- A lo largo de esta temporada es necesario que busquemos el momento adecuado para elevar nuestro espíritu y hacer un momento de oración. Aprovechemos este tiempo. Lo necesitamos con urgencia; es más, podemos afirmar que esa es la urgencia pastoral más importante que tenemos entre manos. El cuidado de nuestra vida interior, de la verdadera dimensión trascendente de la vida cristiana.

3.- Las auténticas vacaciones no consisten en no hacer nada; sino que es bueno plantearse el cultivo de la lectura, prestar algún servicio de voluntariado, potenciar el dominio de lenguas extranjeras.

4.- Podemos invitar a niños que lo necesiten a disfrutar del ambiente de nuestra familia.

5.- Más ejercicio al aire libre y menos horas de Tv.

6.- Si nuestra economía es precaria piensa que en tu entorno existen muchos lugares de gran belleza y tranquilidad que todavía no has visitado a los que te puedes acercar con los medios públicos.

7.- Junto con tus amigos-as ofrécete al sacerdote de tu parroquia para ayudarle en algún plan de limpieza de los templos y ermitas de tu entorno.

8.- Plantéate visitar a los ancianos que viven solos en nuestro ámbito rural. Hay bellísimos lugares perdidos en nuestra geografía en donde puedes encontrar un puesto para descansar sin grandes complicaciones económicas.

9.- Realizar una etapa del Camino de Santiago, bien preparado y mejor vivido, sería un buen proyecto para lograr un equilibrio perfecto en tu vida física y espiritual.

10.- Te aconsejo que te acerques a la hospedería de algún monasterio y, además de descansar, abre tu corazón a la gracia del Señor para que descubras lo que Él quiere de ti.

Son muchas las sugerencias que quisiera hacerte para este verano, con ellas lo que pretendo decirte es que este es un tiempo de gracia para cambiar de ocupaciones, para enriquecerse física, intelectual y espiritualmente. Hay personas que comienzan su veraneo con mucha ilusión y con grandes proyectos, sin embargo, al final del mismo se encuentran más cansados, con el espíritu roto a causa de malas experiencias que pueden generar caminos sin retorno feliz. Amigos míos, ¡creedme! No te lances sin más a viajar o a la playa, sin saber a dónde vas y para que vas. Párate un momento y reflexiona. Consulta tu plan con algún sacerdote amigo y te ayudará a que no dejes olvidado a Dios y no agostes la belleza de tu vida cristiana. Te lo deseo con todo corazón a ti y a los tuyos. Reza por mí y yo te ofrezco lo más grande que tengo, la bendición de Dios sobre ti, sobre los tuyos y sobre los planes de tus vacaciones para que sean según el querer del Señor.

+ J. Leonardo. Bispo de Ourense.

Agosto

Agosto, tiempo de Romerías

En los meses de verano, nuestras comunidades parroquiales adquieren una especial vitalidad. Sus aldeas, la mayor parte del año semivacías, se llenan ahora de vida y fiesta. Sus casas, dispersas por el campo, recobran la actividad perdida. Es la hora del encuentro anual, de los abrazos familiares, de la vuelta a las raíces

más profundas del ser humano: la tierra de sus antepasados.

Este es el momento oportuno, pastoralmente hablado, para celebrar todo tipo de fiestas, novenas y romerías. Esa fe que, como luz, parece que estuvo eclipsada a lo largo de los meses, ahora vuelve a resplandecer. Es el momento en el que hombres y mujeres, niños y ancianos, participan juntos en estos eventos religiosos. ¡Qué importante es que los sacerdotes preparen estos acontecimientos con esmero!

Hace muy pocos días, el Papa Francisco, dirigiéndose a las cofradías y fraternidades de todo el mundo, les recordaba lo importantes que son estas manifestaciones de la piedad popular; para él son una ocasión apropiada de evangelización o de misionareidad. Es decir, con ocasión de estas romerías, los pastores debemos preocuparnos de hacer unas catequesis, breves pero claras e incisivas, de tal modo que sirvan de cauce de renovación moral y espiritualidad. A través de pequeñas homilías o de exhortaciones adecuadas se puede encontrar el cauce para una misión.

Además de todo esto, es muy importante cuidar las celebraciones litúrgicas, incluso las mismas procesiones es bueno que el pueblo de Dios pueda contemplar la limpieza de los ornamentos y demás objetos sagrados, que todos puedan ver a dónde van a parar sus limosnas cuando, año tras año, pueden comprobar arreglos y reparaciones en las imágenes, en los templos, en las ermitas y en su entorno. La armonía, el orden, el cuidado esmerado de los objetos santos es ya una catequesis elocuente.

La misionareidad de estas romerías, fiestas o encuentros, se puede proyectar hacia la vida interior de los fieles visitantes, ¡qué ocasión propicia para ofertar la recepción del sacramento de la Penitencia! Por otra parte, los sacerdotes de las diferentes zonas pastorales se ayuda e intercambian sus servicios; son una ocasión para que reviva la fraternidad sacerdotal. Si durante el año las únicas ocasiones para ese intercambio de ayudas pastorales son los actos fúnebres, que también es muy importante cuidarlos bien, en este tiempo, con ocasión de estas fiestas y del retorno de aquellos que viven allende las fronteras, se pueden activar otras tareas de pastoral.

Os invito a que os preocupéis de estas ocasiones de gracia. Son cauces apostólicos y pastorales que la Providencia nos ofrece para que hagamos una profunda labor eclesial. No perdamos estas costumbres y estas tradiciones populares, hagamos que cada una de estas actividades sean ocasiones para lograr una nueva

evangelización. Para ello necesitamos prepararnos antes, cada uno de los agentes pastorales: sacerdotes y catequistas. Para evangelizar necesitamos ser evangelizadores. Rompamos todos esos criterios sociológicos, psicológicos y económicos, porque nos pueden llevar a esa mundanización contra la que nos previene el Papa Francisco. Nosotros no podemos convertir nuestras romerías religiosas en simples fiestas populares, tienen que ser algo más, distinto y diferente. Es necesario convertirlas en esos caminos a través de los cuales nuestros familiares de aquí y de allá, también nuestros niños y jóvenes, puedan descubrir el rostro maternal y lleno de ternura de la Iglesia.

J. Leonardo. Bispo de Ourense.

Septiembre

Pasión por la formación

La Iglesia, Madre y Maestra, ya desde los primeros siglos de su recorrido por nuestra historia, acompañándonos como peregrinos de la eternidad, se ha esmerado por formar a sus hijos. A lo largo del tiempo ha utilizado todos los medios empleados en aquellos momentos. Primero, a través de cartas manuscritas, más tarde con los bellísimos códices y demás textos en pergamino.

Una vez que se inventó la imprenta, por medio de los libros impresos - no nos olvidemos que ha sido la Biblia el primer libro elaborado por la imprenta-; hoy en día, a través de la radio, Tv, internet, los soportes digitales de todo tipo, los cursos on-line, etc.

Podemos decir que la Iglesia ha vivido desde siempre una gran pasión por la formación. En mi primera carta pastoral, con motivo del Año de la fe, os decía que era mi deseo constituir el Instituto de la familia para este nuevo curso; los cimientos están puestos y, pronto, con la ayuda del Señor, nos pondremos a caminar y a prestar este servicio a las familias y a todas esas realidades con ella relacionada: preparación para el matrimonio, cursos de formación y de preparación para una mejor orientación a los hombres y mujeres de hoy en toda la problemática relacionada con el matrimonio y la familia, sin descuidar la formación en valores, y sobre todo, en valores cristianos a los niños y jóvenes.

Además de esta realidad académico-formativa se abrirá el Centro de Ciencias

Religiosas San Martín que iniciará su andadura en la que fue residencia de las Siervas de María, en la calle Maestro Vide, nº 2. Por medio de este centro procuraremos ayudar a la formación y preparación de los laicos, no solo para que puedan obtener la titulación necesaria para la docencia de la Enseñanza Religiosa Escolar, sino también para su formación humana y cristiana. Este centro queremos que sea una realidad abierta al mundo universitario.

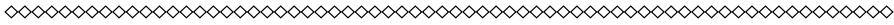
Somos conscientes de que en un mundo como el nuestro, una de las dificultades principales que tiene la fe cristiana es la ignorancia creciente sobre las cuestiones religiosas. El cultivo de la inteligencia humana es uno de los caminos de acceso a la Verdad, y toda búsqueda que se abre al Misterio, y no se cierra en criterios ideológicos, es un servicio impagable a la vivencia auténtica de la fe, por eso la Iglesia, experta en humanidad, ha sido desde siempre amiga y aliada de las tareas educativas, porque quien educa a una persona la prepara para ser libre y vivir feliz, y además, la convierte en un buen ciudadano.

Aprovechémonos de estos medios que nos ofrece la Iglesia Diocesana y así prestaremos un magnífico servicio al hombre, y si nosotros no pudiéramos asistir, o quizás no nos interesasen sus cursos en estos momentos, sí podemos transmitir la información para que sean muchos los que participen de esa pasión por la formación que hará de todos unos transmisores de la Verdad y de la Bondad que se encierran en la doctrina, auténticamente liberadora, de la Santa Iglesia.

+ J. Leonardo. Bispo de Ourense



IGLESIA DIOCESANA



SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

Con fecha 12 de julio de 2013, el Obispo de Ourense, Monseñor Leonardo Lemos Montanet, ha tenido a bien realizar el nombramiento del Rvdo. Sr. D. Alejandro Delgado Arce, como sacerdote de la Unidad Pastoral de Verín y Administrador parroquial de San Salvador de Camba, Santa María de Cerdedelo, San Lorenzo de Toro y Santiago de Trez.

Con fecha 8 de septiembre de 2013, el Obispo de Ourense, Monseñor Leonardo Lemos Montanet, ha tenido a bien realizar los nombramientos de los nuevos arciprestes y vicearciprestes para los nuevos arciprestazgos de la Diócesis de Ourense:

ALLARIZ

Arcipreste: Rvdo. Sr. D. José Canal Sánchez

Vicearcipreste: Rvdo. Sr. D. Félix Álvarez Rodríguez

A LIMIA

Arcipreste: Rvdo. Sr. D. Tomás Delgado Gándara

Vicearcipreste: Rvdo. Sr. D. Manuel Fernández Vidal

BAIXA LIMIA

Arcipreste: Rvdo. Sr. D. Álvaro Selas Gómez

Vicearcipreste: Rvdo. Sr. D. Roberto Álvarez Sánchez

CARBALLIÑO

Arcipreste: Rvdo. Sr. D. José Ramón Hernández Figueiredo

Vicearcipreste: Rvdo. Sr. D. José Benito Sieiro González

CELANOVA

Arcipreste: Rvdo. Sr. D. Cesáreo Iglesias Grande

Vicearcipreste: Rvdo. Sr. D. José Ramón Cabano González

OURENSE - ESTE

Arcipreste: Rvdo. Sr. D. Francisco Manuel Enríquez Pérez

Vicearcipreste: Rvdo. Sr. D. Julio Grande Seara

OURENSE - NORTE

Arcipreste: Rvdo. Sr. D. Eustaquio Barbosa Fernández

Vicearcipreste: Rvdo. Sr. D. Luis Pérez González

OURENSE - OESTE

Arcipreste: Rvdo. Sr. D. Aquilino Rodríguez Fernández

Vicearcipreste: Rvdo. Sr. D. Jorge Juan Pérez Gallego

OURENSE - SUR

Arcipreste: Rvdo. Sr. D. Luis Rodríguez Álvarez

Vicearcipreste: Rvdo. Sr. D. Manuel Mera Martínez

OS MILAGRES

Arcipreste: Rvdo. Sr. D. Manuel Cid Cid

Vicearcipreste: Rvdo. Sr. D. Andrés Rodríguez Vázquez

RIBADAVIA

Arcipreste: Rvdo. Sr. D. Joaquín Pérez Mostaza

Vicearcipreste: Rvdo. Sr. D. Emilio Álvarez Pérez

VERÍN

Arcipreste: Rvdo. Sr. D. Jorge Eugenio Estévez Álvarez

Vicearcipreste: Rvdo. Sr. D. Digno González Diéguez

DEFUNCIONES

“Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte”.

(De los sermones de S. Atanasio de Antioquía;

Sermón 5, sobre la resurrección de Cristo).

Oficio de difuntos.

El **Rvdo. Sr. D. José Babarro Feijoó**, párroco de Santiago de A Rabeda, falleció el lunes 26 de agosto a los 76 años. Había nacido el 1 de octubre de 1936 en San Miguel de Taboadela - Ourense y fue ordenado sacerdote en Ourense el 19 de diciembre de 1959. Ejerció su ministerio pastoral en las parroquias de San Paio de Cabanas y Santa María de San Xurxo entre los años 1960 y 1975, desde entonces y hasta su fallecimiento fue Párroco de Santiago de A Rabeda y administrador de San Pedro de Figueredo. Durante un tiempo se encargó, también, de las parroquias de San Salvador de Solveira de Belmonte y Santa María de Torán.



CRÓNICA DIOCESANA



CRÓNICA DIOCESANAJULIO

Hasta el sábado 6: continúan los campamentos para niños (en A Regueira, Miño) y para jóvenes (en Valdoviño) organizados por el movimiento de Acción Católica.

Del miércoles 3 al sábado 13: Campamento de los scouts de Ourense.

Jueves 4: Monseñor Lemos preside el Encuentro Vocacional organizado por las Hermanitas de los Ancianos Desamparados en la residencia de San José en Rairo.

Domingo 7: Jornada de la Responsabilidad en el Tráfico (coincidiendo con el día de San Cristóbal).

Monseñor Lemos visita la parroquia de Santa Cruz de Terroso (Vilardevós), donde preside la Celebración Eucarística a las 12:30 horas.

Miércoles 10: El Sr. Obispo preside el funeral de Sor Amalia Castro Castiñeiras, Hermanita de los Ancianos Desamparados, en la residencia de O Carballiño a las 20:00 horas.

Jueves 11: San Benito. El Sr. Obispo preside la Celebración Eucarística en Cabeza de Vaca y en Coba de Lobo.

Profesión Solemne del Hno. Alfonso Laro Astudillo como monje cisterciense en el monasterio de Santa María la Real de Oseira.

Del viernes 12 al jueves 18: Campamento Monagos en Porto do Son. El día 17 reciben la visita del Obispo de la Diócesis, Monseñor Lemos Montanet.

Domingo 14: Monseñor Lemos preside la Celebración Eucarística a las 12.30 horas en San Benito de A Uceira (Sandiás).

Por la tarde, el Sr. Obispo visita la parroquia de Castrelo do Val, presidiendo la Misa de la Novena en honor a la Virgen del Carmen a las 21:00 horas.

Recibe sepultura, después de la misa comunitaria, la Hermana Concepción Santos, Carmelita de la Caridad-Vedruna de la comunidad del Corregidor.

Del lunes 15 al viernes 19: Ejercicios espirituales para sacerdotes en el santuario de Los Milagros.

Del lunes 15 al domingo 21: Campo de Trabajo de la Acción Católica en el Hospital de las Hijas de la Caridad en Mondoñedo.

Martes 16: Virgen del Carmen. El Obispo de la Diócesis preside Misa en honor a la Virgen en Pazos de Arenteiro a las 13:00 horas. Por la tarde, Monseñor Lemos preside la procesión y Misa de Clausura de la Novena en la parroquia de la Santísima Trinidad.

Jueves 18: Monseñor Lemos preside las celebraciones en honor a Santa Mariña en Augasantas.

Del viernes 19 al domingo 28: Jornada Mundial de la Juventud en Santiago de Compostela – conexión Río de Janeiro.

Del martes 23 al domingo 28: Jornada Mundial de la Juventud en Río de Janeiro.

Jueves 25: Santiago Apóstol, patrón de Galicia.

Viernes 26: San Joaquín y Santa Ana. Día de los abuelos.

Sábado 27: Encuentro con los misioneros diocesanos en el salón Padre Feijóo del Obispado y peregrinación a la Catedral en el Año de la Fe.

Domingo 28: Día del Misionero Diocesano.

AGOSTO

Sábado 3: Romería de San Francisco Blanco en O Tameirón.

Domingo 11: Las Clarisas de las comunidades de Allariz y Vilar de Astrés celebran la fiesta de Santa Clara, presidida por el Obispo de la Diócesis.

Jueves 15: Asunción de Nuestra Señora. Monseñor Lemos preside la Celebración Eucarística en la parroquia de Santa María de Riós.

Del martes 20 al jueves 29: Peregrinación diocesana a Roma.

Martes 27: Funeral del sacerdote D. José Babarro Feijóo, párroco de Santiago de A Rabeda.

Viernes 30: Comienzan Novenas en honor a la Santísima Virgen.

Sábado 31: Los jóvenes, que peregrinaron al santuario de Nuestra Señora de Los Milagros en el primer día de Novena durante la noche, participan en la Celebración Eucarística, presidida por el Sr. Obispo a las 7:00 horas.

Monseñor Lemos Montanet preside la Misa de San Roque en Dacón. A continuación se procedió a la bendición de la casa rectoral y salones parroquiales, conjunto rehabilitado en los últimos tres años.

SEPTIEMBRE

Domingo 1: El Sr. Obispo preside la Celebración Eucarística en el Santuario de Los Milagros, donde se está celebrando la Novena en honor a la Virgen.

Del domingo 1 al viernes 6: La Hospitalidad de Nuestra Señora de Lourdes peregrina al santuario de la Virgen en Lourdes.

Lunes 2: Radio María retransmite la Santa Misa, presidida por Monseñor Lemos, a las 10:00 horas desde la capilla del Obispado de Ourense.

El Centro de Ciencias Religiosas San Martín abre sus puertas como un proyecto renovado para la formación y preparación de los laicos, con nueva sede en la Calle Mestre Vide nº2.

Jueves 5: Monseñor Lemos preside la Misa de la Novena en honor a la Virgen de Los Remedios en el santuario de Vilamaior (Verín).

En el marco de la Novena a la Virgen de los Milagros, se celebra en su santuario un acto de Adoración a Jesús Sacramentado y Oración por las Vocaciones, a las 22:00 horas, presidido por el Sr. Obispo.

Del viernes 6 al domingo 8: Okup+Arte en Deus. La Acción Católica Xeral organiza un retiro para jóvenes en el monasterio de Santa María de Montederramo.

Sábado 7: Acto de Adoración Eucarística en el santuario de Los Milagros, desde las 21:00 horas, presidido por el Sr. Obispo, para pedir el don de la paz para Siria y para todo el mundo, siguiendo el llamamiento del Papa Francisco.

Rosario y Procesión de Antorchas en el Santuario de Los Milagros.

Monseñor Lemos mantiene un encuentro, a lo largo de la tarde, con los responsables del movimiento de Acción Católica.

Domingo 8: El Sr. Obispo preside la fiesta de la Virgen del Portal en Ribadavia.

Lunes 9: El Sr. Obispo preside la fiesta de la Virgen el Santuario de Nuestra Señora de la Armada.

Del martes 10 al jueves 12: Jornadas de Formación Permanente del Clero en el monasterio de San Xoán de Poio con el tema: A fe, dimensión profética. Organizan las Delegaciones del Clero de Galicia.

Del martes 10 al jueves 19: Monseñor Lemos se desplaza a Roma para participar en el Convenio de los Obispos ordenados en el último año.

Del miércoles 18 al viernes 20: Curso para profesores y catequistas en el salón Padre Feijóo, finalizando con el acto de envío presidido por el Obispo de la Diócesis el viernes a las 20:00 en la iglesia de Santa María Nai.

Domingo 22: Monseñor Lemos visita la parroquia de Santa Marta de Velle.

El Sr. Obispo preside la Romería de Nuestra Señora de La Salud en Mirallos.

Lunes 23: Inicio de la Escuela de Cursillos de Cristiandad.

Martes 24: Nuestra Señora de la Merced, patrona de instituciones penitenciarias. Los reclusos de Pereiro de Aguiar celebran, como cada año, esta fecha con una Celebración Eucarística presidida por el Sr. Vicario General.

Presentan su programación las Delegaciones de la Vicaría para la Nueva Evangelización a las 19 h. en la colegio de La Purísima.

Miércoles 25: Reunión de arciprestes y delegados en el Seminario Mayor.

Jueves 26: Monseñor Lemos Montanet hace pública su Carta Pastoral con el título “Los arciprestazgos: una estructura viva para una tarea de futuro”.

Viernes 27: El Sr. Obispo realiza la Visita Canónica a las Clarisas Reparadoras de Vilar de Astrés y preside la elección de la Abadesa.

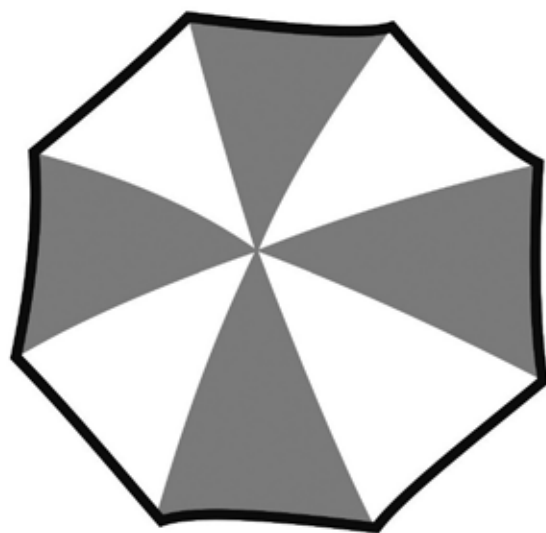
Sábado 28: Presentación de los grupos bíblicos en el Seminario Mayor.

Lunes 30: Apertura del curso académico 2013-2014 para el Seminario Diocesano y el Instituto Teológico Divino Maestro.

Roteiro espiritual de la Delegación de Juventud en el entorno del monasterio de Oseira.

JOSÉ MANUEL GONZÁLEZ

CORREDOR DE SEGUROS



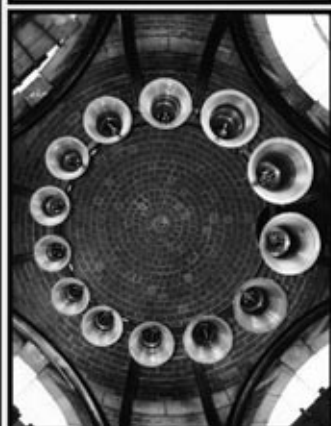
Rúa do Paseo 36, 2º Of. C
32003 OURENSE

Tfno y Fax: 988255645

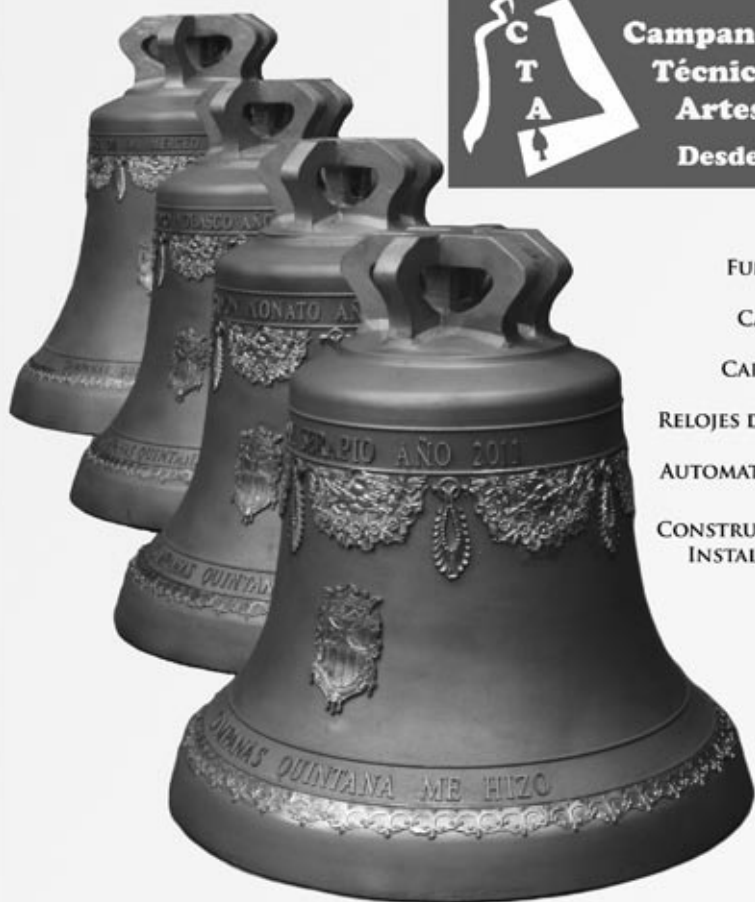
Móvil: 619987841

E-Mail: josemanuelglzgz@hotmail.com

E-Mail: corredor@segurosjpg.es



**Campaneros
Técnicos
Artesanos**
Desde 1637



FUNDICIÓN
CAMPANAS
CARILLONES
RELOJES DE TORRE
AUTOMATIZACIÓN
CONSTRUCCIONES
INSTALACIONES

1637
QUINTANA

CAMPANAS QUINTANA S.A.

Tfno: (+34) 979 89 25 06 - Fax: (+34) 979 89 10 08

www.campanasquintana.es
Correo-e: quintana@campanasquintana.es

Polígono Industrial Parc. 32-33-34.
34100 SALDAÑA - Palencia - España

Librería

BETEL



Libros y artículos religiosos

Betel Librería Religiosa
Diócesis de Ourense
Calle Lamas Carvajal nº 9
32005 - Ourense
Teléfono y Fax : 988 22 62 41



ELEMAR NOR, S.L.
COMUNICACIONES

 **BOUYER**

 **ude**

Al servicio de la Iglesia desde 1989

PROYECTOS, INSTALACIONES Y MANTENIMIENTO

- Megafonía
- Calefacción
- Campanas nuevas y refundición
- Electrificación de campanas
- Campanarios electrónicos
- Yugos
- Iluminación artística LED
Menor consumo
Mayor duración y luminosidad
- Instalaciones eléctricas



Le ofrecemos montaje provisional y presupuesto sin compromiso

ELEMAR NOR, S.L.
Polígono Icaria. C/ Ícaro, 32
15172 A Coruña
981 63 56 59
elemarnor@elemarnor.com
www.elemarnor.com

Empresa inscrita en el Registro de Instaladores de Telecomunicación.
Nº Reg. 3019

COLABORA:
Fundación Santa María Nai



FUNDACIÓN
SANTAMARÍANAI



DIÓCESIS
DE OURENSE
